

## Kierkegaard

... *Europa camina hacia la bancarrota...*

Hilde miró el reloj. Eran más de las cuatro. Puso la carpeta de anillas sobre el escritorio y bajó corriendo a la cocina. Tenía que llevar los bocadillos a la caseta antes de que su madre dejara ya de esperarla. Al salir de la habitación echó un vistazo al espejo de latón. Se apresuró a poner agua a hervir para el té y preparó a toda prisa unos bocadillos. Sí que le gustaría una broma a su padre. Hilde se sentía cada vez más cómplice de Sofía y Alberto. La broma empezaría en Copenhague. Al cabo de un rato bajó a la caseta con una gran bandeja.

—Aquí llegan los bocadillos —dijo.

Su madre tenía una lija en una mano y con la otra se apartó el pelo de la frente, que estaba lleno de arena.

—Bueno, entonces nos saltamos la comida.

Se sentaron en el borde del muelle para comer.

—¿Cuándo llega papá? —preguntó Hilde al cabo de un rato.

—El sábado. Ya lo sabías, ¿no?

—¿Pero a qué hora? ¿No dijiste que iría vía Copenhague?

—Sí... llegará a Copenhague sobre las cinco. El avión para Kristiansand no sale hasta las ocho y cuarto, creo, y aterriza aquí sobre las nueve y media.

—Entonces pasará unas horas en el aeropuerto de Copenhague...

—¿Porqué?

—Por nada... sólo me preguntaba por dónde vendría.

Comieron. Tras lo que le pareció una prudente pausa, Hilde dijo:

—¿Has tenido noticias de Anne y Ole últimamente?

—Bueno, llaman de vez en cuando. En julio vendrán de vacaciones algunos días.

—¿Antes no?

—No, no creo.

—¿Entonces estarán en Copenhague esta semana?

—¿De que se trata, Hilde?

—De nada. De algo tenemos que hablar, ¿no?

—Has mencionado Copenhague dos veces.

—¿Ah sí?

—Hemos dicho que papá hace escala...

—Seguramente por eso pensé de repente en Anne y Ole.

Hilde volvió a poner los platos y las tazas en la bandeja.

—Tengo que seguir leyendo, mamá.

—Supongo que sí...

¿Había un tono de reproche en esa respuesta? Habían estado hablando de arreglar la barca juntas antes de que volviera papá.

—Papá medio me ha hecho prometer que habría acabado de leer el libro para cuando él volviera.

—Eso me parece un poco exagerado. Una cosa es que esté lejos, pero no tendría por qué organizar y dirigir las cosas aquí en casa también.

—Deberías saber hasta que extremos dirige —dijo Hilde misteriosamente—. Y no te puedes imaginar cómo disfruta haciéndolo.

Subió de nuevo a su habitación y siguió leyendo.

De repente Sofía oyó que alguien llamaba a la puerta. Alberto le lanzó una severa mirada.

—No nos dejemos interrumpir.

Volvieron a sonar los golpes en la puerta.

—Te hablaré de un filósofo danés al que había escandalizado mucho la filosofía de Hegel —dijo Alberto.

De pronto llamaron con tanta fuerza que la puerta tembló.

—Seguro que es el mayor, que ha enviado a algún personaje fantástico para ver si nos dejamos engañar —prosiguió Alberto—. Esas cosas no le cuestan ningún esfuerzo.

—Pero si no abrimos para ver quién es, tampoco le costará ningún esfuerzo que tiren la casa.

—Quizás tengas razón. Supongo que tendremos que abrir.

Se acercaron a la puerta. Como los golpes eran tan fuertes, Sofía esperaba encontrarse con una persona grande. Pero delante de la puerta sólo había una niña con un vestido de flores y el pelo largo y rubio. En la mano llevaba dos botellas, una roja y otra azul.

—Hola —dijo Sofía—. ¿Quién eres?

—Soy Alicia —dijo la niña, e hizo tímidamente una reverencia.

—Lo que me imaginaba —dijo Alberto—. Es Alicia en el País de las Maravillas.

—¿Pero cómo ha encontrado el camino hasta aquí?

Alicia contestó:

—El País de las Maravillas es un país sin límites. Significa que el País de las Maravillas está en todas partes, más o menos como las Naciones Unidas. Por eso nuestro país debería ser miembro de honor

de las Naciones Unidas. Deberíamos tener representantes en todas las comisiones, porque también las Naciones Unidas provienen del país de las maravillas de la gente.

—Ja, ja, allí tenemos al mayor —se burló Alberto.

—¿Y qué te trae por aquí? —preguntó Sofía.

—He venido a darle a Sofía estas botellas filosóficas. Entregó las botellas a Sofía. Las dos eran de cristal transparente, pero en una había un líquido rojo y en la otra un líquido azul. En la botella roja ponía «BÉBEME», y en la azul, «BÉBEME A MÍ TAMBIÉN». En ese instante pasó corriendo por la cabaña un conejo blanco, erguido sobre las patas traseras y vestido con chaleco y chaqueta. Se paró justo delante de la cabaña, sacó del chaleco un reloj de bolsillo y dijo: «Ay, ay, voy a llegar tarde». Y continuó la carrera. Alicia le siguió, pero antes hizo otra reverencia y dijo:

—Ahora empieza de nuevo.

—Da recuerdos a Dina y a la reina —gritó Sofía tras ella.

Y Alicia desapareció. Alberto y Sofía se quedaron mirando las botellas.

—BÉBEME y BÉBEME A MÍ TAMBIÉN —leyó Sofía—. No sé si atreverme. Quizás sea veneno. Alberto se limitó a encogerse de hombros.

—Pues viene del mayor y todo lo que procede de él es conciencia. Simplemente, zumo del pensamiento.

Sofía desenroscó el tapón de la botella roja y se la acercó con cuidado a la boca. El zumo sabía dulce y algo extraño, pero eso era lo de menos. Al mismo tiempo comenzó a suceder algo con todo lo que había a su alrededor. Fue como si el lago, el bosque y la cabaña comenzaran a extenderse. Pronto pareció que todo lo que veía era una sola persona, y esa persona era la propia Sofía. Miró a Alberto, pero era como si él también fuera una parte del alma de Sofía.

—Qué raro —dijo Sofía—. Veo todo como antes, pero ahora es como si todo estuviera conectado. Tengo la sensación de que todo es una sola conciencia. Alberto asintió, pero era como si Sofía dijera que sí a sí misma.

—Es el panteísmo, o la filosofía unitaria —dijo él—. Es el espíritu universal de los románticos, quienes veían todo como un solo «yo». También es Hegel, que miraba de reojo al individuo y que veía todo como una manifestación de la razón universal.

—¿Bebo de la otra también?

—Eso pone en la botella.

Sofía desenroscó el tapón de la botella azul y bebió un gran trago. Este zumo sabía un poco más refrescante y más ácido que el rojo.

También ahora tuvo lugar un rápido cambio en todo lo que había a su alrededor. En el transcurso de un instante desapareció el efecto de la bebida roja, de manera que las cosas volvieron a su antiguo lugar. Alberto volvió a ser Alberto, los árboles del bosque volvieron a ser los árboles del bosque y el agua volvió a aparecer como un pequeño lago. Pero esto sólo duró un segundo, porque ahora todo lo que Sofía podía ver se estaba separando. El bosque ya no era bosque, sino que cada arbolito aparecía como un mundo aparte; cada ramita era como un pequeño cuento sobre el que se podrían contar mil cuentos. De pronto el pequeño lago se había transformado en un inmenso mar, no en anchura o profundidad, sino en detalles resplandecientes y sutiles sinuosidades. Sofía entendió que podía haber empleado toda una vida sólo en contemplar esta agua, e incluso cuando la vida un día llegara a su fin, el agua seguiría siendo un misterio inescrutable. Posó la mirada sobre la copa de un árbol donde tres pequeños gorriones estaban ocupados en un extraño fuego. De alguna manera Sofía sabía que los pajaritos estaban en este árbol incluso cuando miró a su alrededor después de haber bebido de la botella roja, pero, de todos modos, no los había visto de verdad. La botella roja había borrado todos los contrastes y todas las diferencias individuales. Sofía se inclinó sobre la hierba. Descubrió un nuevo mundo, más o menos como cuando uno bucea a mucha profundidad y abre los ojos debajo del agua por primera vez. En el musgo, entre hierbas y pajas, pululaba un sinfín de detalles vivos. Sofía vio una araña que lentamente y a su aire buscaba su camino por el musgo... un gusanito rojo que subía y bajaba a toda prisa por una paja... y todo un pequeño ejército de hormigas trabajando en la hierba. Pero incluso cada una de las hormigas levantaba las patas a su manera. Y sin embargo, lo más curioso de todo fue lo que vio cuando se volvió a levantar y miró a Alberto, que seguía de pie delante de la cabaña. En Alberto vio a una persona extraña, era como un ser de otro planeta, o como un personaje de otro cuento. Al mismo tiempo sentía de una manera insólita que ella misma era una persona única. No era solamente un ser humano, no era solamente una chica de quince años. Era Sofía Amundsen y sólo ella era eso.

—¿Qué ves? —preguntó Alberto.

—Veo que eres un tipo raro.

—¿Ah sí?

—Creo que nunca llegaré a entender lo que es ser otra persona, porque no hay ninguna persona en todo el mundo que sea idéntica a otra.

—¿Y el bosque?

—No está relacionado entre sí. Es como un universo entero de

maravillosos cuentos.

—Entonces es como pensaba. La botella azul es el individualismo. Es por ejemplo la reacción de Søren Kierkegaard a la filosofía unitaria del Romanticismo. Pero también lo es otro danés contemporáneo de Kierkegaard, el famoso autor de cuentos H. C. Andersen. Él tenía una vista muy aguda para la increíble riqueza de detalles de la naturaleza. El filósofo alemán Leibniz había visto lo mismo cien años antes. Él había reaccionado contra la filosofía unitaria de Spinoza, de la misma manera que Søren Kierkegaard reaccionó contra Hegel.

—Estoy escuchando lo que dices, pero al mismo tiempo te veo tan raro que me entran ganas de reírme.

—Entiendo. Entonces debes beber un poco de la botella roja. Sentémonos aquí, en el escalón. Hablaremos un poco de Kierkegaard antes de dejarlo por hoy.

Sofía se sentó en el escalón junto a Alberto y bebió un pequeño trago de la botella roja. Ahora las cosas volvieron a juntarse. De hecho, casi se fundieron demasiado, porque de nuevo Sofía tuvo la sensación de que ninguna diferencia tenía importancia. Entonces volvió a meter la lengua en el cuello de la botella azul, y el mundo volvió a ser más o menos como era antes de que Alicia se presentara con las dos botellas.

—¿Pero qué es lo *verdadero*? —preguntó Sofía—. ¿Es la botella roja o es la azul la que proporciona la vivencia correcta?

—Tanto la azul como la roja, Sofía. No podemos decir que los románticos se equivocaron, porque sólo existe una realidad. Pero a lo mejor fueron un poco maniáticos.

—¿Y la botella azul?

—Creo que es la botella de la que Kierkegaard habría bebido largos sorbos. Al menos valoraba enormemente la importancia del individuo. No somos solamente «hijos de nuestra época». Cada uno de nosotros también es un individuo único que vive solamente esta única vez.

—A Hegel esto no le había importado gran cosa, ¿verdad?

—No, a él le interesaban más las grandes líneas de la Historia. Y precisamente esto indignó a Kierkegaard, que pensaba que tanto la filosofía unitaria de los románticos, como el historicismo de Hegel, habían ahogado la responsabilidad del individuo sobre su propia vida. Para Kierkegaard, Hegel y los románticos eran más o menos la misma cosa.

—Comprendo que se enfadara.

—Søren Kierkegaard nació en 1813, y fue educado muy severamente por su padre, de quien también había heredado su melancolía religiosa.

—No suena muy bien.

—Precisamente por su carácter triste y melancólico, se sintió obligado a romper un compromiso matrimonial, lo que fue muy mal visto por la burguesía de Copenhague. De ese modo, pronto se convirtió en un hombre marginado y burlado, aunque con el tiempo aprendió a defenderse. Se convirtió cada vez más en lo que Ibsen llamaría más adelante un «enemigo del pueblo».

—¿Por haber roto el compromiso?

—No, no sólo por eso. Fue, sobre todo, porque al final de su vida elaboró una intensa crítica cultural. «Toda Europa camina hacia la bancarrota», dijo. Pensaba que vivía en una época totalmente carente de pasión y dedicación. Reaccionó especialmente contra la falta de entusiasmo dentro de la Iglesia, y criticó vivamente lo que nosotros llamamos «religión de domingo».

—Hoy en día se podría hablar de «religión de la confirmación». La gran mayoría de los jóvenes de hoy se confirman sólo por los regalos que van a recibir.

—Pues eso es. Para Kierkegaard el cristianismo era tan abrumador y tan irracional que tenía que ser «lo uno o lo otro». No se puede ser «un poco» cristiano, o «hasta cierto punto». Porque o Jesús resucitó el Domingo de Pascua o no. Y si realmente resucitó de entre los muertos por nosotros, esto es entonces tan inmenso que tiene que inundar nuestras vidas.

—Entiendo.

—Pero Kierkegaard observó que tanto la Iglesia como la mayoría de la gente tenían una postura de sabelotodo ante las cuestiones religiosas. Para Kierkegaard la religión y la razón eran como fuego y agua. No basta con creer que el cristianismo es lo «verdadero». La fe cristiana consiste en seguir las huellas de Cristo.

—¿Qué tenía que ver esto con Hegel?

—Puede que hayamos empezado por el final.

—Entonces sugiero que des marcha atrás y arranques de nuevo.

—Kierkegaard empezó a estudiar teología cuando contaba sólo 17 años, pero poco a poco se iba interesando cada vez más por las cuestiones filosóficas. A los 27 años, presentó su tesis *Sobre el concepto de la ironía*, en la que se despachó a sus anchas contra la ironía romántica y contra el juego sin compromiso de los románticos con la ilusión. Como contrapartida a esta forma de ironía puso la «ironía socrática». También Sócrates había empleado la ironía como recurso, pero en su caso fue para provocar una seria reflexión. Al contrario que los románticos, Sócrates era lo que Kierkegaard llamaba un «pensador existente», es decir, un pensador que incluye toda su existencia en su reflexión filosófica.

—Bien.

—Tras romper su compromiso matrimonial, Kierkegaard se marchó en 1841 a Berlín, donde asistió a las clases de Schelling entre otras.

—¿Llegó a conocer a Hegel?

—No, Hegel había muerto diez años antes, pero su espíritu seguía siendo el dominante, tanto en Berlín como en muchas partes de Europa. Su «sistema» se utilizaba como una especie de explicación total a toda clase de cuestiones. Kierkegaard señaló que las «verdades objetivas» por las que se interesaba la filosofía hegeliana no tenían ninguna importancia para la existencia del individuo.

—¿Y cuáles son las verdades importantes o esenciales?

—Más importante que la «Verdad con V mayúscula» es, según Kierkegaard, encontrar la «verdad para mí». De esa manera colocó al individuo contra el «sistema». Kierkegaard opinaba que Hegel se había olvidado de que él mismo era un ser humano. Así describe al típico profesor hegeliano: «Mientras el meditado y respetado señor profesor explica la totalidad de la existencia, se olvida, en su distracción, de cómo se llama, de lo que es un ser humano, simplemente un ser humano, no unos ficticios 3/8 de párrafo».

—¿Y qué es un ser humano según Kierkegaard?

—Es una pregunta que no se puede contestar generalizando. Para Kierkegaard no tiene ningún interés hacer una descripción general de la naturaleza o del ser humano. Es la existencia de cada uno la que es esencial. Y el hombre no percibe su propia existencia detrás de un escritorio. Cuando el ser humano actúa, y especialmente cuando toma importantes decisiones, es cuando se relaciona con su propia existencia. Se cuenta una anécdota sobre Buda que puede ilustrar lo que quería decir Kierkegaard.

—¿Sobre Buda?

—Sí, porque también la filosofía de Buda tomó como punto de partida la existencia del hombre: érase una vez un monje que pensaba que Buda daba respuestas muy poco claras a preguntas importantes sobre lo que es el mundo y lo que es el hombre. Buda contestó con un ejemplo de un hombre herido por una flecha venenosa. El herido no preguntaría por curiosidad intelectual de qué estaba hecha la flecha, qué veneno tenía o desde qué ángulo había sido disparada.

—Más bien desearía que alguien le sacara la flecha y le curase la herida.

—¿Verdad que sí? Eso es lo que era existencialmente importante para él. Tanto Buda como Kierkegaard tenían una fuerte sensación de existir sólo durante un breve instante. Y como ya hemos señalado: entonces no se sienta uno detrás de un escritorio para meditar sobre la

naturaleza del espíritu universal.

—Entiendo.

—También dijo Kierkegaard que la verdad es «subjetiva». Pero no quería decir con ello que da lo mismo lo que creamos u opinemos. Quería decir que las verdades realmente importantes son personales. Solamente esas verdades son «una verdad para mí».

—¿Puedes ponerme un ejemplo de una verdad subjetiva?

—Una cuestión importante es, por ejemplo, la de si el cristianismo es lo verdadero. Ésta no es una cuestión ante la que se pueda tomar una postura teórica o académica. Para uno que «se entiende a sí mismo en términos de existencia», se trata de vida o muerte. No es algo que uno se siente a discutir por discutir. Es algo que uno trata con la máxima pasión y fervor.

—Entiendo.

—Si te caes al agua no adoptas una postura teórica ante la cuestión de si te vas a ahogar o no. En ese caso no es ni «interesante» ni «poco interesante» si hay cocodrilos en el agua. Es cuestión de vida o muerte.

—Pues sí.

—Tenemos que distinguir entre la cuestión filosófica de si existe un dios y la relación del individuo con la misma cuestión. Ante cuestiones de este tipo, cada individuo se encuentra totalmente solo. Y a preguntas semejantes sólo nos podemos aproximar mediante la fe. Las cosas que podemos saber mediante la razón son, según Kierkegaard, completamente inesenciales.

—Eso me lo tienes que explicar mejor.

— $8 + 4 = 12$ , Sofía. Eso es algo que podemos saber con seguridad. Es un ejemplo de esas «verdades de la razón» de las que todos los filósofos después de Descartes se habían ocupado. ¿Pero debemos incluirlas en nuestras oraciones? ¿Son cosas sobre las que meditaremos cuando estemos a punto de morir? No, las verdades de ese tipo pueden ser «objetivas, y «generales», pero por ello también resultan totalmente indiferentes para la existencia de cada uno.

—¿Y la fe?

—No puedes saber si una persona te ha perdonado cuando has hecho algo malo. Precisamente por eso es importante para ti existencialmente. Es una cuestión con la que tienes una relación viva. Tampoco puedes saber si otra persona te quiere o no. Sólo es algo que puedes creer o esperar. Pero eso es más importante para ti que el que la suma de los ángulos de un triángulo sea 180 grados. Y nadie piensa precisamente en la «ley causal», ni en las «formas conceptuales», en el momento de recibir su primer beso.

—No, sería de locos.

—Ante todo es importante la fe cuando se trata de cuestiones religiosas. Kierkegaard escribió: «Si puedo entender a Dios objetivamente, no creo; pero precisamente porque no puedo, por eso tengo que creer. Y si quiero conservarme en la fe, tendré que cuidarme siempre de conservar la incertidumbre objetiva, de estar a 70.000 brazas de profundidad en esta incertidumbre objetiva, y sin embargo creer».

—Me parece que lo expresa de un modo un poco pesado.

—Anteriormente muchos habían intentado probar la existencia de Dios, o al menos captarla con la razón. Pero si uno se da por satisfecho con ese tipo de pruebas de Dios o argumentos de la razón, se pierde lo que es la propia fe, y con ello también el fervor religioso. Porque lo esencial no es si el cristianismo es o no lo verdadero, sino si es lo verdadero para mí. En la Edad Media esta misma idea se expresó mediante la fórmula «credo quia absurdum».

—¿Ah sí?

—Significa: «Creo porque es absurdo». Si la religión cristiana hubiese apelado a la razón, y no a otras partes de nosotros, entonces no se habría tratado de una cuestión de fe.

—Eso ya lo he entendido.

—Hemos visto lo que Kierkegaard entendía por «existencia», lo que entendía por «verdad objetiva» y lo que incluía en el concepto «fe». Estos tres conceptos se formularon como una crítica de la tradición filosófica, y especialmente de Hegel. Pero también contenía una crítica de toda una cultura. En las modernas sociedades urbanas, el ser humano se había convertido en «público», decía Kierkegaard, y la característica más destacada de la multitud era toda esa «palabrería, sin compromiso alguno. Hoy en día a lo mejor utilizaríamos la expresión «conformismo», es decir que todo el mundo opina y defiende lo mismo, sin tener ninguna relación apasionada con el tema en cuestión.

—Estoy pensando que tal vez Kierkegaard podría haber dicho algunas verdades a los padres de Jorunn.

—Pero no era siempre tan indulgente en sus apreciaciones. Tenía una pluma aguda y una ironía amarga. A veces lanzaba sutilezas tales como que «la multitud es la mentira» o que «la verdad siempre está en la minoría». Señalaba además que la mayor parte de la gente tenía una relación de juego con la existencia.

—Una cosa es coleccionar muñecas Barbie, pero es casi peor que una misma sea una muñeca Barbie...

—Lo cual nos lleva a la teoría de Kierkegaard sobre las tres fases en el camino de la vida.

—¿Qué has dicho?

—Kierkegaard opinaba que existen tres actitudes vitales diferentes.

Él utiliza la palabra fases y las llama «fase estética», «fase ética» y «fase religiosa». Utiliza la palabra «fase» para marcar que se puede vivir en las fases inferiores y de pronto dar el «salto» hasta una fase superior. Pero mucha gente vive en la misma fase toda la vida.

—Apuesto a que pronto llegará una explicación. Además empiezo a sentir curiosidad por saber en qué fase me encuentro yo.

—Quien vive en la fase estética vive el momento y busca en todo momento conseguir el placer. Lo que es bueno es lo que es hermoso, bello o grato. En ese aspecto se vive totalmente en el mundo de los sentidos. El estético se convierte en un juguete de sus propios placeres y estados de ánimo. Lo negativo es lo «aburrido», lo «pesado».

—Pues sí, conozco bien esa actitud

—El típico romántico es por lo tanto el típico estético. Porque no se trata solamente de placeres sensuales. También quien tiene una relación de juego con la realidad o, por ejemplo, con el arte o la filosofía con los que él o ella trabajan, vive en la fase estética. Se puede tener una relación estética o de «observador» incluso con el dolor y el sufrimiento. Es la vanidad la que domina. Ibsen dibujó al típico estético en su personaje Peer Gynt.

—Creo que entiendo lo que quieres decir.

—¿Te reconoces?

—No del todo. Pero me recuerda un poco al mayor.

—Quizás sí, Sofía... Aunque éste ha sido un ejemplo más de esa pegajosa ironía romántica. Deberías enjuagarte la boca.

—¿Qué has dicho?

—Bueno, tú no tienes la culpa.

—¡Sigue!

—Uno que vive en la fase estética puede llegar a sentir pronto angustia y vacío. Pero en ese caso también hay esperanza. Según Kierkegaard la angustia es algo casi positivo. Es una expresión de que uno se encuentra en una «situación existencial». Ahora el estético puede optar por dar el gran «salto» hasta una fase superior. Pero o sucede o no sucede. No sirve de nada estar a punto de saltar si no se hace del todo. Aquí se trata de un «o lo uno o lo otro». Pero nadie puede dar el salto por ti. Tú mismo tienes que elegir.

—Eso me recuerda un poco a lo de dejar de fumar o de consumir droga.

—Sí, tal vez. Al describir esta «categoría de la decisión» Kierkegaard nos recuerda a Sócrates, que señaló que todo verdadero conocimiento viene desde dentro. También la elección que conduce a que un ser humano salte de una actitud vital estética a una actitud vital ética o religiosa tiene que surgir desde dentro. Esto lo describe Ibsen en *Peer*

*Gynt*. Otra descripción magistral de cómo la elección existencial emana de una desesperación y miseria interiores la ofrece Dostoievski en la gran novela *Crimen y castigo*.

—En el mejor de los casos se elige otra actitud vital.

—Y de esa manera a lo mejor se empieza a vivir en la fase ética, la cual se caracteriza por la seriedad y elecciones consecuentes según criterios morales. Es actitud ante la vida puede recordar a la ética del deber de Kant. Se intenta vivir de acuerdo con la ley moral. Igual que Kant, Kierkegaard pone su atención ante todo en la disposición mental de la persona. Lo esencial no es exactamente lo que uno opina que es lo correcto y lo que uno opina que es malo. Lo esencial es que uno elija tener una actitud ante lo que es «correcto o equivocado». Lo único que le interesa al estético es si una cosa es «divertida o aburrida».

—¿Y no se corre el riesgo de convertirse en una persona demasiado seria viviendo de este modo?

—Pues sí. Según Kierkegaard tampoco la «fase ética» es la más satisfactoria. También en la fase ética puede uno llegar a aburrirse de ser tan cumplidor y minucioso. Muchas personas, cuando se hacen mayores, llegan a experimentar una gran sensación de cansancio. Algunos pueden volver a caer en la vida de juego de la fase estética. Pero algunos dan un nuevo salto hasta la fase religiosa, alcanzando así «la profundidad de 70.000 brazas» de la fe. Eligen la fe ante el placer estético y los deberes de la razón. Y aunque puede ser «terrible caer en las manos del Dios vivo», como expresa Kierkegaard, es cuando por fin el ser humano encuentra la conciliación.

—El cristianismo.

—Sí. Para Kierkegaard, la «fase religiosa» era la religión cristiana. Pero también tendría una gran importancia para pensadores no cristianos. En el siglo XX surgió una extensa «filosofía existencialista» inspirada en el pensador danés. Sofía miró el reloj.

—Son casi las siete. Tengo que irme corriendo. Habrá que oír a mamá.

Dijo adiós con la mano a su profesor de filosofía y bajó corriendo al agua y al bote.

## Marx

*... un fantasma recorre Europa...*

Hilde se levantó de la cama y se puso junto a la ventana que daba a la bahía. Había empezado el sábado leyendo sobre el cumpleaños de Sofía. El día anterior había sido su propio cumpleaños. Si su padre había calculado que le iba a dar tiempo a leer hasta el cumpleaños de Sofía, había calculado muy por lo alto. No hizo otra cosa que leer durante todo el día anterior. Pero había tenido razón en que sólo faltaba por llegar una última felicitación. Era cuando Alberto y Sofía habían cantado "Cumpleaños feliz". A Hilde le había dado un poco de vergüenza. Luego Sofía había hecho las invitaciones para su «fiesta filosófica en el jardín», que se celebraría el mismo día en que el padre de Hilde regresaba del Líbano. Hilde estaba convencida de que ese día sucedería algo que ni ella ni su padre tenían bajo control.

Una cosa sí era segura: antes de que su padre volviera a Bjerkely, le daría un pequeño susto. Era lo menos que podía hacer por Sofía y Alberto. Le habían pedido ayuda. Su madre seguía en la caseta. Hilde bajó de puntillas al piso de abajo y fue a la mesita del teléfono. Buscó el teléfono de Anne y Ole en Copenhague y marcó todos los números, uno por uno.

—Anne Kvamsdal.

—Hola, soy Hilde.

—¡Qué sorpresa! ¿Qué tal va todo por Lillesand?

—Muy bien, de vacaciones. Y sólo falta una semana para que papá vuelva del Líbano.

—¿Qué contenta estarás, Hilde!

—Sí, me hace mucha ilusión. Sabes, en realidad llamo por eso...

—¿Ah sí?

—Creo que su avión llega a Copenhague sobre las cinco el día 23. ¿Estaréis en Copenhague ese día?

—Creo que sí.

—Quería pedirte un pequeño favor.

—¿Faltaría más!

—Pero es un poco especial, ¿sabes?; no sé si se puede hacer.

—Suena muy interesante...

Y Hilde comenzó a explicarle. Habló de la carpeta de anillas, de Alberto y Sofía y todo lo demás. Varias veces tuvo que volver a empezar porque ella o su tía, al otro lado del teléfono, se echaban a reír. Cuando por fin colgó, su plan estaba en marcha. Luego tendría que hacer algunos preparativos allí mismo, pero aún no corría prisa.

Hilde pasó el resto de la tarde y noche con su madre. Fueron al cine a Kristiansand, porque tenían que «recuperar un poco del día anterior, que no había sido un verdadero cumpleaños. Al pasar por la entrada del aeropuerto, Hilde colocó algunas piezas más en el rompecabezas que tenía presente constantemente. Por fin, cuando ya tarde se fue a acostar, pudo seguir leyendo en la gran carpeta de anillas.

Eran casi las ocho cuando Sofía se metió por el Callejón. Su madre estaba con las plantas delante de la casa cuando Sofía llegó.

—¿De dónde vienes?

—Vengo por el seto.

—¿Por el seto?

—¿No sabes que hay un sendero al otro lado?

—¿Pero dónde has estado, Sofía? Una vez más, no me has avisado de que no vendrías a comer.

—Lo siento. Hacía tan bueno. He dado un paseo larguísimo.

Su madre se levantó de la maleza y miró fijamente a su hija.

—¿No habrás vuelto a ver a ese filósofo?

—Pues sí. Ya te dije que le gusta mucho dar paseos.

—¿Vendrá a la fiesta?

—Sí, le hace mucha ilusión.

—A mí también. Estoy contando los días que faltan, Sofía.

¿Había un matiz irónico en la voz? Para asegurarse dijo:

—Menos mal que también he invitado a los padres de Jorunn. Si no, hubiera sido un poco violento.

—Bueno... de cualquier forma, yo quiero tener una conversación privada con ese Alberto, una conversación de adultos.

—Os dejaré mi cuarto. Estoy segura de que él te va a gustar.

—Hay algo más. Ha llegado una carta para ti.

—Bueno...

—Lleva el matasellos del Batallón de las Naciones Unidas.

—Es del hermano de Alberto.

—Pero Sofía, ¿ya está bien!

Sofía pensó febrilmente. Y en un par de segundos le llegó una respuesta oportuna. Fue como si alguien le hubiera inspirado, echándole una mano.

—Le dije a Alberto que coleccionaba matasellos raros. Y a los hermanos se les puede utilizar para muchas cosas, ¿sabes?

Con esta respuesta consiguió tranquilizar a su madre.

—La comida está en el frigorífico —dijo la madre en un tono un poco más conciliador.

—¿Dónde está la carta?

—Encima del frigorífico.

Sofía se apresuró a entrar en la casa. La fecha del matasellos era 15.6.90. Abrió el sobre, y encontró dentro una pequeña nota.

*¿De qué sirve esa constante creación a ciegas si todo lo creado simplemente desaparecerá?*

Sofía no tenía ninguna respuesta a esa pregunta. Antes de sentarse a comer, dejó la nota en el armario junto con todas las demás cosas que había ido recogiendo durante las últimas semanas. Ya se enteraría de por qué le habían hecho esa pregunta.

A la mañana siguiente, Jorunn fue a hacerle una visita. Primero jugaron al bádminton y luego se pusieron a hacer planes sobre la fiesta filosófica en el jardín. Tendrían que tener algunas sorpresas preparadas por si la fiesta decaía en algún momento.

Cuando su madre volvió del trabajo, seguían hablando de la fiesta. La madre repetía una y otra vez: «Esta vez no se escatimaré en nada». Y no lo decía en un sentido irónico. Era como si pensara que una «fiesta filosófica» era exactamente lo que Sofía necesitaba para volver a bajar a tierra después de esas intranquilas semanas de intensa formación filosófica. Aquella noche lo planearon todo, desde las tartas y los farolillos chinos, hasta concursos filosóficos con un libro de filosofía para jóvenes de premio. Si es que había algún libro para jóvenes... , Sofía no estaba muy segura.

El jueves 21 de de junio, cuando sólo quedaban dos días para San Juan, volvió a llamar Alberto.

—Sofía.

—Alberto.

—¿Qué tal?

—Perfectamente. Creo que he encontrado una salida.

—¿Una salida a qué?

—A lo que tú sabes. A esta prisión espiritual en la que ya llevamos demasiado tiempo.

—Ah, eso...

—Pero no puedo decir nada sobre el plan hasta no haberlo puesto en

marcha.

—¿Y eso no será muy tarde? Tendré que saber en qué estoy participando, ¿no?

—Ay, qué ingenua eres. ¿No sabes que están escuchando todo lo que decimos? Lo más sensato sería, pues, callarse.

—¿Tan mal está?

—Claro que sí, hija mía. Lo más importante tiene que suceder cuando no hablemos entre nosotros.

—Ah...

—Vivimos nuestras vidas en una realidad ficticia detrás de las palabras de un cuento muy largo. Cada palabra es tecleada por el mayor en una barata máquina de escribir portátil. Por lo tanto, de lo que está escrito nada escapa a su atención.

—Entiendo. ¿Pero entonces cómo podríamos hacer algo a escondidas de él?

—¡Chsss... !

—¿Qué?

—También sucede algo entre líneas. Allí es donde intento moverme con todo lo que tengo de doble fondo.

—Entiendo.

—Pero tenemos que emplear juntos el tiempo que nos queda hoy y mañana. El sábado estallará. ¿Puedes venir en seguida?

—Iré ahora.

Sofía dio de comer a los pájaros y a los peces, buscó una gran hoja de lechuga para Govinda y abrió una lata de comida de gatos para Sherekan. Antes de irse, dejó el plato con la comida del gato en la escalera. Luego se metió por el seto y cogió el sendero al otro lado. Cuando llevaba algún tiempo andando vio de repente un gran escritorio en medio de la maleza. Detrás del escritorio había un señor mayor. Parecía como si estuviera calculando algo. Sofía se le acercó y le preguntó su nombre. El hombre ni siquiera se molestó en levantar la vista.

—Scrooge —dijo, y volvió a inclinarse sobre los papeles.

—Yo me llamo Sofía. ¿Eres un hombre de negocios? Él asintió con la cabeza.

—E inmensamente rico. No quiero perder ni una corona, por eso tengo que concentrarme en la contabilidad.

—¡Qué aburrido!

Sofía le dijo adiós con la mano y prosiguió su camino. Pero había avanzado pocos metros cuando vio a una niña que estaba sentada completamente sola debajo de uno de los altos árboles. Iba vestida con

harapos y parecía pálida y enfermiza. Al pasar Sofía, la niña metió la mano en una bolsita y sacó una caja de cerillas.

—¿Me compras una caja de cerillas? —preguntó.

Sofía buscó en el bolsillo para ver si llevaba dinero encima. Sí, por lo menos tenía una moneda de una corona.

—¿Cuánto cuestan?

—Una corona.

Sofía dio la moneda a la niña y se quedó parada con la caja de cerillas en la mano.

—Eres la primera persona que me ha comprado algo en más de cien años. Algunas veces me muero de hambre, otras me muero congelada.

Sofía pensó que no era extraño que no vendiera cerillas ahí en el bosque, pero luego se acordó del rico hombre de negocios al que acababa de ver. No era necesario que esa niña muriera de hambre, cuando ese hombre tenía tanto dinero.

—Ven aquí —dijo Sofía. Cogió a la niña de la mano y la llevó hasta el rico hombre de negocios.

—Tendrás que procurar que esta niña tenga una vida mejor —dijo. El hombre, sin levantar apenas la vista de los papeles, contestó:

—Eso cuesta dinero, ya te he dicho que no quiero perder ni una sola corona.

—Pero es injusto que tú seas tan rico y que esta niña sea tan pobre—insistió Sofía.

—¡Tonterías! La justicia sólo se practica entre iguales.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Yo empecé con las manos vacías, tiene que merecer la pena trabajar. ¡Eso es el progreso!

—¡Por favor!

—Si no me ayudas me moriré —dijo la niña pobre.

El hombre de negocios volvió a levantar la mirada de los papeles y golpeó la mesa con su pluma.

—No eres una partida en mi contabilidad. Vete a la casa de beneficencia.

—Si no me ayudas, incendiaré el bosque —prosiguió la niña pobre.

Finalmente el señor de detrás del escritorio se levantó, pero la niña ya había encendido una cerilla y la había acercado a unas pajas secas, que empezaron a arder instantáneamente. El hombre rico levantó los brazos.

—¡Socorro! —gritó—. ¡El gallo rojo está cantando!

La niña le miró con una sonrisa burlona.

—Al parecer no sabías que soy comunista.

De repente habían desaparecido la niña, el hombre de negocios y el



escritorio. Sofía se quedó sola, pero las llamas ardían cada vez con más intensidad en la hierba seca. Intentó ahogarlas pisándolas, y al cabo de un rato había logrado apagar todo.

—¡Gracias a Dios! —Sofía miró las hierbas ennegrecidas.

En la mano tenía una caja de cerillas. ¿No habría sido ella misma la que provocó el incendio?

Cuando se encontró con Alberto delante de la cabaña le contó lo que le había pasado.

— Scrooge era un tacaño capitalista en *Cuento de Navidad* de Charles Dickens. Y a la niña de las cerillas la conocerás del cuento de H. C. Andersen.

—¿No es un poco extraño que me encontrara con ellos aquí en el bosque?

—En absoluto. Éste no es un bosque normal y corriente, y ahora toca hablar de Karl Marx. Conviene que hayas visto un ejemplo de las enormes diferencias entre clases a mediados del siglo pasado. Entremos. Así estaremos, al fin y al cabo, uno poco más resguardados de la intervención del mayor.

Se sentaron de nuevo delante de la mesa junto a la ventana que daba al pequeño lago. Sofía todavía recordaba la sensación que había experimentado al ver el lago, después de haber bebido de la botella azul. Las dos botellas estaban sobre la repisa de la chimenea. En la mesa habían colocado una pequeña copia de un templo griego.

—¿Qué es eso? —preguntó Sofía.

—Todo a su debido tiempo, hija mía.

Y con esto Alberto comenzó a hablar de Marx.

—Cuando Kierkegaard llegó a Berlín en 1841, puede que se sentara al lado de Karl Marx para escuchar las clases de Schelling. Kierkegaard había escrito una tesis sobre Sócrates, y Karl Marx había escrito en la misma época una tesis doctoral sobre Demócrito y Epicuro, es decir sobre el materialismo de la Antigüedad. De este modo los dos habían señalado las direcciones de sus propias filosofías.

—¿Porque Kierkegaard se hizo filósofo existencialista y Marx materialista?

—Marx fue lo que se suele llamar un materialista histórico. Volveremos sobre este tema más adelante.

—¡Continúa!

—Tanto Kierkegaard como Marx utilizaron, aunque cada uno a su manera, a Hegel como punto de partida. Los dos están marcados por la manera de pensar hegeliana, pero los dos se oponen a su «espíritu universal», o a lo que llamamos *idealismo* de Hegel.

—Sería demasiado vago para ellos.

—Decididamente. Generalizando, decimos que la época de los grandes sistemas acaba con Hegel. Después de él, la filosofía toma caminos muy distintos. En lugar de grandes sistemas especulativos surgió una llamada «filosofía existencialista» o «filosofía de la acción». Marx observó que «los filósofos simplemente han interpretado el mundo de modos distintos; lo que hay que hacer ahora es cambiarlo». Precisamente estas palabras señalan un importante giro en la historia de la filosofía.

—Después de haberme encontrado con Scrooge y la niña de las cerillas, no me cuesta nada comprender lo que Marx quería decir.

—La filosofía de Marx tiene por tanto una finalidad práctica y política. También conviene recordar que no sólo era filósofo, sino también historiador, sociólogo y economista.

—¿Y fue un pionero en los tres campos?

—Al menos no hay ningún otro filósofo que haya tenido tanta importancia para la política práctica. Por otra parte, debemos cuidarnos de identificar todo lo que se llama «marxismo» con el pensamiento del propio Marx. De Marx se dice que se convirtió en marxista a mediados de 1840, pero más tarde también tuvo a veces necesidad de señalar que no era marxista.

—¿Jesús era cristiano?

—También eso se puede discutir, claro.

—Sigue.

—Desde el principio, su amigo y colega, Friedrich Engels, contribuyó a lo que más tarde se llamaría el «marxismo». En nuestro propio siglo Lenin, Stalin, Mao y muchos otros han hecho sus aportaciones al marxismo o «marxismo-leninismo».

—Entonces sugiero que nos atengamos al propio Marx. ¿Dijiste que era un «materialista histórico»?

—No era un «materialista filosófico», como los atomistas de la Antigüedad y el materialismo mecanicista de los siglos XVIII y XIX, pero pensaba que en gran medida son las condiciones materiales de la sociedad las que deciden cómo pensamos. También para la evolución histórica son decisivas las condiciones materiales.

—Bastante diferente al «espíritu universal» de Hegel.

—Hegel había señalado que la evolución histórica se mueve hacia adelante por una tensión entre contrastes, que a su vez es sustituida por un cambio brusco. Esta idea es continuada por Marx. Pero según Marx, Hegel lo expresaba al revés.

—¿Durante toda su vida?

—A la fuerza que impulsa la Historia hacia adelante, Hegel la

llamaba «espíritu universal». Es esto lo que, según Marx, es poner las cosas al revés. El quería mostrar que los cambios materiales son los decisivos. Por lo tanto, no son las «condiciones espirituales» las que crean los cambios materiales, sino al revés. Son los cambios materiales los que crean las nuevas condiciones espirituales. Marx subrayó especialmente las fuerzas económicas de la sociedad como las que crean los cambios y, de esa manera, impulsan la Historia hacia adelante.

—¿No puedes ponerme un ejemplo?

—La filosofía y la ciencia de la Antigüedad tenían una finalidad meramente teórica. No se tenía mucho interés por aplicar los conocimientos a mejoras prácticas.

—Eso tenía que ver con la organización de la vida cotidiana económica en sí. La producción estaba más o menos basada en el trabajo de los esclavos. Por eso los ciudadanos finos no tenían necesidad de mejorar la producción mediante inventos prácticos. Éste es un ejemplo de cómo las condiciones materiales contribuyen a marcar la reflexión filosófica de la sociedad.

—Entiendo.

—A estas condiciones materiales, económicas y sociales de la sociedad, Marx las llamaba base de la sociedad. A cómo se piensa en una sociedad, qué clase de instituciones políticas se tienen, qué leyes y, lo que no es menos importante, que religión, moral, arte, filosofía, leyes y ciencia, Marx lo llama superestructura de la sociedad.

—Base y superestructura, entonces.

—Ahora alcánzame el templo griego, por favor.

—Aquí lo tienes.

—Esto es una copia reducida del viejo templo del Partenón de la Acrópolis. También lo has visto en la realidad.

—En vídeo, quieres decir.

—Ves que el edificio tiene un tejado muy elegante y elaborado. Puede incluso que en lo primero que uno se fije sea en el propio tejado y en la fachada. Eso es lo que podríamos llamar la «superestructura». Pero el tejado no puede flotar en el aire.

—Está sostenido por las columnas.

—Todo el edificio tiene ante sí un sólido fundamento, o una «base», que soporta toda la construcción. De la misma manera Marx opinaba que las condiciones materiales levantan, en cierto modo, todo lo que hay de pensamientos e ideas en la sociedad. En este sentido la superestructura de una sociedad es el reflejo de la base de la misma.

—¿Quieres decir que la teoría de las Ideas de Platón es un reflejo de la producción de vasijas y del cultivo de vino?

—No, no es tan sencillo, y Marx lo subraya muy claramente. Hay una influencia recíproca entre la base y la superestructura de la sociedad. Si hubiera negado esta reciprocidad, habría sido un «materialista mecanicista». Pero Marx reconoce que hay una relación recíproca o «dialéctica» entre la base y la superestructura, y por eso decimos que es un materialista dialéctico. Por otra parte puedes tomar nota de que Platón no trabajó ni como alfarero ni como viticultor.

—Entiendo. ¿Pero vas a decir algo más sobre el templo?

—Sí, un poco más. Estudia detenidamente la base del templo e intenta describirmela.

—Las columnas reposan sobre una base que consta de tres niveles o escalones.

—De la misma manera también podemos distinguir tres niveles en la base de la sociedad. Lo más básico es lo que podemos llamar las condiciones de producción de la sociedad, es decir las condiciones y los recursos naturales que existen en la sociedad, todo aquello que tiene que ver con el clima y las materias primas... Todo esto constituye los cimientos de la sociedad, y estos cimientos ponen límites clarísimos sobre qué tipo de producción puede tener esta sociedad. Y con ello, también se ponen límites muy claros sobre qué tipo de sociedad y qué tipo de cultura se puede llegar a tener en general.

—Por ejemplo, no se pueden pescar arenques en el Sahara, y tampoco se pueden cultivar dátiles en el norte de Noruega.

—Justo. Lo has entendido. Pero también hay mucha diferencia entre la manera de pensar de la gente de una cultura nómada y la de un pueblecito pesquero del norte de Noruega. El siguiente nivel abarca las «fuerzas productivas» que existen en la sociedad. Marx se refiere con esto a la clase de herramientas y máquinas que se tienen.

—Antiguamente se pescaba con barcas de remo, hoy se pesca con grandes barcos de arrastre.

—Ya estás tocando el siguiente nivel de la base de la sociedad, es decir quién es el propietario de los medios de producción. A la propia organización del trabajo, es decir, a la división del trabajo y a las relaciones de propiedad, Marx las llamó relaciones de producción de la sociedad.

—Entiendo.

—Hasta aquí podemos concluir y decir que es el modo de producción de una sociedad el que decide las condiciones políticas e ideológicas que hay en esa sociedad. No es una casualidad que hoy en día pensemos de un modo algo distinto, y que tengamos una moral distinta a la que existía en una antigua sociedad feudal.

—Entonces Marx no creía en un derecho natural vigente en todos los

tiempos.

—No, la cuestión de lo que es moralmente correcto es, según Marx, un producto de la base de la sociedad. No es, por ejemplo, una casualidad el que en las viejas sociedades campesinas fueran los padres los que decidieran con quién se iban a casar sus hijos, ya que entraba en juego la cuestión de quién iba a heredar la granja. En una ciudad moderna las relaciones sociales son distintas. Aquí te puedes encontrar con tu futuro esposo o esposa en una fiesta o en una discoteca, y si uno está suficientemente enamorado, encontrará, de alguna manera, un sitio donde vivir.

—Yo nunca hubiera consentido que mis padres decidieran con quién tengo que casarme.

—No, porque tú también eres hija de tu época. Marx señaló además que, por regla general, es la clase dominante de una sociedad la que decide lo que es bueno y lo que es malo. Porque toda la Historia es una historia de luchas de clases. Es decir, que la Historia trata, sobre todo, de quién va a ser propietario de los medios de producción.

—¿No contribuyen también los pensamientos e ideas de la gente a cambiar la Historia?

— Sí y no. Marx era consciente de que las relaciones de la superestructura de la sociedad pueden actuar sobre la base de la sociedad, pero rechazó la idea de que la superestructura de la sociedad tuviera una historia independiente. Lo que ha impulsado a la Historia a evolucionar desde las sociedades de esclavos de la Antigüedad, hasta las sociedades industriales de nuestra época, han sido sobre todo los cambios que han tenido lugar en la base de la sociedad.

—Sí, eso ya lo has dicho.

—En todas las fases de la Historia ha habido, según Marx, un antagonismo entre las dos clases sociales dominantes. En la sociedad de la esclavitud de la Antigüedad, el antagonismo estaba entre el ciudadano libre y el esclavo; en la sociedad feudal de la Edad Media entre el señor feudal y el siervo; y más adelante entre el noble y el burgués. Pero en la época del propio Marx, en lo que él llama una sociedad burguesa o capitalista, los antagonismos están ante todo entre el capitalista y el obrero o proletario. Existe, pues, un antagonismo entre los que poseen y los que no poseen los medios de producción. Y como la «clase superior» no quiere ceder su predominio, un cambio sólo puede tener lugar mediante una revolución.

—¿Qué sucede con la sociedad comunista?

—A Marx le interesaba especialmente la transición de una sociedad capitalista a una sociedad comunista. También realiza un análisis detallado del modo de producción capitalista. Pero antes de centrarnos

en este tema, tenemos que decir algo sobre la visión que tenía Marx del trabajo de las personas.

—¡Venga!

—Antes de convertirse en comunista, el joven Marx estuvo interesado en saber qué le ocurre al ser humano cuando trabaja. También Hegel había analizado este tema. Hegel pensaba que hay una relación recíproca o dialéctica entre el ser humano y la naturaleza. Cuando el hombre trabaja la naturaleza, al mismo hombre también se le trabaja. O dicho de un modo un poco diferente: cuando el hombre trabaja, interviene en la naturaleza y deja en ella su huella. Pero en este proceso laboral también la naturaleza interviene en el hombre y deja huella en su conciencia.

—Dime qué clase de trabajo realizas y te diré quién eres.

—Ésta es, muy resumida, la tesis de Marx. El cómo trabajamos marca nuestra conciencia, pero nuestra conciencia también marca nuestro modo de trabajar. Se puede decir que hay una relación recíproca entre la «mano» y el «espíritu». Así, la conciencia del hombre está en estrecha relación con su trabajo.

—Entonces tiene que resultar bastante terrible estar en el paro.

—Sí, porque el que no tiene trabajo está de alguna manera vacío. Hegel ya había pensado en esto. Tanto para Hegel como para Marx, el trabajo es algo positivo, es algo íntimamente relacionado con el hecho de ser persona.

—Entonces también debe ser algo positivo ser obrero.

—Sí, en un principio sí. Pero precisamente en este punto Marx lanza su terrible crítica sobre la forma capitalista de producción.

—¡Cuéntame!

—En el sistema capitalista el obrero trabaja para otro. Así el trabajo se convierte en algo fuera de él. El obrero es un extraño a su propio trabajo y por tanto también se convierte en un extraño a sí mismo. Pierde su propia realidad humana. Marx dice con una expresión hegeliana que el obrero se siente alienado.

—Yo tengo una tía que lleva veinte años en una fábrica empaquetando bombones, de modo que no me cuesta nada entender lo que dices. Dice que odia tener que ir al trabajo todas las mañanas.

—Pero si odia su trabajo, Sofía, entonces, en cierta manera, también debe de odiarse a sí misma.

—Desde luego, odia los bombones.

—En la sociedad capitalista el trabajo está organizado de manera que el obrero está realizando, en realidad, un trabajo de esclavo para otra clase social. Así, el obrero transfiere su propia fuerza laboral, y con ello toda su existencia humana, a la burguesía.

—¿Tan terrible es?

—Estamos hablando de Marx. Tenemos que tener presentes las condiciones sociales existentes a mediados del siglo pasado. Y la respuesta es un sonoro «sí». El obrero tenía fácilmente una jornada laboral de doce horas, en unas frías naves de producción. La paga era a menudo tan escasa que también tenían que trabajar los niños y las mujeres que acababan de dar a luz. Todo esto llevó a condiciones sociales indescriptibles. En algunos lugares, parte del salario se pagaba en forma de aguardiente barato, y muchas mujeres se veían obligadas a prostituirse. Los clientes eran los «señores de la ciudad». En pocas palabras: precisamente mediante lo que sería la marca de nobleza del hombre, es decir, el trabajo, al obrero se le convertía en un animal.

—Es indignante.

—Para Marx también lo era. Al mismo tiempo, los hijos de la burguesía podían tocar el violín en grandes y cálidos salones tras un baño refrescante, o sentarse al piano antes de una espléndida cena de cuatro platos. Bueno, el violín y el piano también podían tocarse por la tarde tras un estupendo paseo a caballo.

—¡Qué injusto!

—Así opinó Marx también. En 1848 publicó, junto con Engels, un manifiesto. La primera frase de ese manifiesto dice así: «Un fantasma recorre Europa, el fantasma del comunismo».

—Me entra hasta miedo.

—A la burguesía también. Porque todo el proletariado había empezado a levantarse. ¿Quieres saber cómo acaba este manifiesto?

—Con mucho gusto.

—«Los comunistas desprecian mantener en secreto sus propias opiniones e intenciones. Declaran abiertamente que su meta sólo podrá alcanzarse cuando el régimen social hasta ahora vigente sea derribado por la fuerza. Que las clases dominantes tiemblen a la vista de una revolución comunista. El proletariado no tiene nada que perder excepto sus cadenas. Tiene un mundo por ganar. ¡Proletarios del mundo entero, uníos!»

—Si las condiciones eran tan malas como dices, creo que yo habría firmado ese manifiesto. Hoy en día son diferentes las condiciones, ¿no?

—En Noruega sí, pero no en todas partes. Sigue habiendo gente que vive en condiciones infrahumanas, al mismo tiempo que se producen mercancías que hacen cada vez más ricos a los capitalistas. Esto es lo que Marx llama explotación.

—Entiendo.

—El capitalista puede luego invertir parte de las ganancias en nuevo capital, por ejemplo, en la modernización de las instalaciones de

producción. Lo hace con la esperanza de poder producir la mercancía aún más barata y, por consiguiente, aumentar las ganancias en el futuro.

—Es lógico.

—Sí, puede parecer lógico, pero tanto en este punto como en otros, a la larga no sucederá lo que se imagina el capitalista.

—¿Qué quieres decir?

—Marx opinaba que había varias contradicciones en la manera de producción capitalista. El capitalismo es un sistema económico autodestructivo, porque carece de una dirección racional.

—Eso es, en cierta manera, bueno para los oprimidos.

—Sí, es inherente al sistema capitalista el caminar hacia su propia perdición. De esa manera el capitalismo es «progresivo», o está «dirigido hacia el futuro», porque es una fase en el camino hacia el comunismo.

—¿Puedes poner un ejemplo sobre lo de que el capitalismo es autodestructivo?

—Acabamos de mencionar al capitalista al que le sobra un buen montón de dinero y que usa parte de ese superávit para modernizar la empresa; pero algo se gastará también en clases de violín, además de hacer frente a los caros hábitos que su mujer ha ido adquiriendo.

—¿Ah, sí?

—Compra maquinaria nueva y no necesita ya tantos empleados. Esto lo hace con el fin de aumentar su capacidad de competitividad.

—Entiendo.

—Pero él no es el único que piensa así, lo que significa que todo el sector de producción se hace más eficaz. Las fábricas se hacen cada vez más grandes, y se van concentrando en menos manos cada vez. ¿Entonces qué ocurre, Sofía?

—Pues...

—Entonces, por la progresiva concentración, se necesitará cada vez menos mano de obra, y habrá más y más parados. Consecuentemente, crecerán los problemas sociales y esas crisis constituyen un aviso de que el capitalismo se está acercando a su fin.

—Pero también hay otros rasgos de autodestrucción del capitalismo. Cuando hay que sacar cada vez más ganancias al sistema de producción sin que se cree un excedente suficientemente grande como para seguir produciendo a precios competitivos...

—¿Sí?

—¿Entonces qué hace el capitalista? ¿Me lo puedes decir?

—No, no lo sé.

—Imagínate que eres la dueña de una fábrica. Tienes problemas

económicos. Estás a punto de arruinarte. Y yo te pregunto: ¿qué puedes hacer para ahorrar dinero?

—¿Bajar los sueldos, tal vez?

—¡Muy lista! Pues sí, es lo más inteligente que puedes hacer. Pero si todos los capitalistas son igual de listos que tú, y lo son, dicho sea de paso, los obreros serán tan pobres que ya no podrán comprar nada. Decimos que baja el poder adquisitivo. Y ahora nos encontramos dentro de un círculo vicioso. «A la propiedad privada capitalista le ha llegado su hora», dice Marx. Pronto nos encontraremos en una situación revolucionaria.

—Entiendo.

—Para resumir, acaba con que se levantan los proletarios asumiendo la propiedad de los medios de producción.

—¿Y entonces qué pasa?

—Durante un cierto período tendremos una nueva «sociedad de clases» en la que los proletarios mantendrán sometida por la fuerza a la burguesía. A esta etapa Marx la llamó dictadura del proletariado. Pero tras un período de transición, la dictadura del proletariado será sustituida por una «sociedad sin clases», o comunismo. En esta sociedad los medios de producción serán propiedad de «todos», es decir del propio pueblo. En una sociedad así cada uno «rendirá según su capacidad y recibirá según su necesidad». Además ahora el trabajo pertenecerá al propio pueblo, y cesará la «alienación» capitalista. Habrá una «sociedad sin clases»

—Todo esto suena maravillosamente bien, ¿pero cómo fue luego? ¿Llegó la revolución?

—Sí y no. Hoy los economistas pueden afirmar que Marx se equivocó en varios puntos importantes, por ejemplo en su análisis de las crisis del capitalismo. Marx tampoco tuvo suficientemente en cuenta la explotación de la naturaleza, que hoy en día vivimos cada vez con más gravedad. Pero... y hay un pero muy grande...

—¿Sí?

—El marxismo condujo de todos modos a grandes cambios. No cabe duda de que el socialismo ha logrado combatir, en gran medida, una sociedad inhumana. Al menos, en Europa, vivimos en una sociedad más justa y más solidaria que en los tiempos de Marx. Y esto se debe en gran parte al propio Marx y a todo el movimiento socialista.

—¿Qué pasó?

—Después de Marx el movimiento socialista se dividió en dos tendencias principales. Por un lado surgió la socialdemocracia y por otro el leninismo. La socialdemocracia que había abogado por una aproximación pacífica al socialismo, fue el camino elegido por la Europa

Occidental. Este proceso lo podríamos llamar « revolución lenta ». El leninismo, que conservó la fe de Marx en que sólo la revolución podía combatir la vieja sociedad de clases, tuvo una gran importancia en Europa Oriental, Asia y África. Pero los dos movimientos, cada uno desde su lado, han combatido la miseria y la represión.

—¿Pero no se creó una nueva forma de represión? Por ejemplo en la Unión Soviética y la Europa del Este.

—Sin duda, y aquí vemos de nuevo que todo lo que tocan los seres humanos se convierte en una mezcla de bueno y malo. Por otra parte, sería muy injusto echar la culpa a Marx de las condiciones negativas en los llamados países comunistas, cincuenta o incluso cien años después de su muerte. Pero tal vez Marx no pensó que también eran humanos aquellos que luego iban a administrar el comunismo. No habrá nunca ningún «país de la suerte», supongo. Los hombres siempre crearán nuevos problemas contra los que luchar.

—Seguro.

—Y con esto terminamos el capítulo sobre Marx, Sofía.

—¡Espérate un momento! ¿No dijiste algo de que la justicia sólo se cumple entre iguales?

—No, lo dijo Scrooge.

—¿Cómo puedes saber que lo dijo?

—Bueno, porque tú y yo somos obra del mismo autor. En ese sentido estamos mucho más relacionados el uno con el otro de lo que pueda parecer a primera vista.

—¡Maldito irónico!

—Doble, Sofía, es una ironía doble.

—Pero volvamos a lo de la justicia. Dijiste que Marx opinaba que la sociedad capitalista era injusta. ¿Cómo definirías una sociedad justa?

—Un filósofo moralista inspirado por el marxismo, John Rawls, intentó decir algo al respecto con el siguiente ejemplo: imagínate que eres miembro de un consejo muy serio que va a elaborar todas las leyes de una futura sociedad.

—Me encantaría estar en ese consejo.

—Tendrían que evaluar absolutamente todo, pues nada más haber llegado al acuerdo y haber firmado las leyes, se morían.

—¿Qué dices?

—Pero después volverían a despertarse inmediatamente en esa sociedad para la que elaboraron las leyes. El punto clave es que no tendrían la más leve idea sobre qué lugar ocuparían en la sociedad.

—Entiendo.

—Una sociedad de ese tipo sería una sociedad justa. Porque habría

surgido entre «hombres iguales».

—Y mujeres.

—Es una condición evidente. No se sabría si se iba a despertar como hombre o como mujer. Como habría el cincuenta por ciento de probabilidad, esto significa que la sociedad sería igual de buena para las mujeres que para los hombres.

—Suenan fascinante.

—Dime, ¿fue Europa una sociedad así en la época de Marx?

—¡No!

—Entonces a lo mejor puedes señalar una sociedad de ese tipo hoy en día.

—Bueno, no sé...

—Piénsalo un poco. Por ahora no habrá más sobre Marx.

—¿Qué has dicho?

—¡Final del capítulo!

## Darwin

*... un barco que navega por la vida cargado de genes...*

El domingo por la mañana, un golpe seco despertó a Hilde. Era la carpeta de anillas, que había caído al suelo. Había estado tumbada en la cama leyendo acerca de Sofía y Alberto, que hablaban de Marx. Luego se había dormido boca arriba con la carpeta en el edredón. La lamparita que tenía sobre la cama había estado encendida toda la noche. El despertador en el escritorio marcaba las 8:59 con cifras verdes. Había soñado con grandes fábricas y ciudades llenas de humo y hollín. Sentada en una esquina, una niña vendía cerillas. Gente bien vestida, con largos abrigos, simplemente había pasado flotando. Al incorporarse en la cama se acordó de aquellos legisladores que despertarían en una sociedad hecha por ellos mismos. Ella podía estar contenta de vivir en Bjerkely.

¿Se habría atrevido a despertarse en Noruega sin saber en qué parte lo haría? Pero no sólo era cuestión del lugar donde despertaría. También podría haberse despertado en una época completamente distinta. En la Edad Media, por ejemplo, o en una sociedad de la Edad de Piedra de hace diez o veinte mil años. Hilde intentó imaginarse sentada delante de la puerta de una caverna. Tal vez estaría preparando una piel.

¿Como viviría una chica de quince años antes de que existiera lo que llamamos cultura? ¿Cómo habría pensado entonces?

Hilde se puso un jersey, cogió la carpeta y se sentó para continuar la lectura de la larga carta de su padre.

Justo en el instante en que Alberto acababa de decir «final del capítulo», alguien llamó a la puerta de la Cabaña del Mayor.

—¿No tenemos opción, verdad? —dijo Sofía.

—Supongo que no —gruñó Alberto.

Fuera había un hombre muy viejo con pelo y larga barba blancos. En la mano derecha llevaba un bastón, y en la izquierda una gran lámina de un barco. A bordo de éste se podía ver toda clase de animales.

—¿Y quién es este viejo señor? —interrogó Alberto.

—Me llamo Noé.

—Me lo imaginaba.

—Tu propio progenitor, hijo mío. Pero supongo que ya no está de moda acordarse de los progenitores.

—¿Qué llevas en la mano? —preguntó Sofía.

—Es una lámina de todos los animales que se salvaron del gran diluvio. Toma, hija mía, es para ti.

Sofía cogió la gran ilustración y el viejo dijo:

—Tendré que ir a casa a regar mis parras...

Dio un pequeño salto juntando los pies en el aire, de la forma que sólo saben hacerlo hombres muy mayores de muy buen humor. Sofía y Alberto volvieron a entrar y se sentaron. Sofía empezó a mirar la lamina, pero Alberto se la quitó con autoridad.

—Primero vamos a centrarnos en las grandes líneas —dijo.

—Empieza.

—Nos olvidamos de decir que Marx vivió los últimos treinta y cuatro años de su vida en Londres, adonde se trasladó en 1849, y murió en 1883. Durante todo ese período también vivió Charles Darwin en las afueras de Londres. Murió en 1882 y fue enterrado solemnemente en Westminster Abbey como uno de los grandes hijos de Inglaterra. Pero Marx y Darwin no sólo se cruzan en el tiempo y en el espacio. Marx intentó dedicar a Darwin la edición inglesa de su gran obra *El capital*, pero Darwin no accedió. Al morir Marx, al año siguiente de Darwin, su amigo Friedrich Engels dijo: «De la misma manera que Darwin descubrió las leyes del desarrollo de la naturaleza orgánica, Marx descubrió las leyes del desarrollo histórico de la humanidad».

—Entiendo.

—Otro importante pensador que también deseaba relacionar su actividad con Darwin, fue el psicólogo Sigmund Freud. También él vivió el último año de su vida en Londres. Freud señaló que tanto la teoría de la evolución de Darwin, como su propio psicoanálisis habían supuesto un agravio al «ingenuo amor propio del ser humano».

—Son ya muchos nombres, pero estamos hablando de Marx, Darwin y Freud, ¿no?

—En un sentido más amplio se puede hablar de una corriente naturalista desde mediados del siglo XIX, hasta muy adentrado nuestro propio siglo. Por naturalismo se entiende un concepto de la realidad que no admite ninguna otra realidad que la naturaleza y el mundo perceptible. Un naturalista considera, por lo tanto, al hombre como una parte de la naturaleza. Un investigador naturalista se basará exclusivamente en hechos dados por la naturaleza, es decir, ni en especulaciones racionalistas, ni en ninguna otra forma de revelación divina.

—¿Esto es válido para Marx, Darwin y Freud?

—Decididamente sí. Las palabras clave de mediados del siglo pasado son «naturaleza», «ambiente», «historia», «evolución» y «crecimiento». Marx había señalado que la ideología de los seres humanos es un producto de la base material de la sociedad. Darwin demostró que el ser humano es el resultado de un largo desarrollo biológico, y el estudio de Freud del subconsciente mostró que los actos de los hombres se derivan, a menudo, de ciertos instintos animales.

—Creo que entiendo lo que quieres decir con «naturalismo», ¿pero no sería mejor hablar de una cosa cada vez?

—Vamos a hablar de Darwin, Sofía. Supongo que te acordarás de que los presocráticos buscaban *explicaciones naturales* a los procesos de la naturaleza. De la misma manera que ellos tuvieron que librarse de las viejas explicaciones mitológicas, Darwin tuvo que librarse de la visión de la Iglesia sobre la creación de animales y hombres.

—¿Pero fue en realidad un filósofo?

—Darwin era biólogo e investigador de la naturaleza. Pero fue el científico de los tiempos modernos que más que ningún otro desafió la visión de la Biblia sobre el lugar del hombre en la Creación de Dios.

—Entonces me vas a hablar un poco de la teoría de la evolución de Darwin, ¿no?

—Empecemos con el propio Darwin. Nació en la pequeña ciudad de Shrewsbury en 1809. Su padre, el doctor Robert Darwin, era un conocido médico del lugar y muy severo en cuanto a la educación de su hijo. Cuando Charles era alumno del Instituto de Bachillerato de Shrewsbury, el director dijo de él que andaba por ahí hablando tonterías y presumiendo sin méritos, que no hacía absolutamente nada útil. Por «útil» este director de instituto entendía aprenderse de memoria los verbos latinos y griegos. Con «andar por ahí» quería decir que Charles iba y venía coleccionando escarabajos de todas clases.

—Llegaría a arrepentirse de aquellas palabras.

—También mientras estudiaba teología se interesaba más por cazar pájaros y atrapar insectos que por los estudios. No obtuvo, por tanto, buenos resultados en lo que a teología se refiere. Pero aparte de los estudios de teología logró labrarse cierta reputación como investigador de la naturaleza. También se interesó por la geología, que tal vez fuera la ciencia más expansiva de la época. Después de obtener su título de teología en Cambridge en el mes de abril de 1831, se puso a viajar por el norte de Gales para estudiar formaciones de piedras y fósiles. En el mes de agosto del mismo año, cuando tenía veintidós años, recibió una carta que marcaría el rumbo del resto de su vida...

—¿Qué ponía en esa carta?

—La carta venía de su amigo y profesor John Steven Henslow. Decía: «Me han pedido... recomendar a un investigador de la naturaleza para acompañar al capitán Fitzroy, que ha recibido el encargo del Gobierno de investigar el extremo sur de América. Yo dije que te consideraba a ti la persona más cualificada que conozco para encargarse de una tarea de esta clase. En cuanto a las condiciones de sueldo, no sé nada. El viaje durará dos años...»

—¿Madre mía, todo lo que sabes de memoria?

—Un detalle sin importancia, Sofía.

—¿Y contestó que sí?

—Se moría de ganas por aprovechar esta oportunidad, pero en aquella época los jóvenes no hacían nada sin el consentimiento de sus padres. Tras largas consideraciones, el padre dijo que sí, y al final sería él quien pagaría el viaje del hijo. En cuanto a las «condiciones de sueldo», resultó que no había tal cosa.

—Ah...

—El barco era el buque de guerra *H.M.S. Beagle*. El 27 de septiembre de 1831, salió de Plymouth rumbo a Sudamérica y no volvió a Inglaterra hasta el mes de octubre de 1836, lo que quiere decir que los dos años se convirtieron en cinco. Por otra parte, el viaje a Sudamérica se convirtió en una vuelta al mundo. Estamos ante el viaje científico más importante de los tiempos modernos.

—¿Dieron realmente la vuelta al mundo?

—Literalmente, sí. Desde Sudamérica continuaron viaje por el Pacífico hasta Nueva Zelanda, Australia y sur de África. Luego volvieron hasta Sudamérica, antes de regresar finalmente a Inglaterra. Darwin escribió que «el viaje en el *Beagle* ha sido, decididamente, el suceso más importante de mi vida».

—No sería fácil ser investigador de la naturaleza en el mar.

—Los primeros años, el *Beagle* navegaba bordeando la costa de Sudamérica, lo que proporcionó a Darwin una magnífica oportunidad para conocer el continente también por tierra. Importantísimas fueron también sus incursiones en las islas Galápagos en el Pacífico, al oeste de Sudamérica. Así pudo recoger y coleccionar un amplio material que se iba enviando a Inglaterra. No obstante, conservó para sí sus muchas reflexiones sobre la naturaleza y la historia de los seres vivos. Cuando volvió a su patria, con sólo 27 años era ya un famoso investigador de la naturaleza. Tenía ya en su mente una idea clara de lo que sería su teoría de la evolución. Pero pasarían muchos años hasta que publicara su obra más importante. Darwin era un hombre prudente, Sofía; como debe serlo un investigador de la naturaleza.

—¿Cómo se titulaba esa obra?

—Bueno, en realidad fue más de una. Pero el libro que incitó el debate más enardecido en Inglaterra fue *El Origen de las especies*, que salió en 1859. El título completo era: *On the Origin of Species by Means of Natural Selection or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*. Este título tan largo resume toda la teoría de Darwin.

—¿Y qué significa eso?

—«El origen de las especies mediante la selección natural y la supervivencia de las razas favorecidas en la lucha por la vida.»

—Pues sí, ese título tiene mucho contenido.

—Pero lo vamos a ver punto por punto. En *El origen de las especies* Darwin presentó dos teorías o tesis: En primer lugar dijo que todas las plantas y animales actuales descendían de formas anteriores más primitivas. Mantuvo que tiene lugar una evolución biológica. Y lo segundo que defendió fue que la evolución se debía a la «selección natural».

—Porque sobreviven los más fuertes, ¿verdad?

—Pero primero nos centraremos en la propia idea de la evolución. La idea en sí no era muy original. En determinados círculos, la fe en una evolución biológica había comenzado a extenderse ya desde principios del siglo XIX. El más influyente fue el zoólogo francés Lamarck. Y antes de él, el propio abuelo de Darwin, Erasmus Darwin, había insinuado que las plantas y los animales habían evolucionado de unas pocas especies primitivas. Pero ninguno de ellos había dado una explicación de cómo ocurre esa evolución y, por lo tanto, tampoco fueron peligrosos adversarios de los hombres de la Iglesia.

—Pero Darwin sí lo fue.

—Sí, y no sin razón. Tanto los hombres de la Iglesia, como muchos sectores de los ambientes científicos, se atenían a la doctrina de la Biblia, según la cual las distintas especies de plantas y animales eran inalterables. La idea era que cada especie animal fue creada de una vez por todas mediante un determinado acto de creación. Esta visión cristiana también armonizaba con Platón y Aristóteles.

—¿Cómo?

—La teoría de las Ideas de Platón implicaba que todas las especies animales eran inalterables porque estaban formadas según las Ideas o formas eternas. El que las especies animales fueran inalterables constituía también una piedra angular en la filosofía de Aristóteles. No obstante, precisamente en la época de Darwin se realizaron varias observaciones y hallazgos que pusieron nuevamente a prueba las ideas tradicionales.

—¿Qué observaciones y hallazgos fueron éstos?

—En primer lugar, se encontraban cada vez más fósiles, y además



se encontraron grandes restos de huesos de animales extinguidos. El propio Darwin se había asombrado por los hallazgos de restos de animales marinos tierra adentro. En Sudamérica, incluso en lo alto de los Andes, hizo hallazgos de este tipo. Sofía, ¿tú me puedes explicar esto?

—No.

—Algunos opinaban que simplemente las personas o los animales los habían tirado por allí. Otros pensaban que Dios había creado esos fósiles y restos de animales marinos sólo con el fin de engañar a los impíos.

—¿Qué opinaba la ciencia?

—La mayor parte de los geólogos defendió la «teoría de la crisis», en el sentido de que la Tierra había sido assolada varias veces por grandes inundaciones, terremotos y otras catástrofes que extinguieron toda clase de vida. También la Biblia narra una catástrofe de ese tipo. Estoy pensando en el Diluvio y en el Arca de Noé. Con cada catástrofe, Dios había renovado la vida de la Tierra creando plantas y animales nuevos y más perfectos.

—¿Y entonces los fósiles eran huellas de formas anteriores de vida, formas que se extinguieron tras alguna terrible catástrofe?

—Exactamente. Se decía, por ejemplo, que los fósiles eran huellas de animales que no consiguieron sitio en el Arca de Noé. Pero cuando Darwin se marchó de Inglaterra en el *Beagle*, se llevó consigo el primer tomo de la obra *Principios de Geología*, del geólogo inglés Charles Lyell. Este científico opinaba que la geografía actual, con montañas altas y valles profundos, era el resultado de una evolución inmensamente larga y lenta. La idea era que cambios muy pequeños pueden conducir a enormes cambios geográficos, si se tienen en cuenta los grandísimos espacios de tiempo transcurridos.

—¿En qué cambios pensaba él?

—Pensaba en las mismas fuerzas que actúan hoy: el sol, el viento, la lluvia, la nieve, el deshielo, los terremotos y los elevamientos de la tierra. Se suele decir que la gota horada la piedra, no mediante la fuerza, sino mediante el continuo goteo. Lyell pensaba que esos *cambios pequeños y graduales* durante largos espacios de tiempo pueden llegar a transformar la naturaleza completamente. Pero esta tesis sola, no podía explicar por qué Darwin había encontrado restos de animales marinos en lo alto de los Andes, aunque él no abandonó nunca esta idea de que cambios pequeños y graduales podían dar lugar a grandes cambios, transcurridos ya espacios de tiempo inmensamente largos.

—¿Pensaría que también se podía emplear una explicación parecida para la evolución de los animales?

—Si, se preguntaba precisamente eso. Pero como ya he indicado, Darwin era un hombre prudente, e hizo la pregunta mucho antes de atreverse a aventurar alguna respuesta. En este aspecto, emplea exactamente el mismo método que todos los verdaderos filósofos. Es importante preguntar, pero no siempre hay que tener prisa por contestar.

—Entiendo.

—Un factor decisivo de la teoría de Lyell era la edad de la Tierra. En la época de Darwin se suponía generalmente que habían pasado unos 6.000 años desde que Dios creara el mundo. Se había llegado a esa cifra contando las generaciones desde Adán y Eva hasta ese momento.

—¡Qué ingenuidad!

—Bueno, eso es fácil de decir para nosotros, ahora que tenemos tanta información. Darwin llegó a la conclusión de que la Tierra tenía unos 300 millones de años, pues una cosa quedaba totalmente clara, y era que ni la teoría de Lyell sobre la evolución gradual, ni la del propio Darwin tendrían ningún sentido si no se contaba con períodos enormemente largos.

—¿Y qué edad tiene verdaderamente la Tierra?

—Hoy sabemos que la Tierra tiene 4.600 millones de años.

—Ya está bien...

—Hasta ahora nos hemos centrado en uno de los argumentos de Darwin sobre la evolución biológica: la existencia estratificada de fósiles en las distintas capas de una montaña. Otro argumento era la repartición geográfica de las especies vivas. En este aspecto, el viaje de investigación del propio Darwin contribuyó con un material nuevo e inmensamente rico. Observó con sus propios ojos que, de una región a otra, las distintas especies animales podían distinguirse por muy pequeñas diferencias. Sobre todo hizo unas interesantes observaciones al respecto en las islas Galápagos, al oeste de Ecuador.

—¡Cuéntame!

—Estamos hablando de un denso grupo de islas volcánicas. Por lo tanto no había grandes diferencias ni en la Fauna ni en la flora. Pero a Darwin le interesaban precisamente esas pequeñas diferencias que existían. En todas esas islas se topaba con tortugas gigantes, pero variaban un poco de isla a isla. ¿Verdaderamente había creado Dios una raza de tortugas gigantes distinta para cada una de las islas?

—Lo dudo.

—Aún más importantes fueron las observaciones que hizo Darwin sobre los pájaros en las Galápagos. Había claras diferencias de isla a isla entre las distintas clases de pinzones, por ejemplo en lo que se refiere a la forma del pico. Darwin demostró que estas variaciones estaban estrechamente unidas a lo que los pinzones comían en las

distintas islas. El pinzón de tierra, de pico puntiagudo, se alimentaba de piñones; el pequeño pinzón cantor, de insectos; el pinzón carpintero, de insectos que cogía en los troncos y las ramas de los árboles... Cada una de las clases tenía un pico perfectamente adaptado a los alimentos que tomaba. ¿Provenían todos esos pinzones de la misma especie de pinzones? ¿Se había ido adaptando esa especie al entorno de las distintas islas, de manera que al final habían aparecido nuevas especies de pinzones?

—Tal vez llegara a esa conclusión.

—Sí, quizás Darwin se convirtiera en «darwinista» precisamente en las islas Galápagos. También se dio cuenta de que la fauna en el pequeño archipiélago se parecía a mucha de la que había observado en América del Sur. ¿Podía ser que definitivamente Dios hubiera creado esos animales un poco distintos entre ellos, o es que había tenido lugar una evolución? Dudaba cada vez más de que las especies fueran inalterables. Pero aún no tenía ninguna explicación satisfactoria sobre cómo tal evolución o adaptación podía haberse producido. Quedaba aún otro argumento a favor de la teoría de que todos los animales de la Tierra estaban emparentados.

—¿Cuál?

—El que se refiere al *desarrollo del feto en los mamíferos*. Si se comparan fetos de perro, murciélago, conejo y ser humano en una fase temprana, son tan parecidos que casi no se percibe la diferencia. Hasta que el feto no está mucho más desarrollado, no se puede distinguir el feto humano del feto de conejo. Esto debería indicar que somos parientes lejanos, ¿no?

—¿Pero seguía sin encontrar la explicación a cómo se había producido el desarrollo?

—Reflexionaba constantemente sobre la teoría de Lyell de que los cambios minúsculos podían dar lugar a grandes variaciones después de espacios de tiempo inmensamente largos. Pero no encontró ninguna explicación que pudiera servir de principio universal. Conocía también la teoría del zoólogo francés Lamarck. Lamarck había señalado que cada una de las especies animales había evolucionado según sus necesidades. Las jirafas, por ejemplo, tenían el cuello tan largo porque durante muchas generaciones lo habían estirado con el fin de llegar a las hojas de los árboles. Lamarck opinaba que las cualidades que cada individuo va adquiriendo poco a poco gracias a sus propios esfuerzos también son heredadas por los hijos. No obstante, Darwin dejó esta teoría de las «cualidades adquiridas» a un lado, simplemente porque Lamarck no tenía ninguna prueba de sus atrevidas aseveraciones. Pero había otro aspecto, mucho más próximo, en el que Darwin pensaba

cada vez más. Podríamos decir que tenía el propio mecanismo de la evolución de las especies delante de sus narices.

—Estoy esperando.

—Pero prefiero que tú misma descubras ese mecanismo. Por eso te pregunto: si tienes tres vacas, pero sólo tienes comida para alimentar a dos de ellas, ¿qué harías entonces?

—Puede que tuviera que sacrificar a una de ellas.

—¿Sí? ¿Y a qué vaca matarías?

—Seguramente mataría a la vaca que diera menos leche.

—¿Ah, sí?

—Sí, es lógico.

—Y precisamente eso es lo que la gente ha hecho durante miles de años. Pero no dejemos todavía a las dos vacas. Y si quisieras que una de ellas tuviera terneros, ¿a cuál de ellas elegirías para tenerlos?

—A la que diera más leche, porque lo más seguro es que también el ternero se convirtiera en una buena vaca lechera.

—De modo que prefieres las buenas vacas lecheras a las malas. Entonces bastará con un ejercicio más. Si vas de caza y tienes dos perros cazadores, pero tienes que deshacerte de uno de ellos, ¿con cuál de ellos te quedarías?

—Evidentemente me quedaría con el que fuera mejor cazador.

—De esa manera favorecerías al perro cazador más hábil, ¿verdad? Y ése, Sofía, ha sido el procedimiento que ha utilizado la humanidad para criar animales durante más de diez mil años. Las gallinas no siempre han puesto cinco huevos a la semana, las ovejas no han tenido siempre tanta lana, y los caballos no han sido siempre tan fuertes y rápidos. La gente ha ido haciendo una selección artificial. Y lo mismo ha pasado dentro del reino vegetal. No se siembran patatas malas si se tiene acceso a mejores semillas. Nadie se ocupa de cortar espigas que no llevan trigo. El punto clave de Darwin es que ninguna vaca, ninguna espiga de trigo, ningún perro o ningún pinzón son idénticos a otros ejemplares de su misma especie. La naturaleza muestra un enorme abanico de variaciones. Incluso dentro de la misma especie, ningún individuo es idéntico a otro. De eso seguramente te diste cuenta cuando probaste la bebida azul.

—Ya lo creo.

—Darwin tuvo que preguntarse a sí mismo: ¿podría existir un mecanismo semejante también en la naturaleza? ¿Podría ser que la naturaleza realizara una «selección natural» de individuos «aptos» para vivir? Y finalmente, pero no por ello menos importante: ¿podría un mecanismo de ese tipo crear muy a la larga especies totalmente nuevas de animales y plantas?

—Me imagino que la respuesta es que sí.

—Darwin seguía sin poderse imaginar del todo cómo se podía realizar tal «selección natural». Pero en el mes de octubre de 1838, exactamente dos años después de volver en el Beagle, se encontró por pura casualidad con un pequeño libro del especialista en población Thomas Malthus, titulado *An Essay on the Principle of Population* (Ensayo sobre el principio de la población). Fue Benjamin Franklin, el americano que entre otras cosas inventó el pararrayos, quien le dio la idea del libro a Malthus. Franklin había señalado que si no hubiese factores delimitadores en la naturaleza, una sola planta o especie se habría extendido por toda la Tierra. Pero como hay varias especies, se mantienen en jaque entre ellas.

—Entiendo.

—Malthus continuó desarrollando esta idea y la aplicó a la situación de la población de la Tierra. Señaló que la capacidad procreadora de los humanos es tan grande que siempre nacen más niños de los que tienen posibilidad de que vivan. Opinaba que ya que la producción de alimentos nunca podrá llegar a alcanzar el crecimiento de la población, un gran número está destinado a sucumbir en la lucha por la vida. Los que sobreviven, y, por consiguiente, saquen adelante la raza, serán los que mejor se defiendan en la lucha por la existencia.

—Suenan lógico.

—Pero éste era ese mecanismo universal que buscaba Darwin. De pronto tuvo la explicación de cómo sucede la evolución. Se debe a la *selección natural* en la lucha por la vida y, en esa lucha, el que mejor se adapte al entorno es el que sobrevivirá y llevará la raza adelante. Esta era la segunda teoría que presentó en el libro *El origen de la especie*. Escribió: «El elefante es, de todos los animales conocidos, el que más despacio se reproduce, pero si todas sus crías sobreviviesen habría, después de 750 años, cerca de diecinueve millones de elefantes descendientes de la primera pareja».

—Por no hablar de todos los miles de huevas de bacalao de un solo bacalao.

—Darwin señaló que la lucha por la existencia es a menudo más dura entre especies cercanas, porque tienen que luchar por los mismos alimentos. Es entonces cuando actúan las pequeñas ventajas, es decir, las pequeñas y positivas variaciones con respecto a la media. Cuanto más dura sea la lucha por la existencia, más rápida será la evolución de nuevas especies. En esos casos solamente sobrevivirán los que estén mejor adaptados, todos los demás morirán.

—Cuanto menos alimento haya y más numerosas sean las camadas, ¿más rápida será la evolución?

—Sí, pero no se trata únicamente de alimentos. Puede ser igual de importante evitar ser presa de otros animales. En este sentido puede ser una ventaja, por ejemplo, tener un color de «camuflaje», o la capacidad de correr deprisa, o de detectar animales hostiles, o, en el peor de los casos, saber mal. Tampoco es de despreciar un veneno que mate a los animales de rapiña. No es una casualidad que muchos cactus sean venenosos, Sofía. En el desierto crece casi únicamente el cactus, razón por la cual es una planta muy expuesta a los animales herbívoros.

—La mayoría de los cactus tiene además pinchos.

—También la capacidad de reproducción es evidentemente de importancia primordial. Darwin estudió detalladamente lo ingeniosa que llega a ser en muchos casos la polinización. Las plantas irradian sus maravillosos colores y emiten sus dulces aromas precisamente con el fin de atraer a insectos que contribuyan a la polinización. Por la misma razón los pájaros entonan sus hermosos gorgoritos. Un buey perezoso o melancólico no tiene como tal ningún interés para la historia de su especie. Tales cualidades aberrantes desaparecerán casi instantáneamente. Porque la única misión que tiene el individuo es crecer y alcanzar la madurez sexual y reproducirse para continuar la especie. Es como una larga carrera de relevos. Aquellos que, por alguna razón, no consiguen llevar adelante sus genes, serán eliminados durante la selección. De esta forma la especie siempre irá mejorando. La resistencia a las enfermedades es una importante cualidad que siempre van recogiendo y conservando las variantes que sobreviven.

—¿Quiere decir eso que todo mejora cada vez más?

—La selección constante hace que los que estén mejor adaptados a un determinado ambiente,

o a una determinada celda ecológica, sean los que a la larga continúen la especie dentro de ese ambiente. No obstante, lo que es una ventaja en un ambiente no tiene por qué serlo en otro. Para algunos de los pinzones de las islas Galápagos la destreza voladora era muy importante. Pero no es tan importante volar bien si la comida hay que buscarla en la tierra. En el transcurso de los tiempos, han surgido tantas especies animales precisamente por existir tantas celdas distintas en la naturaleza.

—Pero, en cambio sólo hay una especie humana.

—Sí, porque los humanos tienen una fantástica capacidad de adaptarse a las más diversas condiciones de vida. Esto fue algo que asombró a Darwin cuando vio cómo los indios de la Tierra de Fuego sobrevivían en aquel clima tan frío. Pero no significa que todos los humanos sean iguales. Los que viven alrededor del ecuador, tienen la piel más oscura que los que habitan las regiones más al norte, y esto

se debe a que la piel morena protege mejor contra la luz solar. Personas blancas que se exponen mucho al sol están, por ejemplo, más expuestas a padecer cáncer de piel.

—¿Es una ventaja tener la piel blanca si vives en el norte?

—Pues sí, porque en el caso contrario, las personas habrían tenido la piel oscura en todas partes. Pero la piel blanca desarrolla más fácilmente vitaminas solares, lo que puede ser una gran ventaja en lugares con poco sol. Hoy en día esto no es muy importante porque podemos procurarnos suficientes vitaminas solares con lo que comemos. Pero no hay nada que sea casual en la naturaleza. Todo se debe a los minúsculos cambios que han ido teniendo lugar durante innumerables generaciones.

—En realidad es fantástico.

—¿Verdad que sí? Entonces, por ahora, podemos resumir la teoría de la evolución de Darwin de la siguiente forma...

—¡Venga!

—Podemos decir que la «materia prima» que se halla detrás de la evolución de la vida en la Tierra son las constantes variaciones entre los individuos dentro de la misma especie, y también las enormes camadas que hacen que sólo una pequeña parte consiga sobrevivir. El propio «mecanismo» o fuerza motriz de la evolución es la selección natural en la lucha por la existencia. Esta selección hace que siempre sean los más fuertes o los «mejor adaptados» los que sobrevivan.

—Me parece tan lógico como un ejercicio de matemáticas. ¿Cómo fue recibido el libro sobre el «origen de las especies»?

—Hubo algunas luchas bastante feroces. La Iglesia protestó enérgicamente, y la ciencia británica se dividió en dos. En realidad no era de extrañar, pues Darwin había alejado a Dios del acto de la Creación. Ahora bien, algunos señalaron que era mucho más grandioso crear algo que llevara inherentes sus propias posibilidades de evolución que crear en detalle todas las cosas de una sola vez.

De pronto Sofía se levantó de la silla de un salto.

—¡Mira! —exclamó.

Señaló a la ventana. Junto al lago andaban una mujer y un hombre cogidos de la mano. Estaban totalmente desnudos.

—Son Adán y Eva —dijo Alberto—.

Poco a poco tuvieron que resignarse (Adán y Eva) a compartir su destino con el de Caperucita Roja y Alicia en el País de las Maravillas. Por eso aparecen aquí. Sofía se acercó a la ventana para verlos mejor. Pronto desaparecieron entre los árboles.

—Porque Darwin pensaba que los humanos descendían de los animales, ¿no?

—En 1871 publicó el libro *Descent of man*, o La descendencia humana, en el que señala todos los grandes parecidos entre humanos y animales; y que los humanos y los monos antropoideos en algún momento del pasado tienen que haberse desarrollado del mismo progenitor. Por entonces también se habían encontrado los primeros fósiles de cráneos de una clase extinguida de humanos, primero en una cantera en el peñón de Gibraltar y unos años más tarde en Neanderthal, en Alemania. Curiosamente las protestas fueron menores en 1871 que en 1859, cuando Darwin publicó *El origen de las especies*, pero la idea de que el hombre desciende de los animales ya estaba implícita en aquel primer libro. Y, como ya he dicho, cuando murió Darwin en 1882 fue enterrado con todos los honores como un pionero del mundo de la ciencia.

—De modo que la ciencia recibió los honores que se merecía.

—Al final sí. Pero al principio fue caracterizado como el "el hombre más peligroso de Inglaterra".

—¡Madre mía!

—"Esperemos que no sea verdad", dijo una noble señora, "pero si resulta ser verdad, esperemos que no se llegue a saber públicamente". Un reconocido científico de la época dijo algo parecido: "Un humillante descubrimiento, cuanto menos se hable de él, mejor".

—¡Ellos casi aportaron la prueba de que los humanos están emparentados con los avestruces!

—Pues sí, es verdad. Pero es fácil para nosotros saberlo todo a posteriori. De pronto mucha gente se sintió obligada a revisar su visión del Génesis de la Biblia. El joven escritor John Ruskin lo expresó así: "Ojalá los geólogos me dejaran en paz. Al final de cada versículo de la biblia oigo martillazos".

—¡Y los martillazos eran el dudar de la palabra de Dios!

—Supongo que era eso lo que quiso decir. Porque no sólo se desmoronó la interpretación literal del Génesis, sino que la teoría de Darwin implicaba que eran variaciones completamente casuales las que al fin y al cabo habían producido al hombre. Y más que eso: Darwin había convertido al ser humano en un producto de algo tan poco emocional como la «lucha por la existencia».

—¿Darwin dijo algo de cómo se producen estas «variaciones casuales»?

—Estás tocando el punto más débil de su teoría. Darwin tenía sólo vagas nociones de genética. Algo se produce mediante el cruce. Un padre y una madre nunca llegan a tener dos hijos totalmente iguales; ya ahí se produce una cierta variación. Por otra parte, tampoco se puede conseguir algo verdaderamente nuevo de esa manera. Además hay

plantas y animales que son gemíparos, o que se reproducen mediante división celular. En cuanto a la cuestión de cómo se producen las variaciones, el llamado neodarwinismo ha completado la teoría de Darwin.

—¡Cuéntame!

—Todo lo que sea vida y reproducción se trata, en último término, de división celular. Al dividirse una célula en dos, se producen dos células idénticas con exactamente los mismos genes. Por división celular se entiende, por tanto, el que una célula se copia a sí misma.

—¿Sí?

—Pero a veces se producen algunos errores minúsculos en el proceso, de tal manera que la célula copiada no es exactamente igual que la célula madre. En términos biológicos modernos, eso se llama una mutación. Tales mutaciones pueden carecer totalmente de importancia, pero otras pueden conducir a cambios acentuados de las cualidades del individuo. Algunas pueden ser directamente dañinas, y esos «mutantes» se eliminan constantemente de las grandes camadas mediante la selección. Muchas enfermedades se deben en realidad a una mutación. Ahora bien, algunas veces una mutación también puede aportar al individuo precisamente aquella cualidad positiva que este individuo necesita para defenderse mejor en la lucha por la existencia.

—¿Por ejemplo un cuello más largo?

—La explicación de Lamarck sobre el cuello largo de la jirafa, era que las jirafas se habían estirado. Pero según el darwinismo, ninguna cualidad de ese tipo es hereditaria. Darwin pensó que era una variación natural de la longitud del cuello del progenitor de la jirafa. El neodarwinismo completa este punto señalando una clara causa de que se produzcan esas variaciones.

—¡Eran las mutaciones!

—Sí. Cambios completamente accidentales en los genes proporcionaron a algunos de los antepasados de las jirafas un cuello un poco más largo que la media. Cuando había escasez de comida podía resultar muy importante. El que llegaba más alto en los árboles, tenía las mayores posibilidades de sobrevivir. Podemos además imaginarnos que algunas de las jirafas primitivas hubieran desarrollado la capacidad de hurgar en la tierra para encontrar comida. Después de muchísimo tiempo, una especie de animales extinguida puede, como ves, dividirse en dos especies de animales.

—Entiendo.

—Vamos a ver unos ejemplos más recientes de cómo funciona la selección natural. Es un principio muy sencillo.

—¡Venga, cuéntame!

—En Inglaterra vive una determinada especie de mariposas llamada medidor de abedul. Como su nombre indica, viven en los claros troncos de los abedules. Si retrocedemos al siglo XVIII veremos que la gran mayoría de medidores de abedules era de un color gris claro. ¿Por qué, Sofía?

—Porque así los pájaros no las veían fácilmente.

—Pero de vez en cuando nacían algunos ejemplares oscuros, debido a mutaciones completamente accidentales. ¿Cómo crees que se defendieron estas variantes oscuras?

—Serían más fáciles de ver, y por consiguiente también más fáciles de atrapar por pájaros hambrientos.

—Porque en este ambiente, es decir en los claros troncos de abedul, el color oscuro era una cualidad desfavorable. Por lo tanto, eran siempre las mariposas blancas las que aumentaban. Pero de pronto sucedió algo en el ambiente. Debido a la industrialización, en algunos lugares los troncos blancos se volvieron completamente oscuros por el hollín. ¿Qué crees que sucedió entonces?

—Supongo que ahora eran las mariposas oscuras las que se defendían mejor.

—Sí, y no tardaron mucho en aumentar en cantidad. Entre 1848 y 1948 el porcentaje de medidores negros de abedules aumentó del uno al noventa y nueve por ciento en algunos sitios. El ambiente había sido modificado, y ya no era ninguna ventaja ser claro en la lucha por la existencia. ¡Más bien al contrario! Los «perdedores» blancos eran eliminados, con la ayuda de los pájaros, nada más aparecer en los árboles. No obstante volvió a suceder un importante cambio. Una reducción en la utilización de carbón y un mejor equipo de limpieza en las fábricas ha dado como resultado un medio ambiente mucho más limpio en los últimos años.

—¿De modo que los troncos se están volviendo blancos?

—Por eso las mariposas están a punto de volver al color blanco. Eso es lo que se llama *adaptación*. Estamos ante una ley de la naturaleza.

—Entiendo.

—Pero hay más ejemplos sobre cómo las personas intervienen en el medio ambiente.

—¿En qué estás pensando?

—Se ha intentado combatir las alimañas con distintas materias venenosas. En un principio puede dar buenos resultados. Pero cuando se pulveriza un campo o un huerto con venenos contra los insectos, se causa una pequeña catástrofe ecológica para aquellas alimañas que uno desea combatir. Una serie de mutaciones puede dar lugar a que aparezca un grupo de alimañas que sea más resistente al veneno

empleado. Ahora esos «ganadores», tienen el campo libre, y de esa manera las alimañas se vuelven cada vez más difíciles de combatir precisamente por los intentos humanos de exterminarlas. Son, como ya sabes, las variantes más resistentes las que sobreviven.

—¡Qué horror!

—Al menos da que pensar. También en nuestro propio cuerpo intentamos combatir parásitos dañinos. Estoy pensando en las bacterias.

—Utilizamos penicilina u otros antibióticos.

—Y una cura de penicilina es precisamente una «catástrofe ecológica» para los pequeños diablos. Pero conforme íbamos derrochando penicilina también nos hacíamos resistentes a ciertas bacterias. De esa forma hemos ido creando bacterias que son mucho más difíciles de combatir que antes. Nos vemos obligados a utilizar antibióticos cada vez más fuertes, pero al final...

—Al final nos saldrán las bacterias por la boca, ¿no? ¿Quizás tengamos que empezar a pegarles tiros?

—Eso quizás sea un poco exagerado. Pero está claro que la medicina moderna ha creado un serio dilema. No se trata sólo de que algunas bacterias se hayan vuelto más agresivas. Antes había muchos niños que no llegaban a adultos porque sucumbían a diferentes enfermedades, e incluso se puede decir que sólo sobrevivían unos pocos. Ahora bien, la medicina moderna ha dejado esta selección natural de alguna manera fuera de juego. Lo que ayuda a un individuo a superar una mala racha de salud, puede a la larga llegar a debilitar las resistencias de la humanidad contra diversas enfermedades. Si no consideramos en absoluto lo que llamamos «higiene de la herencia», eso puede conducir a una degeneración de la humanidad. Con esto se quiere decir que se debilitan las condiciones genéticas para evitar enfermedades graves.

—Son perspectivas bastante siniestras.

—Sí, pero un verdadero filósofo no puede dejar de señalar lo «siniestro» si cree que es verdad. Intentemos resumir de nuevo.

—¡Adelante!

—Puedes decir que la vida es como una gran lotería en la que solamente los décimos ganadores son visibles.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Los que han perdido en la lucha por la existencia han desaparecido. Detrás de cada especie de plantas y animales de la Tierra hay millones de años de selección de «décimos ganadores». Y los «décimos perdedores» sólo aparecen una vez, lo cual quiere decir que no existe hoy en día ninguna especie de plantas o animales que no

puedan llamarse «décimos ganadores» en la gran lotería de la vida.

—Porque sólo se conserva lo mejor.

—Así puedes expresarlo si quieres. Ahora me puedes alcanzar aquella lámina que trajo ese... bueno, ese vigilante de fieras.

Sofía le dio la lámina. Por un lado estaba dibujada el Arca de Noé; por el otro lado se había dibujado un árbol genealógico para todas las especies animales. Éste era el lado que Alberto le quería enseñar.

—La lámina muestra el reparto de las distintas especies de plantas y animales. ¿Ves cómo cada una de las distintas especies pertenece a grupos, clases y series?

—Sí.

—Junto con los monos, los hombres pertenecemos a los llamados primates. Los primates son mamíferos, y todos los mamíferos pertenecen a los vertebrados, que a su vez pertenecen a los animales pluricelulares.

—Casi recuerda a Aristóteles.

—Es verdad. Pero esta lámina no sólo nos dice algo de la división de las diferentes especies hoy, sino que también dice algo de la historia de la evolución de la vida. ¿Ves por ejemplo que los pájaros se separaron una vez de los reptiles, y que los reptiles se separaron por su parte de los anfibios y que los anfibios lo hicieron de los peces?

—Sí, queda claro.

—Cada vez que una de las líneas se divide en dos, han surgido mutaciones que han conducido a nuevas especies. Así surgieron también con los años las diferentes clases y series de animales. Esta lámina está muy simplificada. En realidad hoy viven en el mundo más de un millón de especies animales, y ese millón sólo es una fracción de todas las especies animales que han vivido en la Tierra. ¿Ves por ejemplo que un grupo de animales llamados trilobites está totalmente extinguido?

—Y más abajo están los animales unicelulares.

—Algunos de los cuales tal vez no hayan cambiado en un par de millones de años. ¿Ves que va una línea de esos organismos unicelulares al reino vegetal? Pues también las plantas probablemente descienden de la misma célula primigenia que todos los animales.

—Lo comprendo, pero hay algo que me gustaría saber.

—Dime.

—¿De dónde vino esa «célula primigenia»? ¿Tenía Darwin alguna respuesta a esa pregunta?

—Te he dicho ya que Darwin era un hombre muy prudente. No obstante, sobre este punto que mencionas, se aventuró a adivinar. Escribió: «... .. si pudiéramos imaginarnos una pequeña charca cálida

en la que se encontraran toda clase de sales, en la que hubiera amoniaco y fósforo, luz, calor, electricidad, etc. y que se formase químicamente un compuesto proteínico en esta charca, dispuesto a someterse a cambios aún más complicados... ».

—¿Sí, qué?

—Darwin filosofa sobre cómo la primera célula podría haber surgido en una materia inorgánica. Y vuelve a dar en el clavo. La ciencia de hoy se imagina precisamente que la primera y primitiva forma de vida surgió en esa charquita cálida que describió Darwin.

—¡Cuenta!

—Bastará con un esbozo superficial, y recuerda que estamos a punto ya de despedirnos de Darwin. Vamos a dar el salto hasta lo más nuevo en la investigación sobre el origen de la vida en la Tierra.

—Estoy a punto de ponerme nerviosa. Nadie conoce la respuesta a cómo ha surgido la vida, ¿no?

—Quizás no, pero se han ido colocando cada vez más piezas en ese rompecabezas sobre cómo pudo haber comenzado la vida.

—¡Sigue!

—Afiramos en primer lugar que toda clase de vida en la Tierra, plantas y animales, está construida alrededor de exactamente las mismas sustancias. La definición más sencilla de «vida» es que vida es una sustancia que en una disolución nutritiva tiene la capacidad de dividirse en dos partes idénticas. Este proceso es dirigido por una sustancia que llamamos ADN. Con el ADN se indican los cromosomas o materiales genéticos que se encuentran en todas las células vivas. También hablamos de la molécula ADN, porque el ADN es en realidad una complicada molécula, o una macromolécula. La cuestión es cómo se produjo la primera molécula ADN.

—¿Sí?

—La Tierra se formó cuando surgió el sistema solar hace 4.600 millones de años. Al principio era una masa incandescente, pero poco a poco la corteza terrestre se fue enfriando. La ciencia moderna opina que la vida se produjo hace entre 3.000 y 4.000 millones de años.

—Suena completamente improbable.

—Eso no lo puedes decir hasta no haber oído el resto. En primer lugar tienes que darte cuenta de que el planeta tenía un aspecto muy distinto al que tiene hoy. Como no había vida, tampoco había oxígeno en la atmósfera. El oxígeno libre no se forma hasta la fotosíntesis de las plantas. El hecho de que no hubiera oxígeno es muy importante. Es impensable que los ladrillos de la vida, que a su vez pueden formar el ADN, hubieran podido surgir en una atmósfera que contuviera oxígeno.

—¿Por que?

—Porque el oxígeno es un elemento muy reactivo. Mucho antes de haberse podido formar moléculas tan complicadas como la de ADN, los ladrillos de la molécula ADN se habrían oxidado.

—Vale.

—Por eso sabemos también con seguridad que no surge nueva vida hoy en día, ni siquiera una bacteria o un virus. Esto quiere decir que toda la vida en la Tierra tiene que tener la misma edad. Un elefante tiene un cuadro genealógico tan largo como la bacteria más simple. Podrías decir que un elefante, o una persona, en realidad son una continua colonia de animales unicelulares. Porque en cada célula del cuerpo tenemos exactamente el mismo material genético. Toda la receta sobre quienes somos se encuentra, por lo tanto, escondida en cada célula minúscula del cuerpo.

—Es curioso.

—Uno de los grandes enigmas de la vida es que las células de un animal pluricelular sean capaces de especializar su función. Porque todas las distintas propiedades genéticas no están activas en todas las células. Algunas de esas propiedades, o genes, están «apagadas» y otras están «encendidas». Una célula del hígado produce unas proteínas diferentes a las que produce una neurona o una célula de la piel. Pero tanto en la célula del hígado, como en la neurona y en la célula de la piel, existe la misma molécula ADN, que contiene, como ya indicamos, toda la receta del organismo del que estamos hablando.

—¡Sigue!

—Cuando no había oxígeno en la atmósfera, tampoco había ninguna capa protectora de ozono alrededor del planeta. Es decir, que no había nada que obstaculizara las radiaciones del universo. Esto es muy importante, porque precisamente esta radiación jugaría un papel relevante en la formación de las primeras moléculas complicadas. Esa radiación cósmica que la propia energía que hizo que las distintas sustancias químicas de la tierra comenzaran a unirse en complicadas macromoléculas.

—Vale.

—Puntualizo: para que esas moléculas complicadas de las que está compuesta toda clase de vida pudieran formarse, tuvieron que haberse cumplido al menos dos condiciones: *no pudo existir oxígeno en la atmósfera, y tuvo que haber existido la posibilidad de radiación del universo.*

—Entiendo.

—En la «pequeña charca cálida», o «caldo primigenio», como la suelen llamar los científicos de hoy en día, se formó en una ocasión una macromolécula enormemente complicada, la cual tenía la extraña

cualidad de poder dividirse en dos partes idénticas. Y con ello se pone en marcha esa larga evolución, Sofía. Si simplificamos un poco, vemos que ya estamos hablando del primer material genético, el primer ADN o la primera célula viva. Ésta se dividió y se volvió a dividir, pero desde el principio ocurrieron también constantes mutaciones. Después de un tiempo inmensamente largo ocurrió que esos organismos unicelulares se unieron para formar organismos pluricelulares más complicados. Así se puso también en marcha la fotosíntesis de las plantas, y se formó una atmósfera que contenía oxígeno. Esta atmósfera tuvo una doble importancia: en primer lugar, debido a ella, se pudieron desarrollar los animales que respiraban con pulmones. La atmósfera defendió, además, la vida contra las radiaciones dañinas del universo. Porque precisamente esa radiación, que quizás fuera una importante «chispa» para la formación de la primera célula, también es muy dañina para toda clase de vida.

—Pero supongo que la atmósfera no se formó de un día para otro, ¿no?

—La vida se produjo primero en ese pequeño «mar» que hemos llamado «caldo primigenio». Allí se podía vivir protegido contra la peligrosa radiación. Mucho más tarde, y después de que la vida del mar hubiese formado una atmósfera, subieron a tierra firme los primeros anfibios. Y de todo lo demás ya hemos hablado. Estamos sentados en una cabaña del bosque mirando hacia atrás a un proceso que ha durado unos tres o cuatro mil millones de años. Precisamente en nosotros el largo proceso ha llegado a tomar conciencia de sí mismo.

—¿Pero tú crees, a pesar de todo, que todo esto ha sucedido por pura casualidad?

—No, yo no he dicho eso. La lámina muestra que la evolución puede tener una *dirección*. En el curso de millones de años se han ido formando animales con un sistema nervioso cada vez más complicado y poco a poco también con un cerebro cada vez más grande. Personalmente no creo que esto sea casual. ¿Tú qué crees?

—El ojo humano no puede haber sido creado por pura casualidad. ¿No crees que significa algo el que podamos ver el mundo que nos rodea?

—Lo del desarrollo del ojo también asombró a Darwin. No le encajaba muy bien que una cosa tan maravillosa como un ojo pudiera surgir solamente por la selección natural.

Sofía se quedó mirando a Alberto. Pensó en lo extraño que era que viviera justo en este momento, que viviera solamente esta vez y que jamás volviera a la vida. De pronto exclamó:

—*¿Qué significa la eterna Creación, si todo lo creado ha de*

*desaparecer para siempre!*

Alberto la miró severamente.

—No deberías hablar así hija mía. Son palabras del diablo.

—¿Del diablo?

—O de Mefistófeles, del *Fausto* de Goethe: *Was soll uns denn das ewige Schaffen!/Geschaffenes zu nichts hinwegzuraffen!*

—¿Pero que significan exactamente esas palabras?

—Justo en el instante antes de morir, Fausto mira hacia atrás en su larga vida, y exclama triunfante:

*Deténte, eres tan hermosa.*

*La huella de mi vida*

*no puede quedar envuelta en la nada.*

*Basta el presentimiento de aquella*

*felicidad sublime*

*para hacerme gozar mi hora inefable.*

—¡Qué palabras tan bonitas!

—Pero luego le toca al diablo. En cuanto Fausto expira, Mefisto exclama:

*¡Acabó!*

*¡Estúpida palabra!*

*¿Por qué acabó?*

*¿No equivale esto a decir que todo quedó reducido a la nada?*

*¿Qué significa la eterna Creación,*

*si todo lo creado ha de desaparecer para siempre?*

*El mundo, al dejar de existir,*

*será como si no hubiese existido nunca,*

*y, sin embargo, lo vemos agitarse incesante*

*como si realmente fuese algo.*

*En verdad, prefiero aún mi eterno vacío.*

—¡Qué pesimista! Me ha gustado más la primera cita. Aunque su vida acababa, Fausto veía un significado en las huellas que dejaba tras sí.

—¿No es también una consecuencia de la teoría de la evolución de Darwin que formamos parte de algo grande, y que cada minúscula forma de vida tiene importancia para el gran contexto? ¡Nosotros somos el planeta vivo, Sofía! Somos el gran barco que navega alrededor de un sol ardiente en el universo. Pero cada uno de nosotros también es un barco que navega por la vida cargado de genes. Si logramos llevar esta carga



al próximo puerto, entonces no habremos vivido en vano.

Bjørnstjerne Bjørnson expresó la misma idea en el poema «Psalmo II»:

*¡Honremos la primavera eterna de la vida  
que todo lo creó!  
hasta lo minúsculo tiene su creación merecida,  
sólo la forma se perdió.  
De estirpes nacen estirpes  
que alcanzan mayor perfección;  
de especies nacen especies,  
millones de años de resurrección.  
¡Alégrate tu que tuviste la suerte de participar  
como flor en su primer abril  
y, en honor a lo eterno, el día disfrutar  
como ser humano  
y de poner tu grano  
en la tarea de la eternidad;  
pequeño y débil inhalarás  
un único soplo  
del día que no acaba jamás!*

—¡Qué bonito!

—Bueno, entonces no decimos nada más por hoy. Yo digo simplemente «Final del capítulo».

—Pero entonces tienes que dejar esa ironía tuya.

—¡Final del capítulo!», he dicho. Debes obedecer mis palabras.

## Freud

*... ese terrible deseo egoísta que había surgido en ella...*

Hilde Møller Knag se levantó de la cama de un salto, con la pesada carpeta de anillas en los brazos. Dejó la carpeta sobre el escritorio, cogió su ropa volando y se la llevó al baño, donde se metió dos minutos debajo de la ducha. Finalmente se vistió en un abrir y cerrar de ojos, y bajó corriendo a la cocina.

—Ya está el desayuno, Hilde.

—Antes tengo que salir a remar un poco.

—¡Pero Hilde!

«Salió de la casa y bajó a toda prisa por el jardín. Soltó la barca y se metió en ella de un salto. Empezó a remar. Dio una vuelta por toda la bahía a remo; al principio, estaba muy excitada, luego se fue calmando. «¡Nosotros somos el planeta vivo, Sofía! Somos el gran barco que navega alrededor de un sol ardiente en el universo. Pero cada uno de nosotros también es un barco que navega por la vida cargado de genes. Si logramos llevar esta carga al próximo puerto, entonces no habremos vivido en vano...» Sabía esa frase de memoria. Se había escrito para ella; no para Sofía, sino para ella. Todo lo que había en la carpeta de anillas era una carta de papá a Hilde.

Soltó los remos de las horquillas y los puso dentro. De esta manera la barca quedó balanceándose sobre el agua. Sonaban suaves chasquidos contra el fondo. La barca flotaba en la superficie de una pequeña bahía en Lillesand, y ella misma no era más que una cáscara de nuez en la superficie de la vida. ¿Dónde encajaban Sofía y Alberto en todo esto? Bueno, ¿dónde estaban Alberto y Sofía?

No le pegaba que sólo fueran unos impulsos electromagnéticos del cerebro del padre. No le cuadraba que sólo fuesen papel y tinta de una cinta impresora de la máquina de escribir portátil de su padre. Entonces igual podría decir que ella misma era simplemente una acumulación de compuestos proteínicos que en algún momento se habían unido en una "pequeña charca calida". Pero ella era algo más. Era Hilde Møller Knag.

Claro que la gran carpeta de anillas era un regalo de cumpleaños fantástico. Y claro que su padre había dado en un núcleo *eterno* dentro de ella con este regalo. Pero lo que no le gustaba del todo era ese tono un poco descarado que

utilizaba cuando hablaba de Sofía y Alberto.

Pero Hilde le daría que pensar ya en el viaje de vuelta a casa. Se lo debía a esos dos personajes. Hilde se imaginaba a su padre en el aeropuerto de Copenhague. Tal vez se quedara por allí vagando como un tonto.

Pronto Hilde se había serenado del todo. Volvió remando hasta el muelle y amarró la barca. Luego se quedó mucho tiempo sentada junto a la mesa de desayuno con su madre. Muy tarde aquella noche volvió por fin a sacar la carpeta de anillas. Ya no quedaban muchas páginas.

De nuevo sonaron golpes en la puerta.

—Podríamos taparnos los oídos, ¿no? —dijo Alberto—. Y así tal vez dejen de golpear.

—No, quiero ver quién es.

Alberto la siguió. Fuera había un hombre desnudo. Se había colocado en una postura muy solemne, pero lo único que llevaba puesto era una corona en la cabeza.

—¿Bien? —preguntó—. ¿Qué opinan los señores del nuevo traje del emperador? Alberto y Sofía estaban atónitos, lo cual desconcertó un poco al hombre desnudo.

—¿No me hacen ustedes reverencias? —exclamó.

Alberto hizo de tripas corazón y dijo:

—Es verdad, pero el emperador está totalmente desnudo. El hombre desnudo se quedó en la misma postura solemne. Alberto se inclinó sobre Sofía y le susurró al oído:

—Cree que es una persona decente.

El rostro del hombre desnudo adquirió una expresión de enfado.

—¿Acaso se practica en esta casa algún tipo de censura? —preguntó.

—Lo siento —dijo Alberto—. En esta casa estamos completamente despiertos y en nuestro sano juicio en todos los sentidos. No podemos permitir al emperador que entre en esta casa en el estado tan vergonzoso en que se encuentra.

A Sofía ese hombre desnudo y a la vez tan solemne le resultaba tan cómico que se echó a reír. Como si esto hubiera sido una contraseña secreta, el hombre de la corona en la cabeza descubrió finalmente que no llevaba ninguna ropa puesta. Se tapó con las dos manos, se fue corriendo hacia el bosque y desapareció. Tal vez se encontrara allí con Adán y Eva, Noé, Caperucita Roja y Winnie Pooh. Alberto y Sofía se quedaron delante de la puerta muertos de risa. Al final, Alberto dijo:

—Ya podemos sentarnos dentro otra vez. Te hablaré de Freud y de su doctrina sobre el subconsciente.

Volviéron a sentarse delante de la ventana. Sofía miró el reloj y dijo:

—Son ya las dos y media, y yo tengo un montón de cosas que hacer para la fiesta en el jardín.

—Yo también. Sólo diremos unas pocas palabras sobre Sigmund Freud.

—¿Era filósofo?

—Al menos podemos llamarlo «filósofo cultural». Freud nació en 1856 y estudió medicina en la universidad de Viena, ciudad en la que vivió gran parte de su vida. Esta época coincidió con un período de gran florecimiento en la vida cultural de Viena. Freud se especializó pronto en la rama de la medicina que llamamos neurología. Hacia finales del siglo pasado, y muy entrado nuestro siglo, elaboró su «psicología profunda», o «psicoanálisis».

—Supongo que lo vas a explicar más detalladamente.

—Por «psicoanálisis» se entiende tanto una descripción de la mente humana en sí, como un método de tratamiento de enfermedades nerviosas y psíquicas. No presentaré una imagen completa ni del propio Freud ni de sus actividades. Pero su teoría sobre el subconsciente es totalmente imprescindible si uno quiere entender lo que es el ser humano.

—Ya has despertado mi interés. ¡Venga!

—Freud pensaba que siempre existe una tensión entre el ser humano y el entorno de este ser humano. Mejor dicho, existe una tensión, o un conflicto, entre los instintos y necesidades del hombre y las demandas del mundo que le rodea. Seguramente no es ninguna exageración decir que fue Freud quien descubrió el mundo de los instintos del hombre. Esto le convierte en un exponente de las corrientes naturalistas tan destacadas a finales del siglo pasado.

—¿Qué quieres decir con «el mundo de los instintos»?

—No siempre es la razón la que dirige nuestros actos. Es decir, que el hombre no es un ser tan racional como se lo habían imaginado los racionalistas del siglo XVIII. Son a menudo impulsos irracionales los que deciden lo que pensamos, soñamos y hacemos. Esos impulsos irracionales pueden ser la expresión de instintos o necesidades profundas. Los instintos sexuales del ser humano, son, por ejemplo, tan fundamentales como la necesidad en el bebé de chupar.

—Entiendo.

—Esto no fue en realidad ningún descubrimiento nuevo. Pero Freud demostró que esas necesidades básicas o fundamentales pueden «disfrazarse» o «enmascararse» y, de ese modo, dirigir nuestros actos sin que nos demos cuenta de ello. Señala además que los niños pequeños también tienen una especie de sexualidad. Esta demostración

de una «sexualidad infantil» hizo reaccionar a la gran burguesía de Viena con gran aversión, y Freud se convirtió en un hombre muy poco apreciado.

—No me extraña.

—Recuerda que estamos en la llamada «época victoriana», en la que todo lo que tenía que ver con la sexualidad era tabú. Freud se dio cuenta de la sexualidad infantil a través de su trabajo como psicoterapeuta, y tenía, aparte, una base empírica para sus afirmaciones. También observó que muchas formas de neurosis o enfermedades psíquicas podían tener su origen en conflictos en la infancia. Poco a poco fue elaborando un método de tratamiento que podríamos llamar una especie de «arqueología mental».

—¿Qué significa eso?

—Un arqueólogo intenta encontrar huellas de un lejano pasado, excavando su camino a través de las diferentes capas de cultura. Tal vez encuentre un cuchillo del siglo XVIII; profundizando más en la tierra quizás encuentre un peine del siglo XIV, y aún más adentro una vasija del siglo V.

—¿Sí?

—De la misma manera puede el psicoterapeuta, con la ayuda del paciente, excavar el camino en la conciencia de éste para recoger aquellas vivencias que en alguna ocasión le originaron esos sufrimientos psíquicos. Porque, según Freud, todos los recuerdos del pasado se guardan muy dentro de nosotros.

—Ahora lo entiendo.

—Y entonces puede que encuentre una vivencia desagradable, que el paciente durante años ha intentado olvidar, pero que a pesar de todo ha estado oculta en el fondo, corroyendo sus recursos. Sacando a la conciencia una experiencia «traumática» de este tipo, mostrándola de alguna manera al paciente, él o ella pueden «acabar de una vez por todas» con el trauma en cuestión y así curarse.

—Suena lógico.

—Pero voy demasiado deprisa. Veamos primero la descripción que presenta Freud de la mente humana. ¿Has observado alguna vez a un niño pequeño?

—Tengo un primo de cuatro años.

—Cuando nacemos, damos salida sin inhibiciones y muy directamente a todas nuestras necesidades físicas y psíquicas. Si no nos dan leche gritamos. También lloramos cuando el pañal está mojado, y emitimos señales muy directas de que deseamos una proximidad física y calor corporal. Este «principio de los instintos» o de «placer», dentro de nosotros mismos Freud lo llama el ello.

—¡Sigue!

—«El ello», o el principio de los instintos, siempre lo llevamos con nosotros, también cuando nos hacemos mayores. Pero con el tiempo aprendemos a regular nuestros instintos y, con ello, a adaptarnos a nuestro entorno. Aprendemos a ajustar el principio de los instintos con arreglo al «principio de la realidad». Freud dice que nos construimos un yo que tiene esta función reguladora. Aunque nos apetezca una cosa no podemos sentarnos y gritar sin más hasta que nuestros deseos o necesidades hayan sido satisfechos.

—Claro que no.

—Así pues, puede ocurrir que deseemos algo muy intensamente, y que ese algo el entorno no esté dispuesto a aceptarlo. Entonces puede suceder que reprimamos nuestros deseos, lo cual significa que intentemos dejarlos a un lado y olvidarlos.

—Entiendo.

—Pero Freud contaba con otra «entidad» en la mente humana. Desde pequeños nos topamos con las demandas morales de nuestros padres y del mundo que nos rodea. Cuando hacemos algo mal, los padres dicen: «¡No, así no!» o «¡Qué malo eres!». Incluso de mayores arrastramos un eco de ese tipo de demandas morales y de esas condenas. Es como si las expectativas morales del entorno nos hubieran penetrado hasta dentro, convirtiéndose en una parte de nosotros mismos. Eso es lo que Freud llama el super-yo

—¿Quería decir la conciencia?

—En lo que él llama el «super-yo» también está la propia conciencia. No obstante, Freud opinaba que el super-yo nos avisa cuando tenemos deseos «sucios» o «impropios». Esto es sobre todo aplicable a deseos eróticos y sexuales. Y, como ya he indicado, Freud señaló que estos deseos impropios o «indecorosos» comienzan ya en una fase temprana de la infancia.

—¡Explica!

—Hoy en día sabemos y vemos que a los niños pequeños les gusta tocar sus órganos sexuales. Es algo que podemos observar en cualquier playa. En la época de Freud una «conducta» así podía dar lugar a un pequeño cachete sobre los dedos de ese niño de dos o tres años, o quizás a que la madre dijera: «¡Malo!» o «¡Eso no se hace!» o «Pon las manes encima del edredón».

—Es completamente enfermizo.

—De esta forma surge el sentimiento de culpabilidad relacionado con todo aquello que tiene que ver con los órganos sexuales o con la sexualidad en general. Debido a que este sentimiento de culpabilidad se queda en el super-yo, muchas personas, según Freud, arrastran durante

toda su vida un sentimiento de culpabilidad relacionado con el sexo. Al mismo tiempo Freud señaló que los deseos y necesidades sexuales constituyen una parte natural e importante del ser humano. Ya ves, Sofía, tenemos todos los ingredientes para un conflicto tan largo como la misma vida, entre el placer y la culpabilidad.

—¿No crees que este conflicto se ha moderado algo desde los tiempos de Freud?

—Seguramente. Pero muchos de los pacientes de Freud vivieron este conflicto con tanta fuerza que desarrollaron lo que Freud llamó neurosis. Una de sus muchas pacientes estaba, por ejemplo, secretamente enamorada de su cuñado. Cuando murió su hermana, a causa de una enfermedad, ella pensó: «Ahora está libre y se puede casar conmigo». Pero este pensamiento chocaba al mismo tiempo con su super-yo. Le resultaba tan monstruoso, dice Freud, que inmediatamente lo reprimió. Quiere decir que lo empujó hacia el subconsciente. Freud escribe: «La joven enfermó y manifestó serios síntomas histéricos, y cuando vino a mi consulta para ser tratada, resultó que se había olvidado totalmente de la escena junto a la cama de la hermana y de ese terrible deseo egoísta que había surgido en ella. Pero sí se acordó durante el tratamiento; en un estado de fuerte agitación mental reprodujo el momento patológico y se curó con este tratamiento».

—Ahora entiendo mejor lo que quieres decir con «arqueología mental».

—Entonces podemos dar una descripción general de la psique del ser humano. Tras una larga experiencia en el tratamiento de pacientes, Freud llegó a la conclusión de que la consciencia del hombre sólo constituye una pequeña parte de la mente humana. Lo consciente es como la pequeña punta de un iceberg que asoma por encima de la superficie. Debajo de la superficie, o debajo del umbral de la consciencia, está el *subconsciente*.

—¿Entonces el subconsciente es todo aquello que está dentro de nosotros pero que hemos olvidado o que no recordamos?

—No tenemos siempre en la parte consciente todas nuestras experiencias y vivencias. A esas cosas que hemos pensado o vivido, y que recordamos si nos «ponemos a pensar», Freud las llamó «lo preconsciente». La expresión «lo subconsciente» la utilizó para cosas que hemos «reprimido», es decir, cosas que hemos intentado olvidar porque nos eran «desagradables», «indecorosas» o «repulsivas». Si tenemos deseos y fantasías que resultan intolerables a la consciencia, o para el super-yo, los empujamos hasta el sótano, para que se quiten de la vista.

—Entiendo.

—Este mecanismo funciona en todas las personas sanas. Pero a algunos les puede costar tanto esfuerzo mantener alejados de la consciencia los pensamientos desagradables o prohibidos que les causa enfermedades nerviosas. Porque lo que se procura reprimir de esta forma, intenta volver a emerger a la consciencia por propia iniciativa. Algunas personas necesitan por tanto emplear cada vez más energía para mantener esos impulsos alejados de la crítica de la consciencia. Cuando Freud estuvo en América en 1909, dando conferencias sobre psicoanálisis, puso un ejemplo de cómo funciona este mecanismo de represión.

—¡Venga!

—Dijo: «Supongamos que en esta sala... se encontrara un individuo que se comportara de modo que estorbara y desviara mi atención en esta conferencia, riéndose groseramente, hablando y haciendo ruido con los pies. Digo que no puedo seguir en tales condiciones, y unos hombres fuertes se levantan y echan al intruso tras un breve forcejeo. Él ha sido reprimido y yo puedo seguir mi conferencia. Para que esta interrupción no se repita, en caso de que el hombre vuelva a entrar en la sala, los señores que ejecutaron mi voluntad llevan sus sillas hasta la puerta y se colocan allí como resistencia después de la represión cumplida. Si han captado ustedes el interior y el exterior de la sala como lo consciente y lo subconsciente, tendrán un buen ejemplo del proceso de la represión».

—Estoy de acuerdo en que es un buen ejemplo.

—Pero ese «intruso» quiere volver a entrar, Sofía. Y ése es el caso de los pensamientos e impulsos reprimidos. Vivimos con una constante «presión» de pensamientos reprimidos que luchan por emerger del subconsciente. A menudo decimos o hacemos cosas sin que haya sido ésa «nuestra intención». De ese modo, las reacciones subconscientes pueden dirigir nuestros sentimientos y actos.

—¿Puedes poner algún ejemplo?

—Freud opera con varios mecanismos de ese tipo. Un ejemplo es lo que él llamaba reacciones erróneas. Quiere decir que decimos o hacemos cosas que algún día intentamos reprimir. El propio Freud menciona el ejemplo de un capataz que iba a brindar por su jefe; este jefe no era muy apreciado. Era lo que vulgarmente se diría «una mierda».

—El capataz se puso de pie, levantó la copa solemnemente y dijo: « ¡Propongo una mierda para el jefe!»

—Me has dejado atónita.

—También se quedaría atónito el capataz. En realidad sólo había dicho lo que sentía. Pero no había sido su intención decirlo. ¿Quieres

otro ejemplo más?

—Con mucho gusto.

—En la familia de un pastor protestante que tenía muchas hijas y eran todas muy buenas, se esperaba la visita de un obispo. Daba la casualidad de que ese obispo tenía una nariz increíblemente larga. Por eso las hijas recibieron la orden de no hacer ningún comentario sobre la nariz. Ya sabes que muy a menudo a los niños se les escapan comentarios espontáneos precisamente porque el mecanismo de represión no es muy fuerte.

—¡Sí!

—El obispo llegó a casa del pastor, cuyas encantadoras hijas se esforzaron al máximo para no hacer ningún comentario sobre la nariz. Y más que eso: intentaron por todos los medios no mirar la nariz, tendrían que ignorarla. Se concentraron en ello. Luego una de las niñas sirvió los terroncitos de azúcar para el café. Se colocó delante del solemne obispo y dijo: ¿le apetece una poco de azúcar en la nariz?

—¡Qué corte!

—Algunas veces también racionalizamos; lo que quiere decir que damos a los demás y a nosotros mismos razones de lo que hacemos que no son las verdaderas. Y eso es precisamente porque la verdadera razón es demasiado embarazosa.

—¡Un ejemplo, por favor!

—Te puedo hipnotizar para que abras una ventana. En el transcurso de la hipnosis te digo que cuando yo empiece a dar en la mesa con las yemas de los dedos, tú tendrás que levantarte e ir a abrir la ventana. Yo doy con los dedos en la mesa, y tú abres la ventana. Luego yo pregunto por qué abriste la ventana. Quizás contestes que lo hiciste porque te parecía que hacía calor. Pero ésa no es la verdadera razón. No quieres admitirte a ti misma que has hecho algo bajo mi orden hipnótica. En ese caso «racionalizarías», Sofía.

—Comprendo.

—Así nos «comunicamos doblemente» casi todos los días.

—Mencioné antes a mi primo de cuatro años. Creo que no tiene a muchos amigos con quien jugar; por lo menos se pone muy contento cuando voy a su casa. Una vez le dije que tenía que irme pronto a casa porque mi mamá me estaba esperando. ¿Sabes lo que me contestó?

—¿Qué?

—"Ella es tonta"

—Sí, ése es otro ejemplo de lo que queremos decir con racionalización. El niño no quería decir lo que dijo. Lo que quería decir es que era una tontería que tú te tuvieras que ir. Algunas veces también proyectamos.

—Traduce.

—Proyección significa que transferimos a otras personas diferentes cualidades que intentamos reprimir en nosotros mismos. Una persona muy tacaña, por ejemplo, no suele tardar mucho en caracterizar a otros como tacaños. Uno que no quiere admitir su fijación por el sexo, es el primero en indignarse ante otros como él.

—Comprendo.

—Freud pensó que abundan los ejemplos de esos actos inconscientes en nuestra vida cotidiana. A lo mejor ocurre que nos olvidamos constantemente del nombre de una determinada persona, quizás manoseamos constantemente nuestra ropa mientras hablamos o movemos cosas aparentemente casuales en la habitación. También es muy corriente tartamudear y tener lapsus al hablar que pueden parecer totalmente inocentes. Freud opina que un lapsus nunca es ni tan casual ni tan inocente como creemos. Opinaba que tienen que ser evaluados como síntomas. Esos «actos erróneos» o «actos casuales» pueden revelar los secretos más íntimos.

—A partir de ahora voy a pensar muy bien cada palabra que pronuncie.

—Pero de todos modos no lograrías escapar de tus impulsos subconscientes. El arte es precisamente no emplear demasiados esfuerzos en empujar las cosas desagradables hacia el subconsciente. Es como cuando se intenta tapar el agujero que hace una rata de agua. Puedes estar segura de que la rata vuelve a emerger por otro sitio del jardín. Lo sano es tener una puerta a medio abrir entre la consciencia y el subconsciente.

—¿Y si uno cierra la puerta, se puede contraer alguna enfermedad psíquica?

—Sí. Un neurótico es justamente una persona que emplea demasiada energía en mantener «lo desagradable» alejado de la consciencia. Se trata a menudo de experiencias o vivencias especiales que esta persona a toda costa necesita reprimir. A esas experiencias o vivencias especiales Freud las llamó traumas. La palabra «trauma» es griega y significa «herida».

—Comprendo.

—En el tratamiento de los pacientes era importante para Freud intentar abrir la puerta cerrada con mucho cuidado, o quizás abrir una puerta nueva. Colaborando con el paciente intentó volver a sacar a la luz las vivencias reprimidas. Pues el paciente no es consciente de lo que reprime, y sin embargo puede estar muy interesado en que el médico le ayude a buscar los traumas ocultos.

—¿Qué método emplea el médico?

—Freud desarrolló lo que él llamó técnica de las asociaciones libres. Consistía en que dejaba que el paciente se tumbara en una postura cómoda y que luego hablara de lo que se le ocurriera, independientemente de lo insustancial, casual, desagradable o embarazoso que pudiera parecer. Se trataba de intentar destruir aquella «tapadera» o «control» que se había colocado encima de los traumas. Porque son precisamente los traumas los que tienen interés para el paciente. Están constantemente en acción, pero no en la consciencia.

—¿Cuanto más se esfuerza uno por olvidarse de algo, más se piensa en ello en el subconsciente?

—Exactamente. Por eso es importante escuchar las señales del subconsciente. Según Freud, el «camino real» hacia el subconsciente lo son nuestros sueños. Y su libro más importante es la gran obra *La interpretación de los sueños* publicada en 1900, y en la que mostró que no es casual lo que soñamos. Nuestros pensamientos subconscientes intentan comunicarse con la consciencia a través de los sueños.

—¡Sigue!

—Después de recopilar sus experiencias con pacientes durante muchos años, y también después de haber analizado sus propios sueños, Freud afirma que todos los sueños cumplen deseos. Esto se observa fácilmente en los niños, dice, pues los niños sueñan con helado y cerezas. Pero en el caso de los adultos sucede a menudo que los deseos, que a su vez serán cumplidos en los sueños, están disfrazados. Porque también cuando dormimos hay una severa censura que decide lo que nos podemos permitir. Ahora bien, durante el sueño dicha censura o mecanismo represivo está debilitado respecto del estado de vigilia, pero aún así es lo suficientemente fuerte como para que en el sueño reprimamos deseos que no queremos reconocer.

—¿Entonces hay que interpretar los sueños?

—Freud dice que tenemos que distinguir entre el propio sueño, tal como lo recordamos por la mañana, y el verdadero significado del sueño. A las propias imágenes del sueño, es decir a la «película» o el «vídeo» que soñamos, Freud las llamó *contenido manifiesto del sueño*. Este contenido «aparente» del sueño siempre recoge su material de sucesos ocurridos el día anterior. Pero el sueño también tiene un significado más profundo que está oculto a la consciencia. Este significado Freud lo llamó *ideas latentes del sueño*, y estas ideas o pensamientos ocultos de los que trata en realidad el sueño pueden datar de muy atrás en el tiempo, incluso de la infancia más temprana.

—Tenemos que analizar el sueño antes de poder entender de qué trata.

—Sí, y cuando se trata de personas enfermas, hay que hacerlo junto

con el terapeuta. Ahora bien, no es el terapeuta el que interpreta el sueño. Sólo lo puede hacer con la ayuda del paciente. En esta situación el médico actúa como una especie de «comadrona» socrática que está presente y asiste durante la interpretación.

—Comprendo.

—Freud llamó a la transformación de las «ideas latentes del sueño» en el «contenido manifiesto del sueño» el *trabajo del sueño*. Se trata de un «enmascaramiento» o «codificación» de aquello de lo que trata realmente el sueño. La interpretación del sueño consiste en el proceso inverso. Hay que «desenmascarar» o «decodificar» el «motivo» del sueño con el fin de encontrar el «tema» del mismo.

—¿Puedes ponerme algún ejemplo?

—El libro de Freud está lleno de ejemplos de ese tipo. Pero podemos poner un ejemplo muy sencillo y muy freudiano. Si un joven sueña con que su prima le regala dos globos...

—¿Sí?

—Ahora te toca a ti interpretar.

—Mmm... Entonces el « contenido manifiesto del sueño » es exactamente lo que acabas de decir: recibe dos globos de su prima.

—¡Continúa!

—Luego dijiste también que todos los ingredientes del sueño se han recogido de lo ocurrido el día anterior. De modo que estuvo el día anterior en el parque de atracciones o vio una foto de globos en el periódico.

—Sí, es posible, pero basta con que simplemente haya visto la palabra «globo», o algo que pueda recordar a globos.

—¿Pero cuáles son las «ideas latentes del sueño», es decir aquello de lo que realmente trata el sueño?

—Eres tú la intérprete del sueño.

—Quizás desee simplemente tener un par de globos.

—No, eso no sirve. Tienes razón en que el sueño también debe cumplir un deseo, pero es poco probable que un hombre adulto desee ardientemente tener dos globos. Y si lo hubiera deseado, no habría tenido la necesidad de soñar con ellos.

—Creo que ya lo tengo: lo que quería era a su prima, y los dos globos eran sus pechos.

—Pues sí, ésa es una explicación más probable. La condición es que él considere este deseo como algo embarazoso.

—¿Porque también cuando soñamos damos rodeos, como los de los globos y cosas así?

—Sí, Freud pensaba que el sueño era un «cumplimiento disfrazado de deseos reprimidos». Pero desde los tiempos en los que Freud ejercía de médico en Viena, puede haber cambiado considerablemente aquello

que procuramos reprimir, aunque el propio mecanismo del disfraz del contenido del sueño pueda seguir intacto.

—Comprendo.

—El psicoanálisis de Freud tuvo una gran repercusión en la década de los años veinte, sobre todo en el tratamiento de pacientes psiquiátricos. Su doctrina sobre el subconsciente tuvo, además, una gran importancia para el arte y la literatura.

—¿Quieres decir que los artistas se interesaron más por la vida mental subconsciente de los seres humanos?

—Exactamente. Aunque ese interés florecía ya en la literatura en las últimas décadas del siglo pasado, es decir antes de conocerse el psicoanálisis de Freud. Esto muestra simplemente que tampoco es una casualidad que el psicoanálisis de Freud surgiese hacia 1890.

—¿Quieres decir que era algo que flotaba en el aire?

—Freud tampoco reclamó haber «inventado» fenómenos como la represión, las reacciones erróneas o la racionalización. Simplemente fue el primero en incorporar estas experiencias humanas a la psiquiatría. Es además un verdadero artista utilizando ejemplos literarios para ilustrar su propia teoría. Pero como ya he indicado, desde la década de los años veinte, el psicoanálisis de Freud tendría una influencia más directa sobre el arte y la literatura.

—¿Cómo?

—Poetas y pintores intentaron usar las fuerzas subconscientes en su obra creativa. Particularmente ése es el caso de los llamados surrealistas.

—¿Y qué significa eso?

—«Surrealismo» es una palabra francesa que se puede traducir por «sobre-realismo». En 1924 André Breton publicó su *Manifiesto surrealista* en el que señaló que el arte debe brotar del subconsciente. Así, el artista recogería en una libre inspiración sus imágenes soñadas y llegaría a una «sobre-realidad» en la que ya no existe distinción entre el sueño y la realidad. También puede ser importante para un artista derrumbar la censura de la consciencia con el fin de dejar correr libremente las palabras y las imágenes.

—Comprendo.

—En cierta manera Freud había presentado una prueba de que todos los seres humanos son artistas, pues un sueño es una pequeña obra de arte. Con el fin de interpretar los sueños de los pacientes, a menudo Freud se vio obligado a manejar una gran cantidad de símbolos, más o menos como cuando interpretamos un cuadro o un texto literario.

—¿Y soñamos cada noche?

—Las investigaciones más recientes muestran que soñamos

aproximadamente el veinte por ciento del tiempo que dormimos, es decir dos o tres horas todas las noches. Si se nos estorba en la fase del sueño, nos ponemos nerviosos e irritables. Esto significa nada menos que todos los seres humanos tenemos una necesidad innata de elaborar una expresión artística de nuestra situación existencial, pues de nosotros trata el sueño. Nosotros somos el director de la película, los que recogemos todos los ingredientes y los que interpretamos todos los papeles. El que diga que no entiende nada de arte, no se conoce a sí mismo.

—Comprendo.

—Además Freud había entregado una impresionante prueba de lo fantástica que es la consciencia humana. El trabajo que llevó a cabo con pacientes le mostró que en algún sitio muy dentro de la consciencia conservamos todo lo que hemos visto y vivido, y que todas esas impresiones pueden volver a sacarse a la luz. Cuando nos quedamos en blanco» y luego lo tenemos «en la punta de la lengua, y más tarde «de pronto nos acordamos», estamos hablando precisamente de algo que ha estado en el subconsciente y que de repente se mete por la puerta entreabierta hacia la consciencia.

—Pero algunas veces va muy lentamente.

—Eso es algo que conocen todos los artistas. Y luego es como si de pronto todas las puertas y todos los cajones del archivo se abriesen de par en par. Llegan a chorros, y podemos recoger exactamente las palabras y las imágenes que necesitamos. Eso ocurre cuando hemos «levantado un poco la tapadera» del subconsciente. Eso es lo que podemos llamar inspiración, Sofía. Es como si lo que se dibuja o lo que se escribe no viniera de nosotros mismos.

—Tiene que ser una sensación maravillosa.

—Seguro que tú misma la has vivido. Por ejemplo, en niños agotados es fácil estudiar esos estados «inspirados». Como sabes, los niños están a veces tan cansados y con tanto sueño que parecen exageradamente despiertos. De pronto empiezan a contar cosas, es como si recogiesen palabras que aún no han aprendido. Pero claro que las han aprendido; las palabras y los pensamientos han estado latentes en su consciencia, pero ahora, por fin, cuando el cuidado y la censura se aflojan, emergen. También para el artista puede ser importante que la razón y la reflexión no puedan controlar una actividad más o menos inconsciente. ¿Quieres que te cuente un pequeño cuento que ilustra esto?

—¡Ah, sí!

—Es un cuento muy serio y muy triste.

—Puedes empezar cuando quieras.

—Érase una vez un ciempiés que bailaba estupendamente con sus cien pies. Cuando bailaba, todos los animales del bosque se reunían para verlo. Y todos quedaban muy impresionados con el exquisito baile. Pero había un animal al que no le gustaba ver bailar al ciempiés. Era un sapo...

—Sería un envidioso...

—¿Qué puedo hacer para que el ciempiés deje de bailar?, pensó el sapo. No podía decir simplemente que no le gustaba el baile. Tampoco podía decir que él mismo bailaba mejor; decir algo así no tendría ni pies ni cabeza. Entonces concibió un plan diabólico.

—¡Cuéntame!

—Se sentó a escribir una carta al ciempiés. «Ah, inigualable ciempiés», escribió. «Soy un devoto admirador de tu maravillosa forma de bailar. Me encantaría aprender tu método. ¿Levantas primero el pie izquierdo nº 78 y luego el pie derecho nº 71? ¿O empiezas el baile levantando el pie izquierdo nº 23 antes de levantar el pie derecho nº 18? Espero tu contestación con mucha ilusión. Atentamente, el sapo.»

—¡Caray!

—Cuando el ciempiés recibió la carta se puso inmediatamente a pensar en qué era lo que realmente hacía cuando bailaba. ¿Cuál era el primer pie que movía? ¿Y cuál era el siguiente? ¿Qué crees que pasó?

—Creo que el ciempiés no volvió a bailar jamás.

—Sí, así acabó el cuento. Eso pasa cuando la imaginación es ahogada por la reflexión de la razón.

—Estoy de acuerdo en que es una triste historia.

—Para los artistas es muy importante dar rienda suelta a la imaginación. Los surrealistas intentaron colocarse a sí mismos en un estado en el que las cosas simplemente venían por su cuenta. En una hoja en blanco comenzaban a escribir sin pensar en qué escribían. Lo llamaban escritura automática, una expresión tomada prestada del espiritismo, en el que un "médium", pensaba que era el espíritu de un muerto el que dirigía la pluma. Pero de esas cosas hablaremos más mañana.

—Muy bien.

—También el artista surrealista es en cierta manera un «médium», es decir un medio o un intermediario de su propio subconsciente. Pero tal vez haya un elemento del subconsciente en todo proceso creativo, porque ¿qué es en realidad lo que llamamos «creatividad»?

—No tengo ni idea. ¿No significa que se crea algo nuevo?

—De acuerdo. Y eso ocurre precisamente mediante un delicado equilibrio de fuerzas entre la imaginación y la razón. Muy a menudo ocurre que la razón ahoga la imaginación, lo cual es muy grave, porque

sin la imaginación no surge nunca nada realmente nuevo. Yo pienso que la imaginación es como un sistema darwinista.

—Lo lamento, pero no te entiendo.

—El darwinismo señala que en la naturaleza surge un mutante tras otro. Pero la naturaleza sólo puede utilizar algunos de ellos. Sólo unos pocos tienen derecho a la vida.

—¿Sí?

—Así es también cuando pensamos, cuando estamos inspirados y recibimos un montón de nuevas ideas. Si no nos imponemos a nosotros mismos una severa censura van surgiendo en nuestra consciencia «pensamientos mutantes», uno tras otro. Pero solo se pueden emplear algunos de esos pensamientos. Aquí es donde entra en juego la razón, pues ella también desempeña una importante función. Cuando tenemos la cosecha del día sobre la mesa, no debemos olvidarnos de hacer la selección.

—Es una comparación bastante inteligente.

—Imagínate si todo aquello que «se nos ocurre», es decir todos los impulsos, tuviera ocasión de pasar por nuestros labios. O de salir del bloc de notas, o del cajón del escritorio. Entonces el mundo se habría ahogado en caprichos casuales. Entonces no se habría hecho ninguna «selección», Sofía.

—¿Y es la razón la que hace la selección?

—Sí. ¿No crees? Tal vez sea la imaginación la que crea algo nuevo, pero no es la imaginación la que realiza la propia selección. No es la imaginación la que «compone». Una composición, lo que es, en definitiva, cualquier obra de arte, surge de una extraña interacción entre la imaginación y la razón, o entre el espíritu y la reflexión. Siempre hay algo casual en un proceso creador. En una fase puede ser importante no cerrar la puerta a caprichos casuales. Pues hay que soltar a las ovejas antes de llevarlas a los pastos.

Alberto se quedó sentado mirando por la ventana. Sofía vio de pronto mucho movimiento junto a la orilla del pequeño lago... Había un sinfín de figuras de Walt Disney de todos los colores.

—Allí está el Lobo —dijo—. Y el Pato Donald y sus sobrinos... y el tío Gilito... Y allí está... ¡Alberto, no oyes lo que te estoy diciendo! Veo a Mickey Mouse y...

Alberto se volvió hacia ella.

—Sí, es triste hija mía.

—¿Qué quieres decir?

—Que estemos aquí y seamos víctimas de ese espectáculo del mayor. Pero yo tengo la culpa, desde luego. Yo he sido el que ha



hablado de caprichos.

—No debes culparte.

—Quise decir que la imaginación también es importante para los filósofos. Para poder pensar algo nuevo, nosotros también tenemos que dar rienda suelta a nuestra imaginación. Pero esto es demasiado.

—No te preocupes tanto.

—Hubiese querido decir algo sobre la importancia de la reflexión silenciosa. Y se nos presentan con esta ridiculez en color. Debería estar avergonzado.

—¿Ahora estás siendo irónico?

—*Él* es el irónico, no yo. Pero tengo un consuelo, y ese consuelo constituye la piedra angular de mi plan.

—No entiendo nada.

—Hemos hablado de los sueños, lo cual tiene en sí algo de irónico, pues ¿qué somos tú y yo, sino imágenes de los sueños del mayor?

—Ah...

—Y sin embargo hay algo en lo que no ha pensado.

—¿Qué podría ser?

—Quizás sea muy consciente de su propio sueño. Sabe todo lo que decimos y todo lo que hacemos, de la misma manera que el soñador se acuerda del contenido manifiesto del sueño. Es el que escribe la historia. Pero aunque se acuerde de todo lo que decimos, aún no está totalmente despierto.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No conoce los contenidos latentes del sueño, Sofía. Se olvida de que también esto es un sueño disfrazado.

—Hablas de un modo muy extraño.

—Lo mismo opina el mayor. Es porque no entiende su propio lenguaje de los sueños. De eso debemos alegrarnos, porque nos da un mínimo de margen para actuar. Con esa libertad vamos a luchar por salir de su fangosa conciencia, como gotas de agua que salen al sol un cálido día de verano.

—¿Crees que podremos?

—Tendremos que poder. En un par de días te ofreceré un nuevo cielo. Entonces el mayor ya no sabrá dónde están las ratas de agua ni dónde volverán a aparecer.

—Pero aunque seamos imágenes, yo también soy hija, y son las cinco. Tengo que irme a casa para preparar la fiesta del jardín.

—Mmm... ¿Me puedes hacer un pequeño favor en el camino de vuelta?

—¿Qué es?

—Intenta atraer su atención. Tienes que procurar que el mayor te

siga con la mirada durante todo el camino. Intenta pensar en él cuando llegues a tu casa, Entonces él también pensará en ti.

—¿Y de qué serviría?

—Así yo podría seguir trabajando en el plan secreto sin que nadie me estorbe. Voy a meterme en lo más profundo del subconsciente del mayor, Sofía. Allí me quedaré hasta que nos volvamos a ver.

## Filosofía actual

*... el hombre está condenado a ser libre...*

El despertador marcaba las 23:55. Hilde se quedó tumbada mirando al techo, dejando que las asociaciones flotaran libremente. Cada vez que se paraba en medio de un círculo de pensamientos, se preguntaba por qué no podía seguir pensando en la misma línea. ¿Sería acaso algo que estaba intentando reprimir? Si hubiera conseguido desprenderse de toda clase de censura, ¿habría, quizás, comenzado a soñar despierta? La sola idea le daba un poco de miedo.

Cuanto más lograba relajarse y abrirse a los pensamientos e imágenes, más viva era la sensación de que se encontraba en la Cabaña del Mayor, junto al pequeño lago, en el bosque que rodeaba la cabaña. ¿Qué estaría tramando Alberto? Bueno, naturalmente era su padre el que estaba tramando que Alberto tramara algo. ¿Sabría él lo que Alberto podía llegar a hacer? Quizás estuviese intentando darse tanta libertad a sí mismo que al final sucediera algo que hasta a él le sorprendiera. Ya no quedaban muchos días. ¿Y si echara un vistazo a la última hoja? No, eso sería hacer trampa. Pero aún había algo más: Hilde no estaba totalmente convencida de que ya se hubiera decidido lo que ocurriría en la última página.

¿No era ése un extraño pensamiento? Si la carpeta de anillas estaba ahí, el padre no podría añadir nada. Si Alberto no inventara algo por su cuenta: una sorpresa...

Ella misma se ocuparía de un par de sorpresas. Su padre no tenía ningún control sobre ella. ¿Pero y ella? ¿Tenía ella control sobre sí misma? ¿Qué era la conciencia? ¿No era ese uno de los mayores enigmas del universo? ¿Qué era la memoria? ¿Qué es lo que nos hace recordar todo lo que hemos visto y vivido? ¿Cuál es ese mecanismo que cada noche nos hace tener, como por arte de magia, sueños maravillosos?

Estando así, tumbada, cerraba de vez en cuando los ojos. Luego los volvía a abrir. Al final se olvidó de volverlos a abrir. Se había dormido. Cuando unos enfurecidos gritos de gaviotas la despertaron, eran las 6:66.

¿No era un número extraño? Hilde se levantó de la cama y, como todos los días, se acercó a la ventana para mirar la bahía. Eso ya se había convertido en una costumbre, tanto en verano como en invierno.

De repente fue como si dentro de su cabeza estallara una caja de colores. Se acordó de lo que había soñado, pero era algo más que un sueño corriente; sus colores y su fondo eran completamente vivos. Había soñado que su padre volvía del Líbano, y todo el sueño había sido como una prolongación del sueño de Sofía en el que encontró su cruz de oro en el muelle. Hilde estaba sentada en el borde del muelle, exactamente como en el sueño de Sofía. Y una voz muy débil le susurró: «Me llamo Sofía». Hilde se quedó sentada muy quieta para ver si podía enterarse de dónde venía la voz. Luego el ruido continuó como un débil rumor. Era como si le estuviera hablando un insecto. "Pareces ciega y sorda". Al instante siguiente, su padre entró en el jardín vestido con uniforme de las Naciones Unidas. «¡Hildecita!», la llamó, y Hilde se fue corriendo hacia él para echarse en sus brazos. Y Entonces acabó el sueño. Se acordó de unos versos del poeta noruego Arnulf Overland:

*Me despertó una noche un sueño extraño  
sentí como si una voz me hablara a mi  
lejana como una corriente subterránea  
y yo me levanté: ¿Qué quieres de mí?*

Mientras estaba junto a la ventana, su madre entró en la habitación.

—¡Hola! ¿Ya estás despierta?

—No lo sé.

—Volveré sobre las cuatro, como siempre.

—Vale.

—Que tengas un buen día de vacaciones, Hilde.

—Hasta luego.

Cuando Hilde oyó que su madre cerraba la puerta de abajo, se volvió a meter en la cama y abrió la carpeta. «... voy a meterme en lo más profundo del subconsciente del mayor, Sofía. Allí me quedaré hasta que nos volvamos a ver. ¡Allí! Hilde continuó leyendo. El dedo índice de su mano derecha le estaba avisando de que ya quedaban pocas hojas.

Cuando Sofía salió de la Cabaña del Mayor, aún pudo ver a algunos personajes de Disney junto al lago, pero era como si se fueran disolviendo conforme ella se iba acercando. Cuando llegó a la barca, ya habían desaparecido del todo.

Mientras remaba, y una vez que hubo subido la barca entre los juncos de la otra orilla, gesticulaba y movía los brazos. Se trataba de atraer la atención del mayor para que Alberto pudiera estar tranquilo en la cabaña. Mientras corría por el sendero, daba pequeños brincos, y un

poco más adelante, intentó andar como una muñeca de cuerda. Para que el mayor no se aburriera, también empezó a cantar. Se quedó un momento meditando sobre el plan de Alberto que ella no conocía. Luego le remordía tanto la conciencia por haberse olvidado de su tarea que se subió a un árbol como compensación. Trepó hasta muy arriba, y cuando casi había llegado a la cima, tuvo que admitir que no sabía cómo volver a bajar. Lo intentaría al cabo de un rato, pero, mientras tanto, tenía que inventar algo, porque el mayor podía cansarse de mirarla y empezar a vigilar a Alberto y descubrir lo que estaba haciendo. Sofía agitó los brazos, un par de veces, intentó cantar como un gallo y finalmente comenzó a cantar a la tirolesa. Teniendo en cuenta que era la primera vez que lo intentaba en sus quince años de vida, quedó bastante satisfecha del resultado. Hizo un nuevo intento de bajar pero no pudo. De repente, un enorme ganso fue a posarse en una de las ramas a las que Sofía estaba agarrada. Después de haber visto un montón de figuras de Disney, Sofía no se sorprendió en absoluto cuando el ganso empezó a hablar.

—Me llamo Morten —dijo el ganso—. En realidad soy un ganso manso, pero en esta ocasión he venido del Líbano con los gansos salvajes. Al parecer, necesitas ayuda para bajar del árbol.

—Eres demasiado pequeño para ayudarme —dijo Sofía.

—Una conclusión sacada precipitadamente, señorita. Eres tú la que eres demasiado grande.

—Bueno, a los efectos da igual, ¿no?

—Deberías saber que he transportado a un niño campesino de tu misma edad por toda Suecia. Se llama Nils Holgersson.

—Yo tengo quince años.

—Nils tenía catorce. Un año más o menos no tiene ninguna importancia a efectos del transporte.

—¿Cómo lograste levantarlo?

—Le di una pequeña bofetada para que se desmayara. Cuando se volvió a despertar, no era más grande que un pulgar.

—En ese caso tendrás que darme una bofetada a mí también, porque no puedo quedarme aquí sentada el resto de mi vida. Además, el sábado voy a dar una fiesta filosófica en mi jardín.

—Muy interesante. Entonces supongo que esto es un libro de filosofía. Cuando volaba sobre Suecia con Nils Holgersson, hicimos escala en Mårbacka, en Värmland. Allí Nils se encontró con una señora mayor que tenía planeado escribir un libro sobre Suecia. Sería un libro que los niños podrían leer en los colegios; tenía que ser instructivo y verídico, dijo. Al oír todo lo que le había pasado a Nils, decidió escribir un libro sobre lo que él había visto a lomos del ganso.

—Muy extraño.

—A decir verdad, era un poco irónico, porque ya estábamos dentro de ese libro.

Sofía notó de pronto que algo le golpeaba la mejilla. De repente, se había vuelto minúscula. El árbol era como un bosque entero, y el ganso tenía el tamaño de un caballo.

—Vamos —dijo el ganso.

Sofía caminó por la rama y se subió al lomo del ganso. Sus plumas eran suaves, pero como ahora ella era tan pequeña, más que hacerle cosquillas, le pinchaban.

En cuanto se hubo acomodado, el ganso comenzó a volar. Volaba muy alto por encima de los árboles. Sofía miró al pequeño lago y a la Cabaña del Mayor. Allí dentro estaría Alberto haciendo complicados planos.

—Bastará con una pequeña gira turística —dijo el ganso batiendo las alas.

Y con esto se preparó para el aterrizaje al pie del árbol que Sofía hacía breves momentos había comenzado a preparar. Al tomar tierra, Sofía salió rodando. Después de un par de volteretas por el brezo, se incorporó. Observó con gran asombro que había recuperado su tamaño natural. El ganso se pavoneó un par de veces alrededor de ella.

—Muchas gracias por tu ayuda —dijo Sofía.

—No ha sido nada. ¿Dijiste que esto es un libro de filosofía?

—Lo dijiste tú.

—Bueno, da lo mismo. Si de mí hubiera dependido, te habría llevado gustosamente volando a través de toda la historia de la filosofía, de la misma manera que llevé a Nils por Suecia. Podríamos haber sobrevolado Mileto y Atenas, Jerusalén y Alejandría, Roma y Florencia, Londres y París, Jena y Heidelberg, Berlín y Copenhague...

—Ya basta.

—Pero incluso para un ganso muy irónico habría sido muy complicado volar a través de los siglos. Es mucho más fácil cruzar los condados suecos.

El ganso cogió velocidad y ascendió.

Sofía estaba completamente agotada, pero cuando se metió por el seto pensó que Alberto estaría satisfecho con esta maniobra de despiste. El mayor no habría tenido mucho tiempo para pensar en Alberto durante la última hora, y si lo había hecho, estaría aquejado de un grave desdoblamiento de personalidad.

Sofía tuvo el tiempo justo para meterse en casa antes de que su madre llegara de trabajar. Así no tuvo que explicar que un ganso manso

la había ayudado a bajarse de un árbol. Después de comer, empezaron a preparar la fiesta. Bajaron al jardín un tablero de tres o cuatro metros de largo que había en el ático y caballetes para poner debajo. Colocarían la mesa debajo de los árboles frutales. La última vez que se utilizó el tablero había sido en el décimo aniversario de boda de los padres de Sofía. Ella sólo tenía ocho años. Entonces, pero se acordaba muy bien de la gran fiesta al aire libre, a la que habían acudido todos los familiares y amigos.

El pronóstico del tiempo era inmejorable. No había llovido ni una gota después de aquella terrible tormenta el día anterior al cumpleaños de Sofía. De todos modos tendrían que esperar al sábado por la mañana para decorar y poner la mesa, pero su madre quería tener el tablero y los caballetes ya preparados en el jardín. Un poco más tarde hicieron panecillos y pan francés con dos masas diferentes. Habría pollo y ensaladas. Y Coca-Cola y Fanta. A Sofía le daba un poco de miedo que alguno de los chicos trajera cerveza, porque no quería problemas. Antes de acostarse Sofía, su madre quiso asegurarse una vez más de que Alberto iría de verdad a la fiesta.

—Claro que va a venir. Incluso ha prometido hacer un juego de manos filosófico.

—¿Un juego de manos filosófico? ¿Y eso qué es?

—No sé... si fuera prestidigitador podría haber hecho un truco de esos de magia. Quizás hubiera sacado un conejo blanco de un sombrero de copa negro...

—¿Otra vez?

—... pero como es filósofo, hará un juego de manos filosófico. Como va a ser una fiesta filosófica...

—Eres una muchacha muy respondona.

—¿Tú has pensado en contribuir con algo a la fiesta?

—Sí, Sofía. Algo haré.

—¿Un discurso?

—No digo nada. ¡Buenas noches!

A la mañana siguiente, la madre de Sofía despertó a su hija antes de ir a trabajar. Le dio una lista de cosas que tenía que comprar en el centro.

Nada más irse su madre, sonó el teléfono. Era Alberto. Al parecer ya sabía exactamente cuándo estaba sola en casa y cuándo no.

—¿Cómo van tus secretos?

—¡Chsss...! ¡No digas nada! No le des ocasión de meditar sobre ello.

—Creo que logré llamar su atención ayer.

—Muy bien.

—¿Queda más curso de filosofía?

—Por eso te llamo. Ya hemos llegado a nuestro siglo. A partir de ahora deberías saber orientarte por tu cuenta. Lo importante ha sido la base. No obstante, debemos vernos para tener también una pequeña charla sobre nuestra época.

—Ahora tengo que ir al centro.

—Muy bien. Ya te dije que íbamos a hablar de nuestra época.

—¿Sí?

—Estaremos bien allí, quiero decir.

—¿Quieres que vaya a tu casa?

—No, no, aquí no. Está todo patas arriba. He estado buscando micrófonos ocultos por todas partes.

—Ah ...

—Hay un nuevo café al otro lado de la Plaza Mayor. Se llama Café Pierre. ¿Sabes dónde está?

—Sí, sí. ¿Cuándo quieres que vaya?

—¿Te parece bien a las doce?

—A las doce en el café.

—Será mejor no decir nada más ahora.

—Hasta luego.

Pasaban unos minutos de las doce, cuando Sofía se asomó por el Café Pierre. Era uno de esos cafés de moda con mesas redondas y sillas negras, baguettes y boles individuales con ensalada. No era un local grande, y lo primero en lo que Sofía se fijó fue en que Alberto no estaba. A decir verdad, fue lo único en lo que se fijó. Había mucha gente en las mesas, pero Alberto no estaba. No estaba acostumbrada a ir sola a los cafés. ¿Debería salir y volver al cabo de un rato para ver si Alberto había llegado?

Se acercó al mostrador de mármol y pidió un té con limón. Se llevó la taza a una de las mesas libres. Miraba constantemente a la puerta de entrada. Mucha gente entraba y salía, pero Sofía sólo estaba pendiente de Alberto. ¡Ojalá hubiera tenido un periódico! Pasado un tiempo, no pudo evitar mirar un poco a su alrededor. Algunos le devolvían la mirada. Por un instante Sofía se sintió una joven mujer. Sólo tenía quince años, pero podría pasar por diecisiete, o al menos dieciséis y medio.

¿Qué pensaría toda esta gente del café sobre eso de existir? Tenían pinta de simplemente estar como si se hubiesen sentado de mentira. Hablaban y gesticulaban intensamente, pero no parecían hablar de nada importante. De repente se acordó de Kierkegaard, que había dicho que la característica más destacada de la multitud era esa «palabrería sin compromiso». ¿Toda esa gente vivía en la fase estética, o qué? ¿O había, al fin y al cabo, algo que era existencialmente importante para

ellos? En una de sus primeras cartas, Alberto había dicho que existía un fuerte parentesco entre niños y filósofos. Y de nuevo Sofía pensó en que tenía miedo de hacerse mayor. ¿Y si también ella llegara a meterse dentro de la piel del conejo blanco que se saca del negro sombrero de copa del universo? Mientras estaba pensando en todo esto, miraba fijamente a la puerta de entrada. De pronto entró Alberto vagando desde la calle. Aunque era verano llevaba una boina negra y un abrigo bastante largo. La vio en seguida y fue derecho hacia ella. Sofía pensó que era algo nuevo tener una cita con él así, en público.

—Son más de las doce y cuarto, tardón.

—Eso se llama «margen de cortesía». ¿Puedo ofrecerle algo de comer a la joven señorita?

Alberto se sentó y la miró directamente a los ojos. Sofía se encogió de hombros.

—Me da igual. Una medianoche, tal vez.

Alberto se acercó al mostrador. Al instante volvió con una taza de café y dos grandes baguettes con queso y jamón.

—¡Ha sido caro!

—Nada, Sofía.

—Tendrás al menos una excusa para haber llegado tan tarde.

—No, no la tengo, porque he venido tarde a propósito. Me explicaré.

Dio un par de grandes mordiscos al bocadillo y dijo:

—Vamos a hablar de nuestro siglo.

—¿Ha sucedido algo de importancia filosófica en este siglo?

—Mucho. Tanto que diverge en todas las direcciones. Primero diremos unas palabras sobre una corriente importante: el existencialismo, que es una denominación común que abarca varias corrientes filosóficas que toman como punto de partida la situación existencial del hombre. Solemos denominarla «filosofía existencialista del siglo XX». A algunos de los filósofos existencialistas les sirvió de base Kierkegaard, pero también Hegel y Marx.

—Entiendo.

—Otro filósofo que tendría una gran importancia para el siglo XX fue el alemán Friedrich Nietzsche, que vivió desde 1844 a 1900. También Nietzsche reaccionó frente a la filosofía de Hegel y el «historicismo» alemán. Contra un anémico interés por lo que él llamaba «una moral de esclavos cristiana», exalta la vida misma. Quería hacer una «revaluación de todos los valores» para que el despliegue vital de los fuertes no fuera impedido por los débiles. Según Nietzsche, tanto el cristianismo como la tradición filosófica habían dado la espalda al mundo real, señalando hacia el «cielo» o el «mundo de las Ideas». No obstante, precisamente este mundo, que había sido considerado el «verdadero» mundo, es en

realidad «un mundo» en apariencia. «Sed fieles a la Tierra», dijo. «No escuchéis a aquellos que os ofrecen esperanzas celestiales.»

—Bueno...

—El filósofo existencialista alemán Martin Heidegger estaba influenciado por Kierkegaard y por Nietzsche. Pero ahora nos vamos a centrar en el existencialista francés Jean-Paul Sartre, que vivió entre 1905 y 1980. Fue el más conocido de los existencialistas, al menos entre el gran público. Su existencialismo se desarrolló particularmente en los años cuarenta, justo después de finalizar la Segunda Guerra Mundial. Más tarde se adhirió al movimiento marxista francés, pero nunca fue miembro de ningún partido.

—¿Por eso querías que nos viéramos en un café francés?

—No ha sido totalmente casual, no. El propio Sartre era un asiduo de los cafés. En un café como éste, se encontró con su compañera Simone de Beauvoir, que también era filósofa existencialista.

—¿Una mujer filósofa?

—Correcto.

—Me consuela ver que la humanidad haya empezado por fin a civilizarse.

—Aunque nuestra época también es una época de nuevas preocupaciones.

—Ibas a hablar del existencialismo.

—Sartre dijo que «el existencialismo es un humanismo», con lo cual quería decir que los existencialistas no toman como punto de partida otra cosa que el propio ser humano. Tal vez debamos añadir que se trata de un humanismo con una visión mucho más sombría de la situación del hombre de la que tenía el humanismo que conocimos en el Renacimiento.

—¿Por qué?

—Tanto Kierkegaard como algunos de los filósofos existencialistas de nuestro siglo eran cristianos. Sartre, por otra parte, pertenece a lo que podemos llamar el existencialismo ateo. Su filosofía puede considerarse como un despiadado análisis de la situación del hombre cuando «Dios ha muerto». La expresión «Dios ha muerto» viene de Nietzsche.

—¡Sigue!

—La palabra clave de la filosofía de Sartre es, como para Kierkegaard, la palabra «existencia». Ahora bien, no se entiende por existencia lo mismo que por «ser». Las plantas y los animales también «son», pero no tienen que preocuparse por lo que esto significa. El hombre es el único ser vivo que es consciente de su propia existencia. Sartre dice que las cosas físicas solamente son «en ellas mismas»,

pero el ser humano también es «para él mismo». Ser persona es algo muy diferente a ser cosa.

—En eso estoy de acuerdo.

—Sartre dice que la existencia del hombre precede a cualquier significado que pueda tener. El que yo exista precede, por lo tanto, a lo que soy. «La existencia precede a la esencia», dice.

—Es una frase muy enredada.

—Por «esencia» entendemos aquello de lo que algo consta, es decir la naturaleza de una cosa. Pero, según Sartre, el hombre no tiene una naturaleza innata. Por tanto el hombre tiene que crearse a sí mismo. Tiene que crear su propia naturaleza o «esencia» porque esto no es algo que venga dado de antemano.

—Creo que entiendo lo que quieres decir.

—A través de toda la historia de la filosofía, los filósofos han intentado dar una respuesta a qué es el hombre, o qué es la naturaleza humana. Pero Sartre pensaba que el hombre no tiene una tal «naturaleza» eterna en que refugiarse. Por eso tampoco sirve preguntar por el «sentido» de la vida en general. Estamos, en otras palabras, condenados a improvisar. Somos como actores que entran en el escenario sin tener ningún papel estudiado de antemano, ningún cuaderno con el argumento, ningún apuntador que nos pueda susurrar al oído lo que debemos hacer. Tenemos que elegir por nuestra cuenta cómo queremos vivir.

—En cierta manera es verdad. Si en la Biblia, o en un libro de texto de filosofía, pudiéramos consultar cómo debemos vivir, estaría muy bien.

—Has cogido el significado. Pero cuando el hombre se da cuenta de que existe y de que va a morir, y de que no tiene nada a lo que agarrarse, entonces esto crea angustia, según Sartre. Recordarás que la angustia también era característica de la descripción de Kierkegaard de un hombre que se encuentra en una situación existencial.

—Sí.

—Sartre dice además que el hombre se siente extranjero en un mundo sin sentido. Al describir la «alienación» del hombre, recoge al mismo tiempo pensamientos centrales de Hegel y Marx. La sensación del hombre de ser un extranjero en el mundo, crea un sentimiento de desesperación, aburrimiento, asco y absurdo.

—Sigue siendo bastante corriente sentirse «deprimido» o pensar que todo es «un rollo».

—Sí, Sartre describió al ser urbano del siglo XX. Recordarás que los humanistas del Renacimiento habían señalado casi triunfalmente la libertad y la independencia del ser humano. Sartre, por el contrario, consideró la libertad del hombre como una condena. «El hombre está

condenado a ser libre», dijo. «Condenado porque no se ha creado a sí mismo y sin embargo es libre. Porque una vez que ha sido arrojado al mundo es responsable de todo lo que hace.»

—No hemos pedido a nadie que nos cree como individuos libres.

—Éste es precisamente el punto clave de Sartre. Pero somos individuos libres, y debido a nuestra libertad estamos condenados a elegir durante toda la vida. No existen valores o normas eternas por las que nos podamos regir. Precisamente por eso resultan tan importantes las elecciones que hacemos. Porque somos completamente responsables de todos nuestros actos. Sartre destaca precisamente que el hombre jamás debe eludir la responsabilidad de sus propios actos. Por eso tampoco podemos librarnos de nuestra responsabilidad amparándonos en que «tenemos que ir al trabajo, o que «tenemos que» dejarnos dirigir por ciertas normas burguesas sobre cómo debemos vivir. La persona que, de esta forma, va entrando en la masa anónima, se convierte en un hombre impersonal de esa masa. Él o ella se ha refugiado en la mentira de la vida. Porque la libertad humana nos exige poner algo de nosotros mismos, existir «auténticamente».

—Comprendo.

—Esto es aplicable ante todo a nuestras elecciones éticas. No podemos echar nunca la culpa a la «naturaleza humana», a la «fragilidad humana» o cosas parecidas. Ocurre de vez en cuando que hombres algo entrados en años se comportan como cerdos y que en último término echan la culpa al «viejo Adán». Pero un tal «viejo Adán» no existe. No es más que una figura a la que nos agarramos para eludir la responsabilidad de nuestros propios actos.

—No hay nada de lo que no se eche la culpa al pobre.

—Aunque Sartre mantiene que la existencia no tiene ningún sentido inherente, no significa que a él le guste que sea así. No es lo que llamamos un «nihilista».

—¿Qué es eso?

—Es alguien que opina que nada importa nada y que todo está permitido. Sartre opina que la vida debe tener algún sentido. Es un imperativo. Y somos nosotros los que tenemos que darle ese sentido a nuestra propia vida. Existir es crear tu propia existencia.

—¿Podrías explicar esto con un poco más de detalle?

—Sartre intenta demostrar que la conciencia no es nada en sí misma antes de percibir algo. Porque la conciencia siempre es conciencia de algo. Y ese «algo» es tanto nuestra propia aportación como la del entorno. También nosotros participamos en decidir lo que percibimos, ya que seleccionamos lo que tiene importancia para nosotros.

—¿No puedes poner un ejemplo?

—Dos personas pueden estar presentes en el mismo lugar y sin embargo captarlo todo de forma completamente diferente. Es porque cuando percibimos el entorno, contribuimos con nuestra propia opinión, o nuestros propios intereses. Por ejemplo, puede ser que una mujer embarazada tenga la sensación de ver a mujeres embarazadas por todas partes. No significa que no hayan estado allí antes, sino que, simplemente, su embarazo le ha proporcionado una nueva realidad. Alguien que esté enfermo, por ejemplo, tal vez vea ambulancias por todas partes...

—Entiendo.

—Nuestra propia existencia contribuye a decidir cómo percibimos las cosas en el espacio. Si algo es inesencial para mí, no lo veo. Y ahora puedo explicarte por qué he llegado tarde aquí, al café.

—Dijiste que fue a propósito.

—Dime qué fue lo primero que viste al entrar en el café.

—Lo primero que vi fue que tú no estabas.

—¿No es un poco curioso que lo primero que vieras en este local fuese algo que no estaba aquí?

—Puede ser, pero era contigo con quien tenía una cita.

—Sartre utiliza precisamente una visita a un café como éste para demostrar cómo «liquidamos» lo que no tiene importancia para nosotros.

—¿Llegaste tarde únicamente para demostrar eso?

—Sí, para que entendieras este punto tan importante de la filosofía de Sartre. Puedes considerarlo como un deber de alumno.

—¡Pues vaya!

—Si estás enamorada y estás esperando que tu amado te llame por teléfono, entonces «oyes» tal vez toda la noche que no llama. Captas precisamente el hecho de que no llama. Si vas a esperarlo al tren, y sale un montón de gente al andén sin que tú veas a tu amado, entonces no ves a todos esos otros. No hacen más que estorbar, no significan nada para ti. Incluso puede ser que te resulten directamente repugnantes, pues ocupan mucho espacio. Lo único que captas es que él no está allí.

—Comprendo.

—Simone de Beauvoir intentó emplear el existencialismo también en los papeles sexuales. Sartre había señalado que los seres humanos no tienen ninguna «naturaleza» eterna en la que refugiarse. Somos nosotros mismos quienes creamos lo que somos.

—¿Sí?

—Lo mismo ocurre con la manera en la que concebimos los sexos. Simone de Beauvoir señaló que no existe una eterna «naturaleza de mujer» o «naturaleza de hombre», pero la opinión tradicional siempre ha utilizado esas categorías. Por ejemplo, se ha dicho muy a menudo que

el hombre tiene una naturaleza «trascendente e ilimitada», y que por lo tanto busca un sentido y un destino fuera del hogar. De la mujer se ha dicho que su orientación en la vida es contraria a la del hombre. Es «inmanente», es decir, quiere estar donde está. De esa manera protegerá a la familia, la naturaleza y las cosas cercanas. Hoy en día solemos decir que la mujer se interesa más que el hombre por los detalles.

—¿De verdad ella pensaba así?

—No me escuchas. Simone de Beauvoir pensaba precisamente que no existía ninguna «naturaleza femenina» o «naturaleza masculina». Al contrario. Pensaba que mujeres y hombres deben librarse de estos arraigados prejuicios e ideales.

—Estoy de acuerdo.

—Su libro más importante salió en 1949 y se titulaba *El segundo sexo*.

—¿Qué quería decir con ese título?

—Se refería a la mujer. En nuestra cultura se la ha convertido en «el segundo sexo». Sólo el hombre aparece como sujeto, y la mujer se convierte en un objeto del hombre. De esta manera, se le quita la responsabilidad de su propia vida.

—¿Sí?

—Ella tiene que reconquistar esta responsabilidad. Tiene que recuperarse a sí misma y no sólo atar su identidad al hombre. Porque no es sólo el hombre el que reprime a la mujer. Al no responsabilizarse de su propia vida, la mujer se reprime a sí misma.

—Somos exactamente tan libres y tan independientes como decidimos ser.

—Así lo puedes expresar, si quieres. El existencialismo tendría una gran influencia sobre la literatura, desde los años cuarenta hasta hoy. Éste es también en gran medida el caso del teatro. Sartre escribió novelas y obras de teatro. Otros nombres importantes son el francés Camus, el irlandés Beckett el rumano Ionesco y el polaco Gombrowicz. Característico de éstos, y de muchos otros escritores modernos, es lo que solemos llamar el absurdo. La palabra se emplea especialmente en «teatro del absurdo».

—Bien.

—¿Sabes lo que quiere decir «absurdo»?

—Se usa para algo que no tiene sentido o que es irracional, ¿no?

—Exactamente. El «teatro del absurdo» surgió como una reacción al «teatro realista» y su intención era mostrar en el escenario la falta de sentido de la vida, y de esa manera hacer reaccionar al público. El objetivo no era, por lo tanto, cultivar esta falta de sentido. Todo lo

contrario: mostrando y revelando lo absurdo, por ejemplo en sucesos totalmente cotidianos, el público se vería obligado a buscar una existencia más auténtica y más verdadera.

—Sigue.

—El teatro del absurdo expone a veces situaciones completamente triviales, y puede por ello considerarse una especie de «hiperrealismo». Se muestra al ser humano exactamente como es. Pero si representas en un escenario justamente lo que sucede en un cuarto de baño una mañana cualquiera en un hogar cualquiera, entonces el público empieza a reírse. Esta risa puede interpretarse como una defensa al verse expuesto en el escenario.

—Comprendo.

—El teatro del absurdo también puede tener rasgos surrealistas. A veces los personajes del escenario se enredan en las situaciones más improbables e irracionales, como en los sueños. Cuando los personajes aceptan esto sin ningún asombro, es el público el que tiene que reaccionar con asombro justamente ante esta falta de asombro. Es el mismo caso de las películas mudas de Charles Chaplin. Lo cómico de esas películas es muchas veces la falta de asombro de Chaplin ante las situaciones tan absurdas en las que se enreda. De esa manera, el público se verá obligado a meterse en sí mismo y buscar algo más auténtico y más verdadero.

—A veces resulta increíble lo que la gente acepta sin reaccionar.

—A veces puede estar muy bien pensar que «esto es algo de lo que tengo que huir», aunque uno aún no sepa a dónde ir.

—Si la casa está ardiendo hay que huir de ella, aunque no se tenga otra casa donde meterse.

—¿Verdad que sí? ¿Quieres otra taza de té? ¿O una coca-cola?

—Vale. Sigo pensando que no deberías haber llegado tarde.

—Bueno, es un reproche a pesar del cual lograré sobrevivir.

Alberto volvió con una taza de café y una coca-cola. Mientras tanto Sofía había llegado a la conclusión de que le empezaba a gustar la vida en el café. Y tampoco estaba ya tan convencida de que todas las conversaciones en las demás mesas fueran tan insignificantes. Alberto dejó la botella de coca-cola sobre la mesa dando un gran golpe. Varias personas levantaron la vista para ver qué había sido eso.

—Y con ello hemos llegado al final del camino —dijo.

—¿Quieres decir que la historia de la filosofía acaba con Sartre y el existencialismo?

—No, decir eso sería una exageración. La filosofía existencialista tuvo una importancia fundamental para mucha gente en todo el mundo. Como ya hemos visto, tiene raíces muy atrás en la Historia, pasando por

Kierkegaard y hasta Sócrates. Ahora bien, el siglo XX también ha visto un florecimiento y una renovación de otras corrientes filosóficas que hemos estudiado antes.

—¿Tienes algún ejemplo?

—Una corriente de ese tipo es el *neotomismo*, es decir ideas que pertenecen a la tradición de Santo Tomás de Aquino. Otra corriente es la llamada *filosofía analítica*, o *empirismo lógico*, que tiene sus raíces en Hume, pero que también está relacionada con la lógica de Aristóteles. Por lo demás, se puede decir que el siglo XX se ha caracterizado por lo que llamamos *neomarxismo* en una rica ramificación de diferentes corrientes. Ya mencionamos el *neodarwinismo*. Y hemos señalado la importancia del *psicoanálisis*.

—Entiendo.

—Una última corriente que debe mencionarse es el *materialismo*, que también tiene muchas raíces históricas. Gran parte de la ciencia moderna tiene sus orígenes en los esfuerzos presocráticos. Por ejemplo, se sigue buscando la «partícula elemental» indivisible de la que todo está compuesto. Nadie ha podido dar aún una respuesta unificada a lo que es la «materia». Las ciencias naturales modernas, por ejemplo la física nuclear o la bioquímica, son tan fascinantes que para muchas personas constituyen una parte importante de su concepto de la vida.

—¿Viejo y nuevo, todo en uno?

—Sí, algo así. Porque las mismas preguntas con las que empezamos este curso, siguen sin contestarse. En este contexto Sartre decía algo muy importante cuando señalaba que las cuestiones existenciales no pueden contestarse de una vez por todas. Una cuestión filosófica es, por definición, algo a lo que cada generación, o mejor dicho, cada ser humano, tiene que enfrentarse una y otra vez.

—Resulta un poco desolador pensar en ello.

—No sé si estoy de acuerdo en eso. ¿No es precisamente cuando nos preguntamos esas cosas cuando nos sentimos vivos? Y además se puede decir que cuando los hombres se han esforzado por encontrar respuestas a las preguntas últimas, han encontrado respuestas claras y definitivas a otras cuestiones. Las ciencias, la investigación y la tecnología surgieron de la reflexión filosófica de las personas. ¿No fue, al fin y al cabo, la extrañeza de la existencia la que llevó al hombre a la Luna?

—Sí, es verdad.

—Cuando Armstrong puso el pie en la Luna dijo: «Un paso pequeño para un ser humano, pero un gran paso para la humanidad». De esta manera, al resumir cómo se sentía al poner el pie en la Luna, incluía a todas las personas que habían existido antes que él. Pues no era él el



único que tenía mérito.

—Claro que no.

—Nuestra época ha tenido que enfrentarse a problemas totalmente nuevos, sobre todo los enormes problemas de medio ambiente. Una importante corriente filosófica del siglo XX es en consecuencia la ecofilosofía. Muchos ecofilósofos occidentales han señalado que toda la civilización de Occidente va por muy mal camino, por no decir que está a punto de llegar al tope de lo que puede tolerar el Planeta. Han intentado llegar hasta el fondo, no quedándose sólo en los resultados concretos de contaminación y destrucción medioambiental. Dicen que hay algo profundamente erróneo en toda la manera de pensar occidental.

—Yo creo que tienen razón.

—Los ecofilósofos han puesto en cuestión la propia idea de la evolución, que se basa en que el hombre es el que está «más arriba», es decir que somos nosotros los dueños de la naturaleza. Este modo de pensar podrá resultar fatal para la vida en este planeta.

—Me indigna pensar en ello.

—Para su crítica de esta manera de pensar, muchos ecofilósofos han recurrido a ideas y pensamientos de otras culturas, por ejemplo la India. También han estudiado ideas y costumbres de los llamados «pueblos naturales», o de poblaciones «autóctonas», como por ejemplo los indios, con el fin de reencontrar algo que nosotros ya hemos perdido.

—Entiendo.

—También dentro de los círculos científicos han surgido personas, durante los últimos años, que han señalado que toda nuestra manera científica de pensar se encuentra ante un «cambio de paradigmas», es decir, ante un cambio fundamental en la propia manera científica de pensar. Esto ya ha dado fruto en algunos campos. Hemos visto muchos ejemplos de los llamados «movimientos alternativos», que abogan por una filosofía global y por un nuevo estilo de vida.

—Eso está bien.

—Pero al mismo tiempo siempre ocurre que allí donde está el hombre hay que separar la paja del grano. Algunos han señalado que estamos entrando en una época totalmente nueva, «New Age». Pero tampoco todo lo nuevo es bueno, y no hay que rechazar todo lo viejo. Ésa es una de las razones por la cual te he ofrecido este curso de filosofía. Ahora tendrás una base histórica para cuando tú misma tengas que orientarte en la existencia.

—Te agradezco tu atención.

—Seguramente te darás cuenta de que mucho de lo que se incluye en el término «New Age», es engaño y charlatanería. También lo que llamamos «neorreligiosidad», «neoocultismo» o «superstición moderna»

ha tenido una fuerte presencia en las últimas décadas, convirtiéndose en una verdadera industria. Como consecuencia de la pérdida de adeptos del cristianismo han proliferado, como hongos, nuevas ofertas en el mercado sobre conceptos de la vida.

—¿Puedes ponerme algunos ejemplos?

—La lista es tan larga que no me atrevo a empezarla. Además no es fácil describir tu propio tiempo. Pero ahora te propongo que demos una vuelta por el centro. Quiero enseñarte algo. Sofía se encogió de hombros.

—No puedo quedarme mucho tiempo. ¿No habrás olvidado la fiesta de mañana?

—De ninguna manera. Ocurrirán cosas maravillosas. Pero primero tenemos que acabar el curso de filosofía de Hilde, porque el mayor no ha pensado más allá, ¿sabes? Con eso también pierde algo de su ventaja.

Volvió a levantar la botella de coca-cola, que ahora estaba vacía, para dejarla caer de nuevo sobre la mesa con un gran golpe.

Salieron a la calle. La gente iba y venía deprisa como hormigas afanosas en un hormiguero. Sofía se preguntaba qué era lo que Alberto quería enseñarle. Alberto se detuvo delante del escaparate de una tienda de aparatos eléctricos, donde vendían de todo, desde televisores, vídeos y antenas parabólicas hasta teléfonos móviles, ordenadores y faxes. Alberto señaló el gran escaparate y dijo:

—He aquí el siglo XX, Sofía. Podemos decir que el mundo estalló a partir del Renacimiento. Con los grandes descubrimientos, los europeos empezaron a viajar por todo el mundo. Hoy ocurre lo contrario. Podemos llamarlo «un estallido al revés».

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el mundo entero se absorbe en una sola red de comunicaciones. No hace mucho tiempo los filósofos tenían que viajar con carro y caballo para orientarse en la vida, o para encontrarse con otros pensadores. Hoy en día podemos estar en cualquier lugar del planeta y recoger toda la experiencia humana a través de la pantalla de un ordenador.

—Es fantástico, pero casi da un poco de miedo.

—La cuestión es si la Historia se está aproximando a su fin o si, por el contrario, nos encontramos en el umbral de una nueva era. Ya no somos solamente ciudadanos de una ciudad, o de un determinado Estado. Vivimos en una civilización planetaria.

—Es verdad.

—La evolución tecnológica, sobre todo en lo que se refiere a la

comunicación, casi ha sido más importante en los últimos treinta o cuarenta años que en todo el resto de la Historia. Y tal vez hayamos visto sólo el principio...

—¿Era esto lo que ibas a enseñarme?

—No, está al otro lado de esa iglesia.

Justo cuando se marchaban apareció una imagen en una pantalla del escaparate. Era una imagen de unos soldados de las Naciones Unidas.

—¡Mira! —dijo Sofía.

Enfocaron a uno de los soldados. Tenía la barba casi igual de negra que la de Alberto. De pronto sacó un papelito en el que ponía: «¡Pronto llegaré, Hilde!». Dijo adiós con una mano y luego desapareció.

—¡Vaya tipo!

—¡Era el mayor!

—Ni siquiera quiero contestar.

Pasaron por el parque que había delante de la iglesia y salieron a una nueva calle principal. Alberto estaba un poco irritado; al cabo de un rato señaló una librería que se llamaba Libris y que era la más grande de la ciudad.

—¿Es aquí donde vas a enseñarme algo?

—Entremos.

Dentro de la librería Alberto señaló una de las paredes más grandes, donde había tres secciones: NEW AGE, ESTILO DE VIDA ALTERNATIVA y MISTICISMO. En las estanterías había libros con títulos muy interesantes tales como: *¿Una vida después de la muerte?*, *Los secretos del espiritismo*, *Tarot*, *El fenómeno de los OVNIS*, *Vuelven los dioses*, *Has estado aquí antes*, *¿Qué es la astrología?* etc. etc. Había centenares de títulos diferentes.

—Esto también es el siglo XX, Sofía. Es el templo de nuestra época.

—Tú no crees en esas cosas, ¿no?

—Aquí hay mucho de engaño. Pero se vende tan bien como la pornografía. De hecho, mucho de esto podría considerarse como una especie de pornografía. Aquí los jóvenes pueden comprar exactamente los libros que les ponen más cachondos. Pero la relación entre la verdadera Filosofía y los libros como éstos es más o menos como la diferencia entre verdadero amor y pornografía.

—Exageras un poco, ¿no?

—Sentémonos en el parque. Salieron de la librería y se sentaron en un banco vacío delante de la iglesia. Debajo de los árboles andaban las palomas, y entre ellas había algún gorrión que otro.

—Lo llaman parapsicología —empezó Alberto—. Lo llaman telepatía, clarividencia y telequinesia. Lo llaman espiritismo, astrología y ufología. Así pues, tiene muchas denominaciones.

—Pero contéstame ya, ¿crees de verdad que todo es mentira?

—No sería muy correcto por parte de un auténtico filósofo medir a todos con el mismo rasero. Pero no excluyo que esas palabras que acabo de mencionar dibujen un mapa detallado de un paisaje que no existe. Al menos hay aquí muchas de esas quimeras que Hume habría entregado a las llamas. En muchos de esos libros no hay ni una experiencia que sea auténtica.

—¿Y cómo es posible que se escriban tantísimos libros sobre esas cosas?

—Se trata del negocio más rentable del mundo. Es lo que quiere mucha gente.

—¿Y por qué crees que lo quieren?

—Es sin duda la expresión de una añoranza, de un deseo de algo «místico», de algo que es «diferente y que rompe con lo cotidiano». Pero eso es complicarse la vida, Sofía, o cruzar el río para coger agua, como decimos los noruegos.

—¿Qué quieres decir?

—Estamos caminando por un maravilloso cuento. A nuestros pies se levantan las grandes obras de la Creación. A plena luz del día, Sofía. ¿No te parece increíble?

—Sí.

—¿Entonces por qué vamos a acudir a «consultas» de gitanas o trastiendas académicas para experimentar algo «emocionante» o algo «más allá de los límites»?

—¿Pero entonces crees que los que escriben esos libros son todos unos tramposos y unos mentirosos?

—No, eso no lo he dicho. Pero aquí también se trata de un «sistema darwinista».

—¡Explícate!

—Piensa en todo lo que ocurre en el curso de un día. Incluso puedes delimitarlo a un día en tu propia vida. Piensa en todo lo que ves y oyes y haces.

—¿Sí?

—Algunas veces te suceden extrañas coincidencias. Por ejemplo vas a la tienda a comprar algo que cuesta veintiocho coronas. Un poco más tarde llega Jorunn para devolvarte veintiocho coronas que te había pedido prestadas hace tiempo. Luego os vais al cine y a ti te dan el asiento veintiocho.

—Pues sí, sería una misteriosa coincidencia.

—Lo que está claro es que no dejaría de ser una coincidencia. Lo que ocurre es que la gente colecciona esas coincidencias. Coleccionan experiencias misteriosas o inexplicables. Cuando esas experiencias de

las vidas de unos miles de millones de personas se recopilan en libros, puede dar la impresión de ser un material muy convincente. Y sigue aumentando en cantidad. Pero también en este caso nos encontramos ante una lotería en la que solamente se ven los décimos ganadores.

—¿No existen personas videntes o médiums que viven esas cosas con mucha frecuencia?

—Pues sí. Si excluimos a los tramposos, encontramos otra importante explicación a todas esas «experiencias místicas».

—¡Cuenta!

—Te acordarás de que hablamos de la teoría de Freud sobre el subconsciente.

—¿Cuántas veces tendré que decirte que no soy una despistada?

—Ya Freud señaló que muchas veces podemos actuar como una especie de médiums de nuestro propio subconsciente. De repente nos damos cuenta de que pensamos o hacemos algo sin entender del todo por qué lo hacemos. La razón es que tenemos muchísimas más experiencias, pensamientos y vivencias interiores de las que somos conscientes.

—¿Sí?

—También hay personas que hablan y andan mientras duermen. Lo podemos llamar una especie de «automatismo mental». Y bajo hipnosis hay personas que dicen y hacen cosas automáticamente. Y te acordarás de que los surrealistas intentaron escribir con «escritura automática». De ese modo intentaban actuar como médiums de su propio subconsciente.

—De eso también me acuerdo.

—A intervalos regulares durante este siglo ha estado de moda el espiritismo. La idea es que un médium puede llegar a establecer contacto con un muerto. O hablando con la voz del muerto, o por ejemplo mediante una escritura automática, el médium ha recibido un mensaje por ejemplo de una persona que vivió hace muchos centenares de años. Estos sucesos se han utilizado como prueba de que existe una vida después de la muerte, o de que los seres humanos vivimos muchas vidas.

—Comprendo.

—No quiero decir que todos esos médiums hayan sido unos estafadores. Algunos han actuado de buena fe, de eso no cabe duda. Es cierto que han sido médiums, pero sólo de su propio subconsciente. Hay varios ejemplos de investigaciones meticolosas de médiums que en un estado de trance han revelado conocimientos y capacidades que ni ellos mismos ni otros entienden cómo han podido adquirir. Alguien que no conocía el hebreo, por ejemplo, empezó a emitir un mensaje en ese

idioma. Entonces tendría que haber vivido antes, Sofía. O haber estado en contacto con un espíritu muerto.

—¿Tú qué crees?

—Resultó que cuando era pequeña la había cuidado una mujer judía.

—Ah...

—¿Estás decepcionada? Pero en sí es fantástica la capacidad que tienen algunas personas para almacenar experiencias anteriores en el subconsciente.

—Entiendo lo que quieres decir.

—También otras curiosidades cotidianas pueden explicarse mediante la teoría de Freud sobre el subconsciente. Si de repente recibo una llamada de un amigo al que no he visto en muchos años, y yo mismo acabo de estar buscando su teléfono...

—Me dan escalofríos.

—La explicación puede ser, por ejemplo, que los dos oímos una vieja melodía en la radio, una melodía que oímos la última vez que estuvimos juntos. Lo que pasa es que no se es consciente de esta conexión oculta.

—¿O trampa... o el efecto del décimo ganador... o el subconsciente?

—Al menos es sano acercarse a ese tipo de estanterías con cierto escepticismo. En cualquier caso, es muy importante para un filósofo. En Inglaterra existe una asociación especial para los escépticos. Hace muchos años prometieron un sustancioso premio económico a la primera persona que les pudiera mostrar un modesto ejemplo de algo sobrenatural. No tenía que ser ningún gran milagro, bastaba con un pequeño ejemplo de telepatía. Pero hasta ahora no se ha presentado nadie.

—Entiendo.

—Además hay muchas cosas que los seres humanos no entendemos. A lo mejor tampoco conocemos las leyes de la naturaleza. En el siglo pasado había muchos que a fenómenos como el magnetismo y la electricidad los consideraban como una clase de magia. Supongo que mi propia bisabuela se habría asombrado si le hubiera hablado de la televisión o de los ordenadores.

—¿Entonces no crees en nada sobrenatural?

—De eso hemos hablado antes. La propia expresión «sobrenatural» también es un poco extraña. No, supongo que yo sólo creo en una sola naturaleza, que, en cambio, es muy extraña.

—¿Pero esas cosas misteriosas de aquellos libros que me enseñaste...?

—Todos los auténticos filósofos tienen que tener los ojos bien abiertos. Aunque no hayamos visto nunca una corneja blanca, no

debemos dudar nunca de que existen. Y un día puede que incluso un escéptico como yo tenga que aceptar un fenómeno en el cual no ha creído antes. Si no hubiera dejado abierta esta posibilidad, habría sido un dogmático. Y entonces no habría sido un verdadero filósofo. Alberto y Sofía se quedaron sentados en el banco sin decir nada. Las palomas estiraban la nuca y arrullaban. A veces se asustaban con una bicicleta o con un movimiento brusco.

—Tendré que irme a casa a preparar la fiesta —dijo finalmente Sofía.

—Pero antes de despedirnos te enseñaré una corneja blanca. Está más cerca de lo que pensamos. Alberto se levantó del banco e hizo señas para que volvieran a entrar en la librería. Esta vez pasaron de largo todas los estantes con libros sobre fenómenos sobrenaturales. Alberto se detuvo delante de un frágil estante al fondo de la librería. Encima del estante había un letrero que decía: «FILOSOFÍA». Alberto señaló un determinado libro, y Sofía se sobrecogió al ver el título: EL MUNDO DE SOFÍA.

—¿Quieres que te lo compre?

—No sé si me atrevo.

Pero un poco más tarde se encontraba en el camino de vuelta a casa, con el libro en una mano y una bolsa con cosas para la fiesta en la otra.

## La fiesta en el jardín

... una corneja blanca...

Hilde estaba como petrificada en la cama. Notaba los brazos rígidos, y las manos, con las que tenía sujeta la carpeta, le temblaban. Eran casi las once. Había estado leyendo durante más de dos horas. Alguna que otra vez, había levantado la vista de la carpeta riéndose a carcajadas, pero también pasaba hojas gimoteando. Menos mal que no había nadie en casa.

¡Todo lo que había leído en dos horas! Empezó con que Sofía tenía que despertar la atención del mayor cuando regresaba a casa después de haber estado en la Cabaña del Mayor. Al final se había subido a un árbol, y entonces llegó Morten, el ganso que venía del Líbano, como un ángel liberador.

Hilde se acordaba siempre de que su padre le había leído cuando era pequeña *El maravilloso viaje de Nils Holgersson*. Durante muchos años, ella y su padre habían tenido un idioma secreto relacionado con aquel libro. Y ahora su padre volvía a sacar a relucir al viejo ganso. Luego Sofía estuvo sola, por primera vez, en un café. A Hilde le llamó especialmente la atención lo que Alberto contó sobre Sartre y el existencialismo. Casi había conseguido convertirla, pero también era verdad que había estado a punto de convertirla en muchas otras ocasiones durante la lectura.

Hacia un año Hilde había comprado un libro sobre astrología. En otra ocasión había llevado a casa unas cartas de tarot. Y otra vez se había presentado con un pequeño libro sobre espiritismo. Todas las veces, su padre le había echado un pequeño sermón, utilizando palabras como "sentido crítico", y superstición, pero hasta ahora no se había vengado. Y lo había preparado bien. Estaba claro que su hija no iba a hacerse mayor sin haber sido seriamente advertida contra esas cosas. Para estar totalmente seguro, la había saludado con la mano a través de un televisor en una tienda de electrodomésticos. Se podría haber ahorrado eso último...

Lo que más le intrigaba era la chica del pelo negro. Sofía... ¿quién eres, Sofía? ¿de dónde vienes? ¿Por qué te has cruzado en mi camino? Al final Sofía había recibido un libro sobre ella misma. ¿Sería el mismo libro que Hilde tenía en las manos en ese momento, y que no era más que una carpeta? Pero, de todos modos, ¿cómo era posible encontrarse con un libro sobre una misma en

un libro sobre ella misma? ¿Qué ocurriría si Sofía empezaba a leer ese libro? ¿Qué iba a ocurrir ahora? ¿Qué *podía* ocurrir ahora?

Hilde notó con los dedos que quedaban ya muy pocas hojas.

Al volver a casa, Sofía se encontró con su madre en el autobús. ¡Qué mala suerte! ¿Qué diría cuando viera el libro que llevaba en la mano? Sofía intentó meterlo en la bolsa con los confetis y los globos que había comprado para la fiesta, pero no le dio tiempo.

—¡Hola, Sofía! ¿Que casualidad que hayamos cogido el mismo autobús? ¡Qué bien!

—Hola...

—¿Has comprado un libro?

—No exactamente.

—*El mundo de Sofía*, qué curioso.

Sofía se dio cuenta de que ni siquiera tenía una mínima posibilidad de mentir.

—Me lo ha regalado Alberto.

—Ya me lo figuro. Bueno, como ya he dicho antes, tengo muchas ganas de conocer a ese hombre. ¿Me dejas ver?

—Mamá, ¿no puedes esperar por lo menos hasta que lleguemos a casa? Es mi libro.

—Sí, sí, es tu libro. Solo quiero mirar la primera página. Pero... «Sofía Amundsen volvía a casa después del instituto».

—¿Lo pone de verdad?

—Sí, Sofía, lo pone. Está escrito por alguien que se llama Albert Knag. Es desconocido. ¿Cómo se llama ese Alberto tuyo?

—Knox.

—Tal vez ese extraño hombre haya escrito un libro entero sobre ti, Sofía. Puede que haya usado lo que se llama un pseudónimo.

—No es él, mamá. Déjalo, de todos modos no vas a entender nada.

—Bueno, si tú lo dices. Mañana será por fin la fiesta. Ya verás como todo se arregla.

—Alberto Knag vive en otra realidad. Este libro es una corneja blanca.

—Por favor, déjalo ya. ¿No era un conejo blanco?

—¡Basta!

La conversación entre madre e hija no dio más de sí, antes de que tuvieran que bajarse en Camino del Trébol. Allí se encontraron con una manifestación.

—¡Qué fastidio! —exclamó Helene Amundsen—. Creía que por lo menos en este barrio nos libraríamos del «parlamento callejero».

No había más que diez o doce personas. En las pancartas ponía:

«PRONTO LLEGARÁ EL MAYOR»,  
«SI A LA RICA COMIDA EN SAN JUAN» y  
«MÁS PODER PARA LAS NACIONES UNIDAS».

A Sofía casi le daba pena su madre.

—No te preocupes por ellos, mamá —dijo.

—Pero qué manifestación tan rara, ¿no, Sofía? Casi un poco absurda.

—No es nada.

—El mundo cambia cada vez más deprisa. En realidad, ni siquiera me sorprende.

—Por lo menos debería sorprenderte el hecho de que no te sorprenda.

—En absoluto. Siempre que no sean violentos. Espero que no hayan pisado los rosales. No veo la necesidad de hacer una manifestación en un jardín.

—Ha sido una manifestación filosófica, mamá. Los filósofos auténticos no pisan los rosales.

—¿Sabes una cosa, Sofía? No sé si creo en los filósofos auténticos. En nuestros días casi todo es sintético.

Pasaron la tarde haciendo preparativos. A la mañana siguiente, decoraron la mesa y el jardín. Luego llegó Jorunn.

—¡Madre mía! Mis padres vendrán con los otros. Es culpa tuya que vengan, Sofía.

Media hora antes de llegar los invitados, todo estaba preparado. Los árboles del jardín estaban decorados con confetis y farolillos japoneses. Habían metido cables alargadores por una ventana del sótano. La verja, los árboles de la entrada y la fachada de la casa estaban decorados con globos. Sofía y Jorunn habían estado toda la tarde soplando para hincharlos. En la mesa había pollo y ensaladas, panecillos y pan trezado. En la cocina había bollos, rosquillas y tartas de nata y chocolate, pero en medio de la mesa ya habían colocado un gran pastel de veinticuatro anillas. En lo alto del pastel, su madre había colocado la figurita de una muchacha vestida para la confirmación. La madre había dicho que la figura no tenía por qué representar a una muchacha de confirmación, pero Sofía estaba convencida de que la había colocado sólo porque ella había dicho, en alguna ocasión, que no sabía si se iba a confirmar o no. Para su madre era como si con ese pastel y con esa fiesta estuvieran celebrando la confirmación de Sofía.

—Esta vez no hemos escatimado en nada —dijo varias veces durante la última media hora antes de llegar los invitados.

Llegaron los invitados. Primero llegaron tres de las chicas de la clase, con blusas veraniegas, faldas largas, chaquetas de punto y un poco de rímel. Un poco más tarde aparecieron por allí Jorgen y Lasse. Entraron por la puerta del jardín con una mezcla de timidez y arrogancia típica de los chicos de su edad.

—¡Felicidades!

—Por fin, tú también te has hecho mayor.

Sofía se dio cuenta de que Jorunn y Jorgen ya se estaban mirando disimuladamente. Había algo en el aire. Y además era San Juan. Todo el mundo traía regalos, y como se trataba de una fiesta filosófica, varios de los invitados habían intentado averiguar lo que era la filosofía. Aunque no todos habían conseguido encontrar regalos filosóficos, la mayoría de ellos se había esforzado en escribir algo filosófico en la tarjeta. Le regalaron un diccionario de filosofía y un diario con llave en el que ponía: «MIS ANOTACIONES FILOSÓFICAS PERSONALES».

Conforme iban llegando los invitados, la madre de Sofía les servía sidra en copas altas de vino blanco.

—Bienvenido... ¿Cómo se llama este joven?... A ti no te conozco...Cuánto me alegro de verte, Cecilie.

Cuando todos los jóvenes habían llegado y estaban bajo los árboles frutales con sus copas, el Mercedes blanco de los padres de Jorunn aparcó delante de la casa. El asesor fiscal vestía un correcto traje gris de irreprochable corte. La señora llevaba un traje y pantalón rojo con lentejuelas de color rojo oscuro. Sofía habría jurado que la señora había entrado en una tienda de juguetes a comprar una muñeca Barbie que llevara ese traje pantalón. Luego le había dado la muñeca a un sastre, encargándole que le hiciera uno idéntico. También podría ser que el asesor fiscal hubiese comprado la muñeca y que se la hubiese entregado a un mago para que la convirtiera en una mujer de carne y hueso. Pero esta posibilidad era tan improbable que Sofía la rechazó. Bajaron del Mercedes y, al entrar en el jardín, los jóvenes se quedaron mudos de asombro. El asesor fiscal en persona, de parte de toda la familia Ingebrigtsen, entregó a Sofía un paquete largo y estrecho. Sofía intentó no perder los estribos cuando resultó ser una... sí eso... una muñeca Barbie.

—¿Estáis tontos o qué? ¡Sofía ya no juega con muñecas!

La señora Ingebrigtsen acudió en seguida, haciendo tintinear las lentejuelas.

—Es para que la tenga de adorno, claro está.

—Bueno, muchas gracias —dijo Sofía intentando suavizar la situación.

La gente empezaba a circular alrededor de la mesa.

—Entonces ya sólo falta Alberto —dijo la madre de Sofía en un tono ligeramente excitado, intentando ocultar su preocupación.

Ya entre los demás invitados había corrido el rumor sobre ese invitado tan especial.

—Ha prometido venir, y vendrá.

—Entonces no nos podemos sentar antes de que venga, ¿no?

—Sí, sentémonos.

Helene Amundsen se puso a colocar a los invitados alrededor de la larga mesa, cuidando de que quedara una silla libre entre ella y Sofía. Hizo algún comentario sobre lo que iban a comer, sobre el tiempo, y sobre el hecho de que Sofía era ya una mujer adulta. Llevaban ya media hora en la mesa cuando un hombre de mediana edad, con perilla y boina, llegó andando por el Camino del Trébol. Traía un gran ramo con quince rosas rojas.

—¡Alberto!

Sofía se levantó de la mesa y fue a recibirle. Le dio un fuerte abrazo y cogió el ramo. Él contestó a la bienvenida hurgando en los bolsillos de su chaqueta, de donde sacó un par de grandes petardos a los que prendió fuego y lanzó al aire. Luego se colocó en el sitio libre entre Sofía y su madre.

—¡Felicidades de todo corazón ! —dijo.

El grupo estaba atónito. La señora Ingebrigtsen lanzó una elocuente mirada a su marido. La madre de Sofía, por el contrario, experimentó tal alivio al ver que el hombre había venido, que podría perdonarle cualquier cosa. La homenajeadada tuvo que reprimir la risa que le estaba haciendo cosquillas en la tripa. Helene Amundsen pidió la palabra y dijo:

—Doy la bienvenida también a Alberto Knox a esta fiesta filosófica. Él no es mi nuevo amante; aunque mi marido esté siempre viajando no tengo ningún amante. Este extraño señor es el nuevo profesor de filosofía de Sofía. Además de saber lanzar petardos, sabe muchas más cosas. Este hombre es capaz de sacar un conejo vivo de un sombrero negro de copa. ¿O era una corneja, Sofía?

—Gracias, muchas gracias —dijo Alberto, y se sentó.

—¡Salud! —dijo Sofía, y todos levantaron sus copas con coca-cola.

Estuvieron sentados comiendo durante mucho tiempo. De pronto Jorunn se levantó de la mesa, se acercó con paso decidido a Jorgen y le dio un sonoro beso en la boca, a lo que él respondió intentando tumbarla sobre la mesa para poder agarrarla mejor y devolverle el beso.

—Creo que voy a desmayarme —exclamó la señora Ingebrigtsen.

—En la mesa no, hijos míos —fue el único comentario de la señora Amundsen.

—¿Por qué no? —preguntó Alberto volviéndose hacia ella.

—¡Qué pregunta tan extraña!

—Para un auténtico filósofo nunca está de más preguntar.

Y entonces, algunos de los chicos que no habían recibido ningún beso empezaron a tirar huesos de pollo al tejado. Esto también provocó un comentario de la madre de Sofía:

—No hagáis eso, por favor. Resulta muy molesto tener huesos de pollo en los canalones.

—Pedimos disculpas —dijo uno de los chicos.

Y comenzaron a tirar los huesos de pollo al otro lado de la verja.

—Creo que ha llegado la hora de recoger los platos y sacar el postre —dijo finalmente la señora Amundsen.

—¿Cuántos quieren café?

Los señores Ingebrigtsen, Alberto y otros dos invitados levantaron la mano.

—Sofía y Jorunn, ¿queréis ayudarme?

En el camino hacia la cocina, las dos amigas pudieron charlar un poco.

—¿Por qué le besaste?

—Estaba mirando su boca, y de repente me entraron muchas ganas de besarle. No pude resistirme.

—¿A qué te supo?

—Un poco distinto de lo que me había imaginado, pero...

—¿Era la primera vez?

—Pero no será la última.

En seguida estuvieron sobre la mesa el café y las tartas. Alberto había empezado a repartir petardos entre los chicos, pero la madre de Sofía pidió la palabra otra vez.

—No haré un gran discurso —dijo—. Pero sólo tengo una hija, y ha pasado exactamente una semana y un día desde que cumplió quince años. Como podéis ver, no hemos escatimado en nada. En el pastel hay veinticuatro anillas, así que por lo menos hay una anilla para cada uno. Los que se sirvan primero, pueden coger dos anillas, porque empezamos desde arriba, y las anillas se hacen cada vez más grandes. Lo mismo pasa con nuestras vidas. Cuando Sofía era pequeña, daba pasitos en redondo en círculos pequeños y modestos. Pero con los años, los círculos han ido ensanchándose cada vez más. Ahora van desde casa hasta el casco viejo y luego vuelven otra vez a casa. Y como además tiene un padre que viaja mucho, ella llama por teléfono a todo el mundo. ¡felicidades, Sofía!

—¡Qué delicia! —exclamó la señora Ingebrigtsen.

Sofía no sabía si se refería a la madre, al discurso en sí, al pastel de anillas o a la propia Sofía. El grupo aplaudía, y un chico lanzó un petardo

a un peral. Jorunn se levantó de la mesa e intentó levantar a Jorgen de su silla. Él se dejó llevar, se tumbaron en la hierba y siguieron besándose. Al cabo de un rato, rodaron por el suelo bajo unos groselleros.

—Hoy en día son las chicas las que llevan la iniciativa —dijo el asesor fiscal.

Dicho esto, se levantó de la mesa y se fue hacia los groselleros, donde se quedó para estudiar el fenómeno de cerca. Todos los invitados siguieron su ejemplo. Sólo Sofía y Alberto se quedaron sentados en sus sitios. Pronto los invitados estaban formando un semicírculo alrededor de Jorunn y Jorgen, que ya habían abandonado los inocentes besos, para pasar a una forma más descarada de caricias.

—No hay manera de pararlos —dijo la señora Ingebrigtsen, no sin cierto orgullo.

—Cierto —dijo su marido—. Las generaciones siguen a las generaciones.

Miró a su alrededor para ver si sus acertadas palabras habían sido bien recibidas. Como sólo se encontró con cabezas mudas, añadió:

—¡Qué remedio!

Desde lejos, Sofía vio que Jorgen intentaba desabrochar la blusa de Jorunn, que ya estaba bastante manchada de hierba. Ella estaba manoseando el cinturón de él.

—A ver si os vais a acatarrar —dijo la señora Ingebrigtsen.

Sofía miró abatida a Alberto.

—Esto avanza más deprisa de lo que yo había pensado —dijo él—. Tenemos que marcharnos de aquí; pero antes, quiero decir algunas palabras.

Sofía comenzó a dar palmas.

—¿Queréis volver a sentaros? Alberto va a decir algo.

Todos, menos Jorunn y Jorgen, se acercaron a la mesa y se sentaron.

—¿Nos va a hablar? —dijo Helene Amundsen—. ¡Qué amable!

—Gracias a usted.

—Y luego le encanta pasear, ¿verdad que sí? Dicen que es muy importante mantenerse en forma. Resulta muy simpático, en mi opinión, llevarse al perro de paseo. Se llama Hermes, ¿no? Alberto se levantó y pidió la palabra.

—Querida Sofía —dijo—, creo recordar que ésta es una fiesta filosófica y, por lo tanto, voy a dar un discurso filosófico. Y fue interrumpido por un aplauso.

—En esta desenfadada fiesta no vendría mal un poco de razón. Pero no nos olvidemos de felicitar a la anfitriona, que ha cumplido quince

años.

Aún no había acabado la frase, cuando se oyó el ruido de un avión que se estaba acercando. Pronto se encontraba volando muy bajo sobre el jardín. El avión llevaba una especie de bandera muy larga en la que ponía: «¡Felicidades en tu decimoquinto cumpleaños!» Más aplausos y más fuertes.

—Ya veis —exclamó la señora Amundsen—. Este hombre sabe otras cosas aparte de lanzar petardos.

—Gracias, no ha sido nada. Durante las últimas semanas, Sofía y yo hemos realizado una investigación filosófica de gran envergadura. Deseo aquí y ahora exponer los resultados a los que hemos llegado. Vamos a desvelar los secretos más íntimos de la existencia. De pronto se hizo tal silencio que se oía el canto de los pájaros. También se oían sonoros besos que venían de los groselleros.

—¡Continúa! —dijo Sofía.

—Tras profundas indagaciones, que han abarcado desde los primeros filósofos griegos hasta hoy, nos hemos encontrado con que vivimos nuestras vidas en la conciencia de un mayor. Este señor presta en la actualidad sus servicios como observador de las Naciones Unidas en el Líbano, pero también ha escrito un libro a su hija, que vive en Lillesand. Ella se llama Hilde Møller Knag y cumplió quince años el mismo día que Sofía. El libro, que trata sobre todos nosotros, estaba encima de su mesilla cuando ella se despertó temprano en la mañana del día 15 de junio. En realidad se trata de una carpeta de anillas. Y justo en este momento está notando que las últimas hojas le hacen cosquillas en los dedos.

Una especie de nerviosismo había comenzado a extenderse alrededor de la mesa.

—Nuestra existencia no es ni más ni menos que una especie de entretenimiento para el cumpleaños de Hilde Møller Knag. Porque todos hemos sido creados por la imaginación del mayor, sirviéndole como una especie de fondo para la enseñanza filosófica que ha recibido su hija. Esto quiere decir, por ejemplo, que el Mercedes blanco que hay en la puerta no vale un céntimo. No es nada. No vale más que todos esos Mercedes blancos que ruedan y ruedan por la cabeza de un pobre mayor de las Naciones Unidas, que en este momento acaba de sentarse a la sombra de una palmera, con el fin de evitar una insolación. Hace mucho calor en el Líbano, amigos míos.

—¡Tonterías! —exclamó el asesor fiscal—. No son más que disparates.

—La palabra es libre, desde luego —dijo Alberto, que seguía imperturbable—. Pero la verdad es que lo que es un disparate es esta

fiesta, y la única pequeña dosis de razón en todo esto es mi discurso.

Entonces el asesor fiscal se levantó y dijo:

—Uno intenta llevar adelante sus negocios de la mejor manera posible. Y además procura tener cuidado en todos los sentidos. Y encima tiene que tolerar que venga un sinvergüenza vago que, con ciertas aseveraciones «filosóficas», intenta derribar todo lo que has conseguido.

Alberto asintió con la cabeza.

—Contra este tipo de comprensión filosófica no sirve ningún seguro. Estamos ante algo peor que las catástrofes naturales, señor asesor fiscal. Como usted sabe, el seguro tampoco cubre ese tipo de catástrofes.

—Esto no es ninguna catástrofe de la naturaleza.

—No, es una catástrofe existencial. Eche usted un vistazo a los groselleros y comprenderá lo que quiero decir. Uno no puede asegurarse contra el derrumbamiento de su existencia. Tampoco puede asegurarse contra el apagón del sol.

—¿Tenemos que tolerar esto? —dijo el padre de Jorunn mirando a su mujer.

Ella dijo que no con la cabeza y lo mismo hizo la madre de Sofía.

—Qué pena —dijo—. Y aquí era donde no se había escatimado en nada.

Sin embargo, los jóvenes tenían las miradas clavadas en Alberto. Pues suele ocurrir que la juventud está más abierta a nuevos pensamientos e ideas que la gente que ya ha vivido bastantes años.

—Nos gustaría seguir oyéndote —dijo un chico de pelo rubio rizado y gafas.

—Gracias, pero en realidad no queda mucho por decir. Cuando se ha llegado a la certeza de que se es una imagen soñada en la conciencia adormecida de otra persona, entonces, en mi opinión, es más sensato callarse. Pero puedo concluir recomendando a los jóvenes un pequeño curso sobre la historia de la filosofía. Así desarrollaréis una postura crítica ante el mundo en el que vivís. Es muy importante adoptar una postura crítica ante los valores de la generación de los padres. Si en algo me he esforzado, es en enseñarle a Sofía a pensar críticamente. Hegel lo llamó «pensar negativamente».

El asesor fiscal aún no se había vuelto a sentar. Se había quedado de pie dando pequeños golpes en la mesa con las yemas de los dedos.

—Este agitador intenta destruir todas esas posturas sanas ante la escuela y la Iglesia que intentamos inculcar en las nuevas generaciones, pues ellos son los que tienen la vida por delante, y los que algún día heredarán nuestras propiedades. Si este agitador no abandona



inmediatamente la fiesta, llamaré a mi abogado. Él sabrá lo que hay que hacer.

—Poco importa lo que quiera hacer, pues usted no es más que una imagen de sombras. Por otra parte, Sofía y yo abandonaremos la fiesta dentro de un instante. Pues el curso de filosofía no ha sido simplemente un proyecto filosófico. También ha tenido su lado práctico. Cuando llegue el momento, desapareceremos por arte de magia. De esa manera también queremos salirnos a escondidas de la conciencia del mayor.

Helene Amundsen agarró a su hija por el brazo.

—¿No irás a dejarme, Sofía?

Sofía abrazó a su madre. Miró a Alberto y dijo:

—Mamá se pondrá muy triste...

—No, eso es una tontería. No debes olvidar lo que has aprendido. Es precisamente de esa tontería de la que debemos librarnos. Tu madre es una mujer tan agradable y simpática como la cesta de Caperucita Roja, que estaba llena de comida para su abuelita. Pero su tristeza no es mayor que la necesidad que tiene ese avión que acaba de pasar de coger combustible.

—Creo que entiendo lo que quieres decir —admitió Sofía. Se volvió hacia su madre—: Por eso tengo que dejarte, mamá. Algún día tendría que hacerlo.

—Te echaré de menos —dijo la madre—. Pero si hay un cielo por encima de éste, más vale que vuelas. Me ocuparé de Govinda. ¿Debo ponerle una o dos hojas de lechuga al día? Alberto le puso una mano en el hombro.

—Ni tú ni nadie más nos echaréis de menos, y la razón es simplemente que no existís. Y entonces tampoco tenéis ningún mecanismo con el que echarnos de menos.

—¡Ésta es la ofensa más grave que pueda imaginarse! —exclamó la señora Ingebrigtsen.

El asesor fiscal le dio la razón.

—De cualquier forma, le cogeremos por injurias. A lo mejor es comunista. Quiere quitarnos todo aquello que apreciamos. Es un canalla. Un malvado grosero...

Tras esto, Alberto y el asesor fiscal se sentaron. Este último estaba rojo de ira. Jorunn y Jorgen vinieron a sentarse a la mesa. Sus ropas estaban sucias y arrugadas. El pelo rubio de Jorunn estaba lleno de barro y tierra.

—Mamá, estoy embarazada —dijo.

—Bueno, pero espera a que llegemos a casa.

En seguida recibió el apoyo de su marido.

—Tendrá que aguantarse. Y si el bautismo es esta noche, tendrá que

arreglárselas ella sola.

Alberto lanzó una seria mirada a Sofía. Ha llegado la hora.

—¿Por qué no nos haces un poco de café antes de irte? —dijo la madre.

—Sí, mamá, lo haré.

Sofía se llevó el termo a la cocina y se puso a hacer más café. Mientras esperaba a que se hiciera el café, dio de comer a los pájaros y a los peces. También entró en el baño para dar una hoja de lechuga a Govinda. Al gato no lo vio, pero abrió una lata grande de comida para gatos y la echó en un plato hondo que puso delante de la puerta. Notó que tenía los ojos humedecidos. Cuando volvió al jardín, se dio cuenta de que la fiesta parecía ya más una fiesta infantil que la de alguien que acabara de cumplir quince años. Había botellas volcadas, habían untado por toda la mesa un trozo de tarta de chocolate, la fuente de los bollos estaba tirada en el suelo. En el momento de salir Sofía, un chico estaba poniendo un petardo en la tarta de nata. Estalló y toda la nata se esparció entre la mesa y los invitados. El más perjudicado fue el traje pantalón de la señora Ingebrigtsen. Lo curioso fue que tanto ella, como todos los demás, lo tomaron con la mayor naturalidad del mundo. Jorunn cogió un gran trozo de tarta de chocolate y le untó la cara a Jorgen. Después, empezó a lamerle. La madre de Sofía y Alberto se habían sentado en el balcón, un poco alejados de los demás. Llamaron a Sofía.

—Por fin habéis podido hablar a solas —dijo Sofía.

—Y tú tenías toda la razón —dijo la madre, entusiasmada—. Alberto es una persona muy generosa. Te dejo en sus fuertes brazos.

Sofía se sentó entre ellos. Dos de los chicos habían logrado llegar al tejado. Una chica se dedicaba a pinchar todos los globos con una horquilla. También llegó en moto un huésped no invitado. Traía vino y aguardiente. Fue recibido por algunos que se prestaron gustosamente a ayudarlo a descargar. El asesor fiscal se levantó de la mesa. Dio unas palmadas y dijo:

—¡Vamos a jugar, niños!

Se aseguró una de las botellas de cerveza, la vació y la colocó en medio de la hierba. Luego volvió a la mesa y cogió las últimas cinco anillas del pastel. Mostró a los invitados cómo había que tirar las anillas por encima de la botella.

—¡Qué pueril! —dijo Alberto—. Tenemos que escaparnos antes de que el mayor ponga el punto final y Hilde cierre la carpeta.

—Entonces vas a tener que recoger todo tú sola, mamá.

—No importa, hijita. Esto no es vida para ti. Si Alberto te puede proporcionar una existencia mejor, nadie se alegrará más que yo.

¿Dijiste que tenía un caballo blanco?

Sofía miró al jardín. Estaba irreconocible. Botellas y huesos de pollo, bollos y globos estaban pisoteados en la hierba.

—Esto fue mi pequeño paraíso —dijo.

—Y ahora serás expulsada del paraíso —contestó Alberto.

Uno de los chicos se había sentado dentro del Mercedes blanco. Arrancó y se precipitó por la puerta cerrada del jardín, entró en el camino de gravilla y bajó al jardín. Sofía notó que alguien la agarraba fuertemente por el brazo. Algo la llevó hacia el Callejón. Oyó la voz de Alberto que decía:

—¡Ahora! Al mismo tiempo, el Mercedes blanco destrozó un manzano. Las manzanas verdes rodaron por el capó.

—¡Esto es demasiado! —gritó el asesor fiscal—. Exijo una sustanciosa indemnización.

Recibió el apoyo incondicional de su encantadora mujer.

—La culpa la tiene ese grosero. ¿Dónde está?

—Es como si se los hubiera tragado la tierra —dijo Helene Amundsen, y lo dijo no sin cierto orgullo.

Se enderezó, se acercó a la mesa manchada y comenzó a recoger algo de la fiesta filosófica del jardín.

—¿Quiere alguien más café?

## Contrapunto

*... dos o más melodías que suenan al mismo tiempo...*

Hilde se incorporó en la cama. Se acabó la historia de Sofía y Alberto. ¿Pero qué había sucedido en realidad? ¿Por qué había escrito su padre ese último capítulo? ¿Había sido sólo para mostrar su poder sobre el mundo de Sofía? Absorta en una profunda meditación se metió en el baño para vestirse. Después de un rápido desayuno, bajó al jardín y se sentó en el balancín.

Estaba de acuerdo con Alberto en que lo único sensato de la fiesta del jardín había sido su discurso. ¿No pensaría su padre que el mundo de Hilde era tan caótico como la fiesta de Sofía? ¿O que también el mundo de ella se disolvería? Y luego estaban Sofía y Alberto. ¿Qué había pasado con el plan secreto? ¿Le tocaba ahora a Hilde inventar el resto? ¿O habían logrado salirse de la historia de verdad? Pero, en ese caso, ¿dónde estaban?

De repente se dio cuenta de algo: si Alberto y Sofía habían logrado salirse de la historia, no pondría nada de eso en las hojas de la carpeta de anillas, porque todo lo que estaba escrito en ella, era de sobra sabido por su padre. ¿Podía haber algo entre líneas? Algo así se había insinuado. Hilde comprendió que tendría que volver a leer toda la historia una y otra vez.

En el instante en que el Mercedes se metía por el jardín, Alberto se llevó a Sofía hasta el Callejón. Luego se fueron corriendo por el bosque hacia la Cabaña del Mayor.

—¡Rápido! —gritó Alberto—. Tiene que ser antes de que comiencen a buscarnos.

—¿Estamos ahora fuera de la atención del mayor?

—Estamos en la región fronteriza.

Cruzaron el lago a remo y se metieron a toda prisa en la Cabaña del Mayor. Una vez en el interior, Alberto abrió una trampilla que daba al sótano. Empujó a Sofía dentro. Todo se volvió negro.

Durante los días siguientes, Hilde continuó trabajando en su propio plan. Envío varias cartas a Anne Kvamsdal en Copenhague, y la llamó un par de veces por teléfono. En Lillesand iba pidiendo ayuda a amigos y conocidos;

casi la mitad de su clase del instituto fue reclutada para la tarea. Entretanto releía *El mundo de Sofía*. Era una historia que había que leer más de una vez. Constantemente se le ocurrían nuevas ideas sobre lo que pudo haberles pasado a Sofía y a Alberto, después de que desaparecieran de la fiesta. El sábado 23 de junio se despertó de pronto sobre las nueve. Sabía que su padre ya había dejado el campamento en el Líbano. Ahora sólo quedaba esperar. Había calculado hasta el último detalle del final del último día de su padre en el Líbano. En el curso de la mañana comenzó con su madre los preparativos para la noche de San Juan. Hilde no podía dejar de pensar en cómo Sofía y su madre también habían estado preparando su fiesta de San Juan. ¿Pero era algo que ya habían hecho? ¿O lo estarían preparando ahora?

Sofía y Alberto se sentaron en el césped delante de dos edificios grandes, con unas ventanas muy feas y conductos de aire en la fachada. Una pareja salía de uno de los edificios; él llevaba una cartera marrón y ella, un bolso en bandolera rojo. Por un pequeño camino al fondo pasó un coche rojo.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Sofía.

—Lo conseguimos.

—¿Pero dónde estamos?

—Se llama Cabaña del Mayor.

—¿Pero... Cabaña del Mayor...?

—Es en Oslo.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Uno de estos edificios se llama Chateau Neuf, que significa «nuevo castillo». Allí se estudia música. El otro edificio es la Facultad de Teología. Más arriba, en la colina, se estudia ciencias, y todavía más arriba se estudian literatura y filosofía.

—¿Hemos salido del libro de Hilde y del control del mayor?

—Sí, las dos cosas. Aquí no nos encontrará jamás.

—¿Pero dónde estábamos cuando corríamos por el bosque?

—Mientras el mayor estaba ocupado en hacer estrellar el coche del asesor fiscal contra un manzano, nosotros aprovechamos la oportunidad para escondernos en el Callejón. Entonces nos encontrábamos en la fase fetal, Sofía. Perteneíamos al viejo y al nuevo mundo a la vez. Pero al mayor no se le ocurrió pensar que podíamos escondernos allí.

—¿Por qué no?

—Entonces no nos habría soltado con tanta facilidad. Todo fue tan sencillo como en un sueño. Claro, que puede ser que él estuviera metido en el plan.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Fue él quien arrancó el Mercedes blanco. Quizás se esforzó al máximo para perdernos de vista. Estaría completamente indignado por todo lo que había pasado...

La joven pareja ya sólo estaba a un par de metros de ellos. A Sofía le daba un poco de vergüenza estar sentada en la hierba con un hombre mucho mayor que ella. Además tenía ganas de que alguien le confirmara lo que había dicho Alberto. Se levantó y se acercó corriendo a ellos.

—Por favor, ¿podéis decirme cómo se llama este sitio?

Pero ni contestaron ni le hicieron caso. A Sofía esto le irritó tanto que insistió:

—No pasa nada por contestar a una pregunta, ¿no?

Aparentemente, el joven estaba explicando algo a la mujer.

—La forma de la composición de contrapunto funciona en dos dimensiones: horizontal o melódicamente, y vertical o armoniosamente. Se trata de dos o más melodías que suenan al mismo tiempo...

—Perdonad que os interrumpa, pero...

—Se simultanean melodías, cada una con valor propio, si bien todas ellas quedan subordinadas a un plan armónico biensonante. Es eso lo que llamamos contrapunto. En realidad significa «nota contra nota».

¡Qué poca vergüenza! Pues no eran ni sordos ni ciegos. Sofía intentó captar su atención por tercera vez, poniéndose en el camino para cerrarles el paso. Simplemente la empujaron hacia un lado.

—Creo que se está levantando viento —dijo la joven.

Sofía volvió corriendo al lado de Alberto.

—¡No me escuchan! —dijo, y al decir esto, se acordó del sueño sobre Hilde y la cruz de oro.

—Ése es el precio que tenemos que pagar. Si nos hemos salido a escondidas de un libro, no podemos esperar tener exactamente los mismos privilegios que el autor del libro. Pero estamos aquí. A partir de ahora no tendremos ni un día más de los que teníamos cuando abandonamos la fiesta filosófica de tu jardín.

—¡Tampoco tendremos nunca un contacto real con la gente que nos rodea!

—Un auténtico filósofo jamás dice «nunca». ¿Tienes reloj?

—Son las ocho.

—Que es la hora que era cuando salimos de tu casa, sí.

—Es hoy cuando el padre de Hilde vuelve del Líbano.

—Por eso tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué?

—¿No tienes interés en saber lo que pasará cuando el mayor llegue a Bjerkely?

—Claro, pero...

—¡Ven!

Empezaron a bajar hacia el centro. Se cruzaban con la gente, pero todo el mundo les pasaba como si fueran aire. Caminaban al lado de los coches aparcados. De pronto Alberto se detuvo delante de un coche deportivo rojo, con la capota plegada.

—Creo que podemos utilizar éste —dijo—. Pero me tengo que asegurar de que es nuestro coche.

—No entiendo nada.

—Entonces tendré que explicártelo. No podemos coger sin más un coche que pertenezca a alguien de esta ciudad. ¿Cómo crees que reaccionaría la gente al descubrir que el coche va sin conductor? Y además, tampoco creo que lo podríamos arrancarlo.

—¿Y el deportivo rojo?

—Creo que lo reconozco de una vieja película.

—Perdona, pero para ser sincera tengo que decirte que todas esas misteriosas insinuaciones están empezando a molestarme.

—Es un coche imaginario, Sofía. Es exactamente como nosotros. La gente sólo ve aquí un lugar vacío. De eso es de lo que nos tenemos que asegurar, antes de ponernos en marcha.

Se pusieron a esperar. Al cabo de unos instantes, llegó un chico montado en bicicleta por la acera. De pronto, pasó a través del coche rojo.

—Ya ves. ¡Es como nosotros!

Alberto abrió la puerta delantera derecha.

—¡Adelante! —dijo, y Sofía se metió en el coche.

Alberto se sentó en el asiento del conductor, la llave estaba puesta, la giró y el coche arrancó. Pronto se encontraban en la carretera hacia el sur. Poco a poco empezaron a ver grandes hogueras de San Juan.

—Estamos en la noche de San Juan, Sofía. Es maravilloso, ¿verdad?

—Y el viento sopla fuerte en los coches descapotables. ¿Es verdad que nadie nos ve?

—Sólo aquellos que son como nosotros. Quizás nos encontremos con alguno de ellos. ¿Qué hora es?

—Las ocho y media.

—Entonces tenemos que coger un atajo; no podemos seguir detrás de este camión.

Alberto se metió en un campo de trigo. Sofía miró hacia atrás y vio que dejaban tras ellos una ancha franja de mieses aplastadas.

—Mañana dirán que ha sido el viento, que ha pasado por el campo —dijo Alberto.

El mayor Albert Knag había aterrizado en Kastrup, el aeropuerto de

Copenhague. Eran las cuatro y media del sábado 23 de junio. El día había sido muy largo. La penúltima etapa del viaje la había hecho en avión desde Roma. Pasó el control de pasaportes vestido con ese uniforme de las Naciones Unidas del que siempre había estado tan orgulloso. No se representaba sólo a sí mismo, tampoco representaba sólo a su propio país. Albert Knag representaba un sistema de derecho internacional, y una tradición de siglos que ahora abarcaba todo el planeta. Llevaba una pequeña bolsa en bandolera, el resto del equipaje lo había facturado desde Roma. Sólo tuvo que presentar su pasaporte rojo.

—¿Nada que declarar?

El mayor Albert Knag tenía que pasar tres horas en Kastrup, a la espera de que saliera el avión para Kristiansand. Podría comprar algunos regalos para la familia. Hacía casi dos semanas había enviado a Hilde el regalo más grande que había hecho jamás. Marit lo había dejado sobre su mesilla para que lo tuviera al despertarse en su cumpleaños. Albert no había hablado con Hilde después de la llamada de aquella noche. Albert se compró algunos periódicos noruegos. Pero sólo le había dado tiempo a echar un vistazo a los titulares cuando escuchó algo por los altavoces: "Comunicado personal para el señor Albert Knag. Se ruega al señor Albert Knag que se presente en el mostrador de la SAS".

¿Qué sería? Albert sintió que una oleada de miedo le subía por la espalda. ¿No le mandarían de nuevo al Líbano? ¿Habría sucedido algo en casa? Se presentó en seguida en el mostrador de información.

—Soy Albert Knag.

—¡Tenga! Es urgente.

Abrió el sobre inmediatamente. Dentro había un sobre más pequeño. Y en ese sobre ponía: «Mayor Albert Knag c/o Información de SAS, Aeropuerto de Kastrup, Copenhague». Albert estaba nervioso. Abrió el pequeño sobre y encontró una notita:

*Querido papa. Te doy la bienvenida. Como ves, no podía aguantar hasta que llegaras a casa. Perdona que te haya hecho llamar por los altavoces. Era lo más sencillo.*

*P.S. Desgraciadamente, ha llegado una demanda de indemnización del asesor fiscal Ingebrigtsen por el percance ocurrido a un Mercedes robado.*

*P.S.P.S. Quizás esté sentado en el jardín cuando llegues. Pero también puede ser que sepas algo más de mí antes.*

*P.S.P.S.P.S. Tengo miedo de quedarme demasiado tiempo en el jardín. En esos sitios es muy fácil hundirse en el suelo.*

*Un abrazo de Hilde, que ha tenido mucho tiempo para preparar tu regreso.*

Albert Knag sonrió ligeramente, pero no le gustaba ser manipulado de esa manera. Siempre había apreciado llevar un buen control sobre su propia vida. Y ahora esa pequeña hija suya estaba dirigiendo desde su casa, en Lillesand, los movimientos de su padre en el aeropuerto de Copenhague. ¿Cómo lo había conseguido?

Metió el sobre en un bolsillo de la camisa y empezó a pasear por las galerías comerciales. Al entrar en la tienda donde vendían alimentos típicos de Dinamarca, vio un pequeño sobre que estaba pegado al cristal de la puerta. «MAYOR KNAG», ponía en el sobre, escrito con un rotulador gordo. Albert despegó el sobre y lo abrió:

*Mensaje personal al mayor Albert Knag c/o Alimentos de Dinamarca. Aeropuerto de Kastrup.*

*Querido papá, me gustaría que nos compraras un salami danés grande, de dos kilos si puede ser. Y a mamá seguro que le gustará un fuet al coñac.*

*P.S. El caviar de Limfjord tampoco se despreciará.*

*Abrazos, Hilde.*

Albert miró a su alrededor. ¿No estaría Hilde cerca? ¿No le habría regalado Marit un viaje a Copenhague para que se encontrara con él allí? Era la letra de Hilde... De pronto, el observador de las Naciones Unidas empezó a sentirse el mismo observado. Tenía la sensación de que todo lo que hacía estaba dirigido por control remoto. Se sintió como un muñeco en manos de un niño.

Entró en la tienda y compró un salami de dos kilos, un fuet al coñac y tres frasquitos de caviar de Limfjord. Luego continuó su paseo por las galerías comerciales. Quería comprarle un buen regalo de cumpleaños a Hilde. ¿Estaría bien una calculadora? ¿O una pequeña radio? Sí, eso... Al entrar en la tienda de electrónica, vio que también allí había un sobre pegado al cristal del escaparate. «Mayor Albert Knag c/o la tienda mas interesante de Kastrup», ponía. En una notita dentro del sobre blanco, leyó el siguiente mensaje:

*Querido papá. Muchos recuerdos para ti de Sofía, que también quiere darte las gracias por una radio con FM y con un mini-televisor que le regaló su generosísimo papá. Demasiado generoso, pero, por otra parte, una simple nimiedad. No obstante, tengo que admitir que comparto el interés de Sofía por las nimiedades.*

*P.S. Si no has estado aún, hay mas instrucciones en la tienda de alimentación y en la tienda libre de impuestos, donde venden vinos y tabaco.*

*P.S.P.S. Me regalaron algo de dinero para mi cumpleaños, de modo que puedo contribuir con 350 coronas para el mini-televisor.*

*Abrazos de Hilde, que ya ha rellenado el pavo y hecho la ensalada de Waldorf.*

El mini-televisor costó 985 coronas danesas. Y sin embargo podría considerarse una nimiedad, en comparación con cómo se sentía Albert Knag por dentro, al ser dirigido a todas partes por los astutos caprichos de su hija. ¿Estaba ella allí o no?

Ahora miraba hacia todos los lados. Se sentía como un espía y como una marioneta a la vez. ¿Había perdido su libertad? Entonces también tendría que ir a la tienda grande libre de impuestos. Allí había, en efecto, otro sobre blanco con su nombre. Era como si todo el aeropuerto se hubiera transformado en un juego de ordenador en el que él era la mecha. En la notita ponía:

*Mayor Knag c/o la gran tienda libre de impuestos de Kastrup. Todo lo que pido aquí es una bolsa de gominolas y un par de cajitas de mazapán de Anton Berg. ¡Recuerda que todas esas cosas son muy caras en Noruega! Si no recuerdo mal, a mamá le gusta mucho el Campari.*

*P.S. Ten tus sentidos bien abiertos durante todo el viaje de vuelta. Supongo que no querrás perderte ningún mensaje importante.*

*Abrazos de tu hija Hilde, que aprende con mucha rapidez.*

Albert suspiró con resignación, pero entró en la tienda y cumplió con la lista de compras. Con tres bolsas de plástico y su bolsa en bandolera, se acercó a la puerta 28 para esperar el embarque. Si había más notitas, allí se quedarían. Pero sobre una columna, en la puerta 28 había otro sobrecito blanco: "Al mayor Albert Knag, puerta 28, aeropuerto de Kastrup". También ésta era la letra de Hilde, pero el número de la puerta parecía añadido y escrito con otra letra. No era fácil hacer averiguaciones, porque no tenía ninguna otra letra con la que comparar, solo números contra letras.

Se sentó en un asiento con la espalda pegada a una ancha pared. El orgulloso mayor se quedó aséntado, mirando fijamente al aire como si fuera un niño pequeño que viajaba solo por primera vez en la vida. Si ella estuviera allí, al menos no tendría el gusto de encontrarle a él primero. Miraba pusilánimemente a los pasajeros conforme iban llegando. A ratos se sentía como un enemigo de la seguridad del reino. Cuando empezaron a embarcar,

suspiró aliviado; él fue el último en entrar en el avión. En el momento de entregar la tarjeta de embarque, cogió otro sobre que había pegado al mostrador.

Sofía y Alberto habían pasado ya el puente de Brevik, y un poco más tarde la salida para Kragero.

—Vas a 180 —dijo Sofía.

—Son casi las nueve. Ya no falta mucho para que aterrice en el aeropuerto de Kjevik, y a nosotros no nos pararán en ningún control de tráfico.

—¿Y si chocamos?

—Si es con un coche normal no pasa nada. Pero si es con uno de los nuestros...

—¿Sí?

—Entonces tendríamos que tener cuidado.

—No es fácil adelantar a nadie por aquí, hay árboles por todas partes.

—No importa, Sofía. ¿Cuándo te vas a enterar? Dicho esto, Alberto se salió de la carretera, se metió por el bosque y atravesó los espesos árboles. Sofía suspiró aliviada.

—¿Qué susto me has dado?

—Ni siquiera nos enteraríamos si atravesáramos una pared de acero.

—Eso significa que somos simplemente unos ligeros espíritus respecto del entorno.

—No, lo estás viendo al revés. Es la realidad de nuestro entorno la que es para nosotros un ligero cuento .

—Me lo tendrás que explicar más a fondo.

—Entonces escúchame bien. Hay un extendido malentendido acerca de que el espíritu es algo más «ligero» que el vapor de agua. Pero es al contrario. El espíritu es más sólido que el hielo.

—Nunca se me había ocurrido.

—Entonces te contaré una historia. Érase una vez un hombre que no creía en los ángeles . No obstante, recibió un día la visita de un ángel, mientras estaba trabajando en el bosque.

—¿Sí?

—Caminaron juntos un trecho. Al final, el hombre se volvió hacia el ángel y dijo: «Bueno, he de admitir que los ángeles existen. Pero no existís de verdad como nosotros». «¿Qué quieres decir con eso?», preguntó el ángel. Y el hombre contestó: «Al llegar a una piedra grande yo he tenido que rodearla, pero me he dado cuenta de que tú simplemente la has atravesado. Y cuando nos encontramos con un gran tronco de árbol caído sobre el sendero, yo tuve que ponerme a gatas

para pasarlo, pero tú lo atravesaste sin más». El ángel se quedó muy sorprendido al oír esto y dijo: «¿No te diste cuenta de que también pasamos por un pequeño pantano, y de que los dos nos deslizamos a través de la niebla? Eso es porque los dos tenemos una consistencia más sólida que la niebla».

—Ah...

—Lo mismo pasa con nosotros, Sofía. El espíritu puede atravesar puertas de acero. Ni tanques ni bombarderos pueden destrozar algo hecho de espíritu.

—Qué curioso.

—Pronto pasaremos Riser, y sólo hace una hora que salimos de Oslo. Me está apeteciendo un café.

Llegaron a Fiane y se encontraron a su izquierda con una cafetería que se llamaba Cinderella. Alberto se salió de la carretera y aparcó el coche en el césped. En la cafetería, Sofía intentó coger una botella de coca-cola del mostrador frigorífico, pero no pudo moverla. Estaba como pegada. Luego, Alberto intentó sacar café en un vaso de plástico que había encontrado en el coche; sólo tenía que bajar una palanquita, pero aunque se esforzó al máximo, no fue capaz de moverla. Se enfadó tanto, que se dirigió a los demás clientes pidiendo ayuda. Como nadie reaccionaba, se puso a gritar tan fuerte que Sofía tuvo que taparse los oídos:

—¡Quiero café!

Su enfado no iba muy en serio, porque en seguida se estaba tronchando de risa.

—Ellos no pueden oírnos, y nosotros tampoco podemos servirnos en sus cafeterías, claro.

Estaban a punto de marcharse, cuando una anciana se levantó de una silla y se acercó a ellos. Llevaba una falda de un color rojo chillón, una chaqueta azul de punto, y un pañuelo blanco en la cabeza. Tanto sus colores como su figura eran, de alguna manera, más nítidos que todo lo demás en la pequeña cafetería. La anciana se acercó a Alberto y dijo:

—Pero chico, sí que gritas.

—Perdone.

—¿Quieres café, no?

—Sí, pero...

—Tenemos un pequeño establecimiento aquí al lado.

Acompañaron a la mujer por un pequeño sendero detrás del café. Mientras iban andando, ella preguntó:

—¿Sois nuevos por aquí?

—Tendremos que admitir que sí —contestó Alberto.

—Bueno, bueno, bienvenidos a la eternidad, hijos míos.

—¿Y usted?

—Yo vengo de un cuento de la colección de los hermanos Grimm, de hace casi doscientos años. ¿Y de dónde proceden los recién llegados?

—Venimos de un libro de filosofía. Yo soy el profesor de filosofía, Sofía es mi alumna.

—Ji, ji, eso es una novedad.

Salieron a un claro en el bosque. Allí había varios edificios muy bonitos. En un patio abierto, entre dos casas, se había encendido una gran hoguera y alrededor de la hoguera había un montón de gente variopinta. Sofía reconoció a muchos de ellos. Allí estaba Blancanieves y algunos de los enanos, Ceniciento y Sherlock Holmes, Peter Pan y Pipi Calzaslargas, y también Caperucita Roja y Cenicienta. Alrededor de la hoguera se habían congregado muchas figuras muy queridas pero que no tenían nombre: gnomos y elfos, faunos y brujas, ángeles y diablillos. Sofía también vio por allí a un auténtico troll.

—¡Qué lío! —exclamó Alberto.

—Bueno, es la noche de San Juan —contestó la anciana—. No hemos tenido un encuentro como éste desde la Noche de Walpurgis. La celebramos en Alemania. Yo estoy pasando aquí unos días para devolver la visita. Querías café, ¿no?

—Sí, por favor.

Ahora Sofía se dio cuenta de que todas las casas estaban hechas de masa de pastel, azúcar quemada y adornos pasteleros. Algunos de los personajes se servían directamente de las casas. Pero había por allí una pastelera que iba reparando los daños conforme se iban produciendo. Sofía cogió un trozo de tejado. Le supo mejor y más dulce que todo lo que había probado a lo largo de su vida. La mujer volvió en seguida con una taza de café.

—Muchas gracias —dijo Alberto.

—¿Y qué queréis pagar por el café?

—¿Pagar?

—Solemos pagar con una historia. Por el café basta con un trocito.

—Podríamos contar toda la increíble historia de la humanidad —dijo Alberto—. Pero lo malo es que tenemos muchísima prisa. ¿Podemos volver y pagar en otra ocasión?

—Claro que sí. ¿Por qué tenéis tanta prisa?

—Bueno, ha sido agradable ver caras nuevas. Pero deberíais cortar pronto el cordón umbilical. Nosotros ya no dependemos de la carne y de la sangre de cristianos. Pertenece al «pueblo invisible».

Un poco más tarde, Sofía y Alberto estaban de vuelta en el césped,

delante del café Cinderella. Justo al lado del pequeño deportivo rojo, había una madre muy nerviosa que estaba ayudando a su pequeño hijo a hacer pis. Cogiendo un par de atajos espontáneos por sitios insólitos, no tardaron mucho en llegar a Lillesand.

El vuelo SK-876, procedente de Copenhague, aterrizó en Kjevik a las 21.35, como estaba previsto. Mientras el avión salía del aeropuerto de Copenhague, el mayor abrió el último sobre que había encontrado en el mostrador de embarque. En una notita dentro del sobre ponía:

*Al comandante Knag, en el momento en que entrega la carta de embarque en Kastrup, la noche de San Juan de 1990.*

*Querido Papá. A lo mejor pensabas que iba aparecer en Copenhague. No papá, mi control sobre ti es más complicado que eso. Te veo por todas partes, papá. He ido a ver a una familia gitana tradicional, que una vez, hace muchísimos años, vendió un espejo mágico de latón a mi bisabuelo. Ahora también he conseguido un bola de cristal. En este momento estoy viendo que acabas de sentarte en el avión. Te recuerdo que te ajustes el cinturón de seguridad y que mantengas el respaldo del asiento recto, hasta que se haya apagado la señal de "abróchense los cinturones". En cuanto el avión esté en el aire, podrás reclinar el asiento y echarte un sueño. Debes estar descansado cuando llegues a casa. El tiempo aquí en Lillesand es inmejorable, pero la temperatura es algo más baja que en el Líbano. Te deseo un buen viaje.*

*Abrazos de tu hija bruja, la Reina del espejo y la mayor protectora de la Ironía.*

Albert no había podido determinar del todo si estaba enfadado o simplemente cansado y resignado. Pero de pronto se echó a reír. Se reía tan ruidosamente que los pasajeros se volvieron hacia él para mirarle. Entonces el avión despegó.

En realidad Hilde le había dado a probar su propia medicina. ¿Pero no había una diferencia importante? Su medicina había caído principalmente sobre Sofía y Alberto, y ellos no eran más que imaginación. Hizo como Hilde le había sugerido. Echó el asiento hacia atrás y se dispuso a dormir un rato. No se volvió a despertar del todo hasta después de haber pasado el control de pasaportes. Fuera, en el gran vestíbulo del aeropuerto de Kjevik, se encontró con una manifestación.

Eran ocho o diez personas, la mayoría de la edad de Hilde. En sus pancartas

ponía: «BIENVENIDO A CASA, PAPÁ», «HILDE TE ESPERA EN EL JARDIN» y LA IRONÍA EN MARCHA».

Lo peor era que no podía meterse en un taxi rápidamente, porque tenía que esperar al equipaje. Mientras tanto, los amigos de Hilde pasaban por delante de él, obligándole a leer los carteles una y otra vez. Pero se derritió cuando una de las chicas se acercó a él con un ramo de rosas. Albert buscó en una de las bolsas y dio una barra de mazapán a cada uno de los manifestantes. Sólo quedaban dos para Hilde. Cuando llegó el equipaje por la cinta, apareció un joven que le explicó que estaba bajo el mando de la Reina del Espejo y que tenía órdenes de llevarle a Bjerkely. Los demás manifestantes desaparecieron entre la multitud. Cogieron la carretera E-18. En todos los puentes y entradas a túneles había carteles y banderitas con distintos textos: «¡Bienvenido a casa!», «El pavo espera».

Albert Knag suspiró aliviado y dio al conductor un billete de cien coronas y tres botes de cerveza Elephant de Carlsberg, cuando el coche paró delante de la verja de Bjerkely. Fue recibido por su mujer Marit delante de la casa. Tras un largo abrazo, preguntó:

—¿Dónde está?

—Está sentada en el muelle, Albert.

Alberto y Sofía aparcaron el deportivo rojo en la plaza de Lillesand, delante del Hotel Norge. Eran las diez y cuarto. Vieron una gran hoguera en uno de los islotes de la bahía.

—¿Cómo vamos a encontrar Bjerkely? —preguntó Sofía.

—Buscando. Supongo que recordarás la pintura de la Cabaña del Mayor.

—Pero tenemos que darnos prisa. Quiero estar allí antes de que él llegue.

Empezaron a dar vueltas por pequeñas carreteras, pero también pasaron por piedras y montículos. Lo que si sabían es que Bjerkely estaba al lado del mar.

De pronto Sofía gritó.

—¡Allí está! Lo hemos encontrado.

—Creo que tienes razón, pero no grites tanto.

—Pero si nadie puede oírnos.

—Querida Sofía, después de ese largo curso de filosofía me decepciona que saques conclusiones tan apresuradamente.

—Pero...

—¿No creeras que este lugar está totalmente carente de gnomos, trolls y hadas buenas?

—Ah, perdona.

Atravesaron la verja y subieron por el caminito de grava delante de la casa. Alberto aparcó el coche en el césped, junto al balancín. Un poco más abajo había una mesa puesta para tres personas.

—¡La veo! —susurró Sofía—. Está sentada en el borde del muelle, igual que en el sueño.

—¿Ves cómo se parece este jardín al tuyo?

—Sí, es verdad. Con balancín y todo. ¿Puedo acercarme a ella?

—Claro que sí. Yo me quedo aquí...

Sofía bajó corriendo al muelle. Estuvo a punto de tropezar con Hilde, pero la esquivó y se sentó tranquilamente a su lado. Hilde estaba manoseando una cuerda de la barca de remos, que estaba amarrada al muelle. En la mano izquierda tenía un papel con anotaciones. Era evidente que estaba esperando. Miró varias veces el reloj.

A Sofía le pareció muy hermosa. Tenía el pelo largo, rubio y rizado. Y sus ojos eran de un verde intenso. Llevaba puesto un vestido de verano amarillo. Le recordaba un poco a Jorunn. Sofía intentó hablarle, aunque sabía que no serviría de nada.

—¡Hilde! ¡Soy Sofía! Hilde no daba señales de haber oído nada. Sofía se puso de rodillas y le gritó al oído:

—¿Me oyes, Hilde? ¿Estás ciega y sorda?

¿Se volvió interrogante la mirada de Hilde? ¿Era una pequeña señal de que había oído algo, por muy débil que fuese? Luego se giró y miró directamente a los ojos de Sofía. No enfocó del todo la mirada, era como si mirase a través de ella.

—No tan alto, Sofía.

Era Alberto el que hablaba desde el deportivo.

—Prefiero el jardín lleno de sirenas.

Sofía se quedó muy quieta. Se sentía bien estando tan cerca de Hilde. De pronto se oyó una voz muy grave de hombre: «¡Hildecita!». Era el mayor, en uniforme y con boina azul. Estaba arriba en el jardín. Hilde se levantó rápidamente y fue corriendo hacia él. Se encontraron entre el balancín y el deportivo rojo. Él la cogió en brazos, y empezó a dar vueltas.

Hilde se había sentado en el muelle para esperar a su padre. Cada cuarto de hora que pasaba desde que él había aterrizado en Kastrop, ella había intentado imaginarse dónde estaría, lo que haría y cómo reaccionaría; tenía anotado todo el horario en un papelito que había llevado en la mano todo el día. ¿Se enfadaría? No podía pensar que todo volvería a ser como antes, después de haberle escrito un libro tan misterioso. Volvió a mirar el reloj. Eran las diez y



cuarto. Podía llegar en cualquier momento. ¿Pero qué era eso? ¿No oía como un débil rumor, exactamente igual que en el sueño de Sofía?

Se volvió bruscamente. Había algo allí, de eso estaba segura, pero no sabía qué. ¿Podría ser la noche de verano? Durante unos instantes, tuvo miedo de ser vidente.

—¡Hildecita! Tuvo que volverse en dirección contraria. Era papá. Estaba arriba en el jardín. Hilde se levantó y fue corriendo hacia él. Se encontraron junto al balancín. El la cogió en brazos y empezó a dar vueltas. Hilde empezó a llorar, y también el mayor tuvo que tragarse las lágrimas.

—Pero si estás hecha una mujer, Hilde.

—Y tu estás hecho un inventor de historias.

Hilde se secó las lágrimas con las mangas del vestido amarillo.

—¿Podemos decir que estamos en paz? —preguntó ella.

—Estamos en paz.

Se sentaron a la mesa. Lo primero que pidió Hilde fue una descripción detallada de lo que había sucedido en Kastrup y durante el camino de vuelta. Todo fue recibido con grandes risas.

—¿No viste el sobre de la cafetería?

—No tuve ni tiempo para sentarme a tomar algo, pesada. Ahora estoy hambriento.

—Pobre papá.

—¿Era una broma lo del pavo?

—En absoluto. Yo lo he preparado y mamá lo va a servir.

Luego hablaron detalladamente de la carpeta de anillas y de la historia sobre Alberto y Sofía. Pronto estuvieron sobre la mesa el pavo y la ensalada Waldorf, el vino rosado y el pan trenzado hecho por Hilde. El padre estaba diciendo algo sobre Platón, cuando de pronto fue interrumpido por Hilde.

—¡Calla!

—¿Qué pasa?

—¿No has oído? Es como si alguien estuviera silbando...

—No...

—Estoy segura de haber oído algo. Bueno, será un ratón.

Lo último que dijo el padre antes de que la madre volviera con el vino fue:

—Pero el curso de filosofía no está totalmente acabado.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Esta noche te hablaré del espacio.

Antes de empezar a comer, el padre dijo:

—Hilde ya está muy grande para estar sentada sobre mis rodillas. ¡Pero tú no!

Y dicho esto, capturo a Marit y la sentó sobre sus rodillas.

—Pensar que tienes ya casi cuarenta años...

Después de que Hilde se hubiera ido corriendo al encuentro de su padre, Sofía notó que las lágrimas estaban a punto de brotarle. ¡No la alcanzaría nunca! Sofía sentía envidia de Hilde, que podía ser un ser humano de carne y hueso. Cuando Hilde y el mayor se hubieron sentado a la mesa, Alberto tocó el claxon del coche. Sofía levantó la cabeza. ¿No hizo Hilde lo mismo? Subió al coche y se sentó al lado de Alberto.

—¿Nos quedamos un rato mirando lo que pasa? —dijo.

Sofía asintió con la cabeza.

—¿Has llorado?

Volvió a asentir con la cabeza.

—¿Pero qué pasa?

—Ella tiene mucha suerte de poder ser una persona «de verdad». Ahora crecerá y se hará una mujer «de verdad». Y seguro que también tendrá hijos «de verdad».

—Y nietos, Sofía. Pero todo tiene dos caras. Eso es algo que he procurado enseñarte desde el principio del curso de filosofía.

—¿En qué estás pensando?

—Yo opino, como tú, que ella es muy afortunada. Pero a quien le toca la lotería de la vida también le toca la de la muerte. Pues la condición humana es la muerte.

—¿Pero no es al fin y al cabo mejor haber vivido, que no vivir nunca de verdad?

—Nosotros no podemos vivir como Hilde... bueno, o como el mayor. En cambio no moriremos nunca. ¿No te acuerdas de lo que dijo la anciana en el bosque? Pertenece al «pueblo invisible». También dijo que tenía casi doscientos años. Pero en aquella fiesta de San Juan vi a algunos personajes que tienen más de tres mil...

—Quizás lo que más envidie de Hilde sea su... su vida en familia.

—Pero tú también tienes una familia. ¿No tienes un gato, un par de pájaros, una tortuga...?

—Pero ya abandonamos esa realidad.

—De ninguna manera. Sólo la ha abandonado el mayor. Ha puesto punto final, hija mía. Y nunca nos volverá a encontrar.

—¿Quieres decir que podemos volver?

—Todo lo que queramos. Pero también nos vamos a encontrar con nuevos amigos en el bosque, detrás del café Cinderella.

La familia Møller Knag se sentó a cenar. Por un instante, Sofía tuvo miedo de que la cena se desarrollara en la misma dirección que la fiesta filosófica en el jardín del Camino del Trébol, porque daba la impresión de

que el mayor iba a tumbar a Marit en la mesa. Pero en lugar de eso, Marit cayó encima de las rodillas de su marido. El coche estaba aparcado a cierta distancia de la familia, que en ese momento estaba cenando. Sólo a intervalos lograban oír lo que se decía. Sofía y Alberto se quedaron sentados mirando al jardín, y tuvieron tiempo para hacer un largo resumen de la infeliz fiesta filosófica.

Alrededor de medianoche, la familia se levantó de la mesa. Hilde y el mayor se dirigieron hacia el balcón. Hicieron señas a la madre, que se encaminaba a la casa blanca.

—Tú acuéstate, mamá. Tenemos mucho de qué hablar.

## La Gran explosión

*...también nosotros somos polvo de las estrellas...*

Hilde se acomodó en el balcón muy pegada a su padre. Eran casi las doce. Se quedaron mirando la bahía, mientras alguna que otra estrella pálida se dibujaba en el cielo. Suaves olas golpeaban las piedras debajo del muelle. El padre rompió el silencio:

—Resulta extraño pensar que vivimos en un pequeño planeta en el universo.

—Sí.

—La Tierra es uno de los muchos planetas que se mueven describiendo una órbita alrededor del sol. Pero sólo la Tierra es un planeta vivo.

—¿Y quizás el único en todo el universo?

—Sí, es posible. Pero también puede ser que el universo esté lleno de vida, porque el universo es inmenso. Y las distancias son tan enormes que las medimos en minutos luz y años luz.

—¿Y eso qué significa en realidad?

—Un minuto luz es la distancia que recorre la luz en un minuto. Y eso es mucho, porque la luz viaja por el universo a 300.000 kilómetros en sólo un segundo. Un minuto luz es, en otras palabras, 300.000 por 60, o 18 millones de kilómetros. Un año luz es por tanto casi diez billones, con b, de kilómetros

—¿A qué distancia está el sol?

—Un poco más de ocho minutos luz. Los rayos del sol que nos calientan las mejillas en un cálido día de junio han viajado por el universo durante ocho minutos antes de llegar a nosotros.

—¡Sigue!

—La distancia a Plutón, que es el planeta más lejano de nuestro sistema solar; es de más de cinco horas luz desde nuestro propio planeta. Cuando un astrónomo mira a Plutón en su telescopio, en realidad ve cinco horas hacia atrás en el tiempo. También podríamos decir que la imagen de Plutón emplea cinco horas en llegar hasta aquí.

—Es un poco difícil imaginárselo, pero creo que entiendo lo que dices.

—Muy bien, Hilde. Pero sólo estamos empezando a orientarnos, ¿sabe? Nuestro propio sol es uno entre 400.000 millones de otros astros de una galaxia

que llamamos Vía Láctea. Esta galaxia se parece a un gran disco en el que nuestro propio sol está situado en uno de sus varios brazos en espiral. Si miramos el cielo estrellado una noche despejada de invierno, vemos un ancho cinturón de estrellas. Eso se debe a que miramos hacia el centro de la Vía Láctea.

—Será por eso por lo que en sueco la Vía Láctea se llama Calle del Invierno.

—La distancia a nuestra estrella más próxima de la Vía Láctea es de cuatro años luz. Tal vez es la que vemos sobre el islote allí enfrente. Imagínate que en este momento hay alguien allí arriba que mira por un potente telescopio hacia Bjerkely; entonces vería Bjerkely tal como era hace cuatro años. Quizás viera a una niña de once años sentada en este balancín balanceando las piernas.

—Me dejas atónita.

—Pero ésa es sólo la estrella vecina mas cercana. Toda la galaxia, o la "nebulosa", como también la llamamos, tiene una dimensión de 90.000 años luz. Eso significa que la luz emplea ese número de años para llegar de un extremo de la galaxia a otro. Cuando dirigimos nuestra mirada a una estrella de la Vía Láctea que esté a 50.000 años luz de nuestro propio planeta, entonces miramos 50.000 años hacia atrás en el tiempo.

—Este pensamiento es demasiado grande para una cabecita tan pequeña como la mía.

—La única manera que tenemos de mirar hacia el universo es mirando hacia atrás en el tiempo. No sabremos nunca cómo es aquello en el universo. Sólo sabemos cómo era. Cuando miramos una estrella que está a miles de años luz, viajamos en realidad miles de años hacia atrás en la historia del universo.

—Es completamente inconcebible.

—Pero todo lo que vemos llega a nuestro ojo como ondas de luz. Y estas ondas emplean tiempo en viajar por el espacio. Podemos hacer una comparación con los truenos. Siempre escuchamos los truenos unos instantes después de ver el rayo. Eso se debe a que las ondas del sonido se mueven más lentamente que las ondas de luz. Cuando oigo un trueno, estoy oyendo el ruido de algo que ocurrió hace un rato. Lo mismo ocurre con las estrellas. Cuando miro una estrella que se encuentra a miles de años luz de nosotros, veo el «trueno» de un suceso que se encuentra miles de años hacia atrás en el tiempo.

—Entiendo.

—Hasta ahora sólo hemos hablado de nuestra propia galaxia. Los astrónomos piensan que hay aproximadamente cien mil millones de galaxias como ésta en el universo, y cada una de estas galaxias la componen unos cien mil millones de estrellas. La galaxia vecina más próxima a la Vía Láctea es la que

llamamos Nebulosa de Andrómeda. Está a dos millones de años luz de nuestra propia galaxia. Como ya hemos visto, esto significa que la luz de esta galaxia necesita dos millones de años para llegar hasta nosotros, lo que a su vez significa que miramos dos millones de años hacia atrás en el tiempo cuando vemos la nebulosa de Andrómeda allí muy arriba en el firmamento. Si hubiera un astrónomo listo en esa nebulosa, y me imagino uno astuto que en este mismo momento está dirigiendo su telescopio hacia la Tierra, no nos vería a nosotros. En el mejor de los casos vería unos prehombres, de frente plana.

—Sigo atónita.

—Las galaxias más lejanas cuya existencia se conoce hoy, se encuentran a unos diez mil millones de años luz de nosotros. Cuando captamos señales de esas galaxias, miramos diez mil millones de años hacia atrás en la historia del universo. Eso es más o menos el doble del tiempo que ha existido nuestro propio sistema solar.

—Me mareas.

—En sí es muy difícil concebir lo que quiere decir mirar tan atrás en el tiempo. Pero los astrónomos han encontrado algo que tiene aún más importancia para nuestra visión del mundo.

—¡Cuéntame!

—Resulta que ninguna de las galaxias del universo esta quieta. Todas las galaxias del universo se van alejando las unas de las otras a una enorme velocidad. Cuanto más lejos se encuentran de nosotros, mas rápido parece que se mueven. Esto significa que la distancia entre las galaxias se hace cada vez mayor.

—Intento imaginármelo.

—Si tienes un globo y pintas puntitos negros en él, los puntitos se irán alejando lentamente los unos de los otros conforme vayas hinchando el globo.

—¿A que se debe eso?

—La mayoría de los astrónomos están de acuerdo en que la expansión del universo sólo puede tener una explicación. Una vez, hace aproximadamente 15 mil millones de años, toda la materia del universo estaba concentrada en una pequeña zona. La materia era tan compacta que la gravedad la calentó enormemente. Finalmente estaba tan caliente y era tan compacta que estalló. Este estallido lo llamamos la gran explosión, en inglés big bang.

—Sólo pensar en ello me hace temblar.

—La gran explosión hizo que toda la materia del universo fuese lanzada en todas las direcciones, y conforme la materia se iba enfriando, se formaban estrellas y galaxias, lunas y planetas.

—¿Pero dijiste que el universo sigue ampliándose?

—Y eso se debe precisamente a aquella explosión que tuvo lugar hace miles de millones de años. Porque el universo no tiene una geografía eterna. El universo es un acontecimiento. El universo es una explosión. La galaxias siguen alejándose las unas de las otras a una enorme velocidad.

—¿Y así continuarán eternamente?

—Es una posibilidad. Pero también existe otra posibilidad. A lo mejor recuerdas que Alberto le habló a Sofía de las dos fuerzas que hacen que los planetas se mantengan en órbitas constantes alrededor del sol.

—La gravedad y la inercia, ¿no?

—Así es también la relación entre las galaxias. Porque aunque el universo sigue expandiéndose, la gravedad actúa en sentido contrario. Y un día, tal vez dentro de unos miles de millones de años, quizás la gravedad haga que los astros se vuelvan a reunir, conforme las fuerzas de la gran explosión empiecen a menguar. Entonces tendremos una explosión inversa, llamada implosión. Pero las distancias son tan enormes que ocurrirá a cámara lenta. Puedes compararlo con lo que pasa cuando soltamos el aire de un globo.

—¿Todas las galaxias volverán a ser absorbidas otra vez en un núcleo compacto?

—Sí, lo has entendido. ¿Pero qué pasará luego?

—Entonces tendrá que haber una nueva explosión, que haga que el universo se vuelva a expandir. Porque las mismas leyes de la naturaleza seguirán en vigor. De esa manera se formarán nuevas estrellas y galaxias.

—Correcto. En cuanto al futuro del universo, los astrónomos se imaginan dos posibilidades: o bien el universo continuará expandiéndose para siempre, de modo que gradualmente habrá cada vez más distancia entre las galaxias, o bien el universo comenzará a encogerse de nuevo. Lo que es decisivo para lo que va a ocurrir es cuanto es el peso o la masa del universo. Y sobre este punto los astrónomos no tienen todavía conocimientos muy seguros.

—Pero si el universo es tan pesado que un día empieza a encogerse, ¿a lo mejor se ha expandido y encogido muchísimas veces ya?

—Ésa es una conclusión natural. Pero en este punto el pensamiento se divide en dos. También puede ocurrir que la expansión del universo sea algo que sólo ocurra una vez. Pero si el universo sigue expandiéndose eternamente, la pregunta de cómo empezó todo se hace más apremiante.

—¿Porque cómo surgió toda la materia que de repente estalló?

—Para un creyente puede resultar natural considerar «la gran explosión» como el propio momento de la Creación. En la Biblia pone que Dios dijo: «Hágase la luz». Recordarás que Alberto señaló que la religión cristiana tiene una visión «lineal», de la Historia. Desde una fe cristiana en la Creación,

conviene más pensar que el universo se seguirá expandiendo.

—¿Sí?

—En Oriente han tenido una visión cíclica de la Historia. Es decir, que la historia se repite eternamente. En la India existe por ejemplo una vieja doctrina según la cual el mundo constantemente se desdobra para luego volverse a empaquetar. Así se alterna entre lo que los hindúes llaman «Día de Brahmán», y «Noche de Brahmán». Esta idea armoniza mejor, naturalmente, con que el universo se expanda y se encoja, para volver a expandirse después, en un eterno proceso «cíclico». Me lo imagino como un gran corazón cósmico que late y late y late...

—A mí me parece que las dos teorías son igual de inconcebibles e igual de emocionantes.

—Y pueden compararse con la gran paradoja de la eternidad en la que Sofía una vez estuvo pensando sentada en su jardín: o el universo ha existido siempre, o ha nacido una vez de repente de la nada...

—¡Ay!

Hilde se echó mano a la frente.

—¿Qué ha sido eso?

—Creo que me ha picado un tábano.

—Habrá sido Sócrates que intentaba sacarte del letargo...

Sofía y Alberto habían estado sentados en el deportivo rojo escuchando al mayor hablar a Hilde sobre el universo.

—¿Te has dado cuenta de que los papeles han sido completamente cambiados? —preguntó Alberto después de un rato.

—¿Qué quieres decir?

—Antes eran ellos quienes nos escuchaban a nosotros, y nosotros no los podíamos ver. Ahora somos nosotros quienes los escuchamos a ellos, pero ahora ellos no nos pueden ver a nosotros.

—E incluso hay algo más.

—¿En qué estás pensando?

—Al principio no sabíamos que existía otra realidad, en la que vivían Hilde y el mayor. Ahora son ellos los que no saben nada de nuestra realidad.

—Ésa es la dulce venganza.

—Pero el mayor podría intervenir en nuestro mundo...

—Nuestro mundo no fue sino una intervención suya.

—No quiero perder la esperanza de que también nosotros podamos un día intervenir en su mundo.

—Pero sabes que eso es completamente imposible. ¿Te acuerdas

de lo que pasó en el café Cinderella? Vi cómo te quedaste tirando de aquella botella de coca-cola.

Sofía se quedó mirando al jardín mientras el mayor hablaba de «la gran explosión». Esta expresión le hizo pensar en algo. Empezó a hurgar en el coche.

—¿Qué pasa? —preguntó Alberto.

—Nada. Abrió la guantera y encontró una llave inglesa. Con la llave en la mano se acercó al balancín y se puso justo delante de Hilde y su padre. Primero intentó captar la mirada de Hilde, pero le fue imposible. Al final levantó la llave inglesa muy alto por encima de su cabeza y golpeó con ella muy fuerte la frente de Hilde.

—¡Ay! —dijo Hilde. Luego Sofía también golpeó con la llave inglesa la frente del mayor, pero él no reaccionó en absoluto.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó él. Hilde le miró:

—Creo que me ha picado un tábano.

—Habrá sido Sócrates que intentaba sacarte del letargo. Sofía se tumbó en la hierba e intentó empujar el balancín. Pero no se movía ni un ápice. ¿O había conseguido que se moviera un milímetro?

—Sopla como un vientecillo fresco por el suelo —dijo Hilde.

—A mí me parece que tenemos una temperatura muy suave.

—Pero no es sólo eso. Aquí hay algo.

—Solamente tú y yo y la suave noche de verano.

—No, hay algo en el aire.

—¿Qué puede ser?

—¿Te acuerdas del plan secreto de Alberto?

—¿Cómo no me iba a acordar? Y desaparecieron de la fiesta del jardín. Como si se los hubiera tragado la tierra.

—Pero....

—“...como si se los hubiera tragado la tierra...”

—En algún punto la historia tiene que acabar. Sólo era algo que yo escribí.

—Aquello sí, pero no lo que ocurrió después. Fíjate, si estuvieran aquí...

—¿Crees que eso puede ser?

—Siento algo extraño, papá.

Sofía volvió corriendo al coche.

—Impresionante —tuvo que admitir Alberto, mientras ella se metía en el coche con la llave inglesa—. A lo mejor resulta que la chica tiene facultades especiales.

El mayor puso su brazo alrededor de Hilde.

—¿Has oído la maravillosa música de las olas que golpean las piedras?

—Sí.

—Mañana tendremos que llevar la barca al agua.

—¿Pero oyes los extraños susurros del viento? Mira cómo tiemblan las hojas de los álamos!

—Es el planeta vivo...

—Escribiste que había algo «entre líneas».

—¿Sí?

—Quizás haya algo entre líneas» también en este jardín.

—Desde luego la naturaleza está llena de enigmas. Y estamos hablando de las estrellas del firmamento.

—Pronto habrá estrellas en el agua también.

—Sí, eso que llamabas la fosforescencia del mar cuando eras pequeña. En cierta manera tenías razón, porque tanto la fosforescencia como todos los demás organismos están hechos de elementos químicos que algún día fueron mezclados y cocidos en una estrella.

—¿Nosotros también?

—Sí, también nosotros somos polvo de las estrellas.

—¡Que bonito!

—Cuando los radiotelescopios captan luz de galaxias lejanas que se encuentran a miles de millones de años luz de distancia, registran el aspecto que tenía el espacio en el tiempo primigenio, justo después de «la gran explosión». Todo lo que los seres humanos vemos en el cielo son fósiles cósmicos de hace miles y millones de años. Lo único que puede hacer un astrologo es predecir el pasado.

—¿Porque las estrellas de las constelaciones se han distanciado las unas de las otras antes de que la luz de las estrellas llegue hasta nosotros?

—Hace sólo un par de miles de años las constelaciones tenían un aspecto bastante diferente al que tienen hoy.

—No lo sabía.

—En una noche despejada vemos millones, por no decir miles de millones, de años hacia atrás en la historia del universo. De alguna manera emprendemos el viaje de vuelta a casa.

—Eso me lo tienes que explicar mejor.

—También tú y yo empezamos con la «gran explosión». Porque toda la materia del universo es una unidad orgánica. Una vez, en los tiempos primigenios, toda la materia estaba concentrada en una bola que era tan densa que la cabeza de un alfiler habría pesado muchos miles de millones de toneladas. Este «átomo primigenio» estalló debido a la enorme gravitación. Fue como si algo se rompiera. Pero al elevar la mirada hacia el cielo intentamos

encontrar el camino de vuelta a nosotros mismos. Todas las estrellas y galaxias del universo están hechas de la misma materia. En algunas partes, algunas de ellas se han juntado. Puede haber millones de años luz entre una y otra galaxia. Pero todas tienen el mismo origen. Todas las estrellas y los planetas son de la misma estirpe.

—Comprendo.

—¿Qué es esa materia universal? ¿Qué fue aquello que hizo explosión hace miles de millones de años? ¿De dónde viene?

—Ese es el gran enigma.

—Pero es algo que nos atañe en lo más profundo. Porque nosotros mismos somos de esa materia. Somos una chispa de la gran hoguera que se encendió hace muchos miles de millones de años.

—Lo has expresado de una manera muy bonita.

—Ahora bien, no debemos exagerar el significado de las grandes cifras. Basta con tomar una piedra en la mano. El universo habría sido igual de inconcebible aunque sólo hubiese consistido en esta piedra del tamaño de una naranja. La pregunta habría seguido allí invariablemente: ¿de dónde viene esta piedra?

Sofía se levantó de pronto en el deportivo rojo y señaló hacia la bahía.

—Me entran ganas de probar el bote —exclamó.

—Está amarrado. Además no seríamos capaces de mover los remos.

—¿Lo intentamos? Estamos en la noche de San Juan...

—Por lo menos podemos bajar al agua... Salieron del coche y bajaron corriendo por el jardín. En el muelle intentaron soltar la cuerda, que estaba atada a una anilla de acero; pero no lograron ni siquiera moverla.

—Como si estuviera clavada —dijo Alberto.

—Pero tenemos tiempo de sobra.

—Un auténtico filósofo no debe darse por vencido. Si al menos lográramos... soltar esta...

—Ahora hay todavía más estrellas en el cielo —dijo Hilde.

—Sí, éste es el momento más oscuro de la noche de verano.

—Pero en el invierno echan chispas. ¿Te acuerdas de aquella noche antes de irte al Líbano? Era el día de Año Nuevo.

—Fue cuando me decidí a escribir un libro de filosofía para ti. Estuve en una importante librería de Kristiansand y también en la biblioteca municipal; pero no había nada apropiado para jóvenes.

—Es como si estuviéramos sentados en la punta de uno de los finos pelos de la blanca piel del conejo.

—Me pregunto si hay alguien allí afuera, en la noche de los años luz.

—¡El bote se ha soltado!

—Es verdad...

—No lo entiendo. Bajé a comprobar el amarre justo antes de que tú llegaras.

—¿De veras?

—Me recuerda a Sofía, cuando tomó prestado el bote de Alberto. ¿Te acuerdas de que lo dejó a la deriva?

—A lo mejor es ella la que ha estado por aquí.

—Tu te lo tomas a broma, pero yo tengo la sensación de que ha habido alguien aquí durante toda la noche.

—Uno de los dos tiene que nadar hasta allí.

—Lo haremos los dos, papá.

FIN